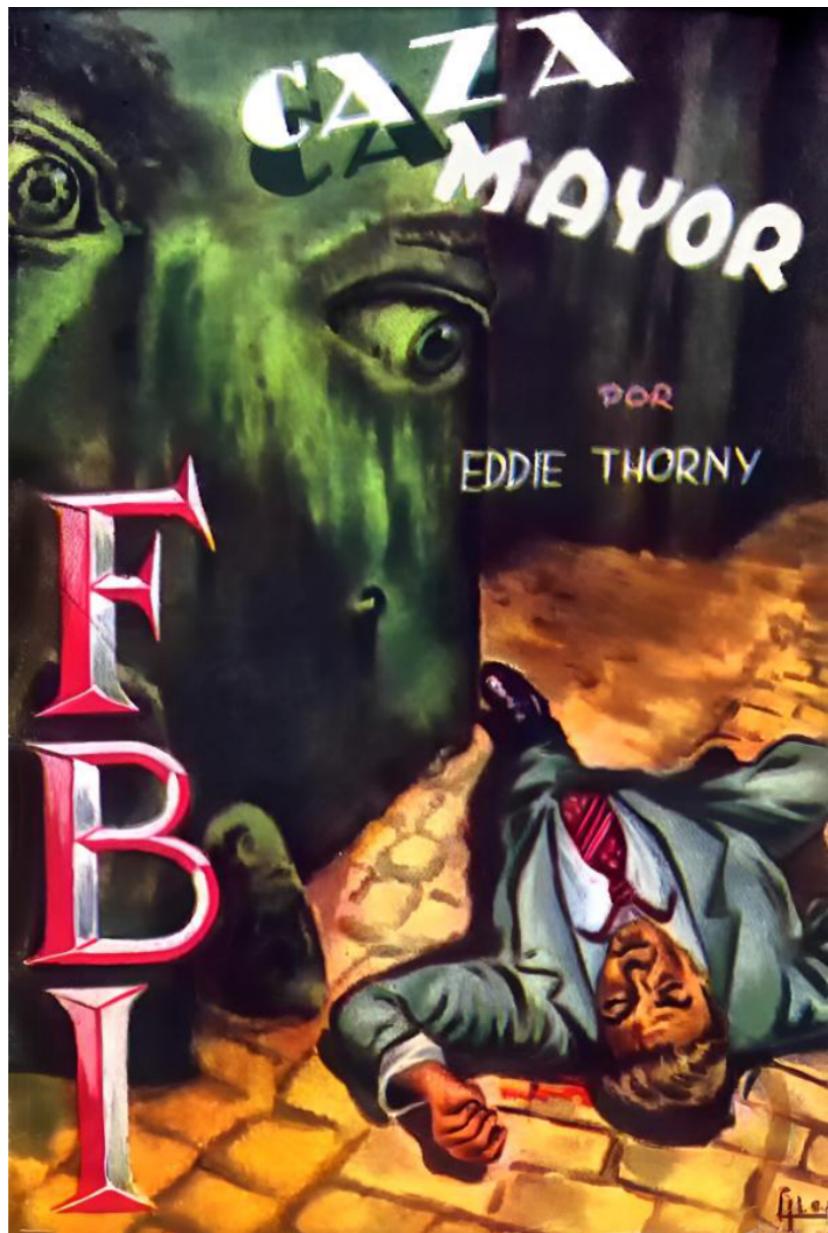


CAZA LA MAYOR

POR

EDDIE THORNY

FBI



EDDIE THORNY

CAZA MAYOR



PRINTED IN SPAIN

I

«YA SÓLO QUEDAS TÚ»



El inspector Merrick contempló un instante en silencio a su interlocutor. Luego, dándole una palmada amistosa en el hombro, aconsejó:

—No de más vueltas al asunto, Wright, y deseché esas preocupaciones. Tengo la plena seguridad de que ha sido un accidente casual, un simple y vulgar accidente.

Una triste sonrisa entreabrió los labios de Jackson L. Wright. Era un hombre joven, alto, fuerte, de auténtica prestancia varonil. Los rasgos de su cara denotaban inteligencia y resolución; pero sus ojos traicionaban la intensa inquietud lindante con el pánico, que le dominaba en aquellos instantes.

—Accidente, ¿eh? —replicó, en tono agresivo—. También Huber y Meddley perecieron en sencillos accidentes: una lancha que se hunde, un automóvil que pierde una rueda...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió, impaciente, Merrick—. Son coincidencias extrañas, sospechosas a primera vista; pero si investigamos a fondo, vemos que fueron fruto exclusivo de la casualidad.

—Ayudada por alguien, ¿no cree?

—No. Lo que sucedió a Huber y Meddley ocurre centenares de veces todos los días, sin que nadie piense en maquinaciones extrañas ni terroríficos complots.

—Pero lo mío.

—No insista, Wright —replicó, con gesto cansado, el inspector—. Usted mismo ha podido comprobar que no hay lugar a sospechas. La cornisa amenazaba desprenderse desde el verano pasado; esta mañana estuvieron trabajando unos obreros en su reparación.

—Y la dejaron preparada para que se derrumbara precisamente sobre mi cabeza, ¿verdad?

—En absoluto, muchacho. No se empeñe en ver fantasmas por todas partes. Empiezo a creer que padece manía persecutoria y...

—Dígalo de una vez. ¿Cree que tengo miedo?

—Ha dado sobradas pruebas de su valor para poderlo pensar. Sin embargo, anda obsesionado estos días, viendo un asesino emboscado en cada esquina. Así no se puede vivir.

—Por eso hay alguien interesado en ahorrarme sufrimientos apresurando mi defunción.

—¡Y vuelta! ¿Quiere decirme de una vez quién pueda tener interés en matarle y por qué lo sospecha?

—Demasiado lo sabe, Merrick —contestó, alterado, Jackson—. De los cuatro que intervinimos en el exterminio del «gang» de Froggat, dos han muerto ya. Los otros dos...

—Continúan vivos sin que les haya ocurrido nada.

—Si yo vivo aún, fue porque el grito de una mujer me hizo dar un salto instintivo de tres metros, librándome de ser aplastado por la cornisa. En cuanto a Lofthouse...

—¿Qué le pasa a Lofthouse? Hasta ahora no le he oído quejarse ni hablar de ningún accidente sospechoso.

—Porque no creyó que lo fuese. Pero aquí le tiene y puede confirmar mis palabras. Hace tres noches, al cruzar Park Avenue, un automóvil se le echó encima a toda velocidad. No le aplastó por verdadero milagro. ¿Cree que se detuvo a saber si le había ocurrido algo? Pues se equivoca; aceleró la marcha de tal manera, que ni siquiera pudo ver el número de la matrícula.

La mirada del inspector fue hacia Lofthouse, en gesto de muda interrogación. Lofthouse era un irlandés de mediana estatura, fornido, de pelo rojizo y rostro colorado. No solía hablar mucho, pero todos conocían su decisión y entereza. No obstante, ahora estaba ligeramente pálido y asentía con repetidos movimientos de cabeza a las palabras de su compañero.

—Bien —gruñó Merrick—. Es un poco extraño, pero no desorbitemos la cuestión. Incidentes parecidos se dan todos los días. Yo mismo estuve ayer a punto de ser atropellado por un camión y sin embargo...

—Usted no participó en el ajuste de cuentas a la pandilla de Froggat —murmuró, cejijunto, Jackson.

Merrick replicó en tono malhumorado. Comprendía que los dos agentes estuvieran preocupados y nerviosos. A cualquiera le atacaría los nervios ver que, en el plazo de tres semanas, varios compañeros habían perecido de muerte violenta, máxime si personalmente había corrido riesgo semejante. De todas formas y pensando con fría lógica, era preciso rendirse a la evidencia de que se trataba de accidentes aislados, sin la menor relación entre sí.

—Excepto que sus víctimas somos los que acabamos con Froggat y sus amigos.

—Sea —admitió el inspector—. Pero ¿quedó alguno de la banda en libertad? Sabemos positivamente que no. Tres, con el «boss» a la cabeza, cayeron en la lucha con vosotros; otros dos habían muerto antes. Los tres supervivientes llevan cuatro meses en la cárcel. Y en los cuatro meses no han recibido una visita, ni una carta, ni un paquete. Si nadie muestra el menor interés en ayudarles, ¿quién diablos puede tenerlo en jugarse la vida por quitaros a vosotros de en medio?

—No lo sé; pero existe —insistió, terco, Jackson—. Soy escéptico por temperamento y no creo que los milagros abunden en nuestros días. Y sería un milagro, más que una coincidencia, que Huber,

Meddley, Lofthouse y yo fuésemos a morir en pocos días y en forma semejante.

—Ni vosotros habéis muerto, ni hay semejanza alguna entre los accidentes de Huber y Meddley. Huber cometió la imprudencia de alejarse demasiado de la costa en una gasolinera averiada; Meddley, la de creer que las calles de Manhattan son lugar apropiado para disputar una carrera de velocidad.

—Y los dos murieron sin poder explicarnos lo sucedido.

—¿Haría falta alguna explicación de mi muerte si me caía desde el último piso del Empire State Building? —repuso, a punto de perder la paciencia, el inspector.

—Si se caía, no; pero si le tiraban...

—Nadie obligó a Huber a subir a la lancha; tampoco iba nadie con Meddley, cuando pisó a fondo el acelerador. La culpa fue exclusivamente suya y no hay por qué ver misterios donde no existen.

Con gesto malhumorado, Merrick se había puesto en pie, dando por terminada la entrevista. Al salir, ni Wright ni Lofthouse mostraban precisamente un rostro sonriente. Los dos iban serios, preocupados.

—Tendremos que resolver el asunto nosotros.

—Que es a quienes vitalmente interesa —repuso Jackson.

Fueron juntos en el coche del irlandés, un pequeño «Chevrolet» de cuatro plazas. Tenían que charlar detenidamente, poniéndose de acuerdo acerca del camino a seguir. Y nada mejor para hacerlo que irse a cenar.

—Conozco un restaurante italiano en el Bowery...

Decidieron ir allá. Antes, sin embargo, Lofthouse quiso pasar por su apartamento. Iba a cuerpo, y la tarde, de finales de otoño, había terminado con un copioso aguacero.

—Será sólo un momento, para recoger la trinchera. Si subes, podré invitarte a un trago de «*whisky*». Es de la mejor clase: escocés legítimo.

Wright aceptó con un gruñido. El irlandés tenía alquiladas unas habitaciones en el entresuelo de una casa de Mangin Street, una callejuela de las proximidades del Williamsburg Bridge. Cuando llegaron, Lofthouse dejó el coche a la puerta del edificio sin importarle que fuera dirección prohibida. Cuando su compañero se

lo advirtió, repuso:

—No importa. Hace años que no pasa por aquí un agente del tráfico.

El «*whisky*» justificaba todos los elogios del irlandés. Era de excelente calidad y no tuvo que insistir mucho para que su compañero aceptase un segundo e, incluso, un tercer trago. Mientras, ambos hablaban del tema que fundamentalmente les preocupaba. De pronto, Jackson, que estaba en pie junto a una de las ventanas, dirigió la vista con aire distraído hacia la calle. Pudo ver que, desde la acera de enfrente, un agente del tráfico contemplaba con cierta sorpresa el «Chevrolet» detenido a contramano y que, moviendo la cabeza con aire disgustado, atravesaba la calzada.

—Me parece, querido *Loft*, que te has ganado un multazo. Si hubieras dejado el coche donde debías...

Con un gruñido malhumorado, el irlandés se acercó a la ventana. El agente del tráfico acababa de apuntar el número de la matrícula del automóvil. Luego, abriendo la portezuela. —Lofthouse no había juzgado preciso dejarla cerrada—, alargó la mano, para hacer funcionar el «claxon». Llamaba al dueño del coche, para que se presentase a retirarlo.

—También es mala suerte que ese condenado agente haya tenido la ocurrencia de asomar por aquí cuando...

Un estruendo ensordecedor le impidió concluir la frase. Apenas había oprimido el agente el botón del «claxon», cuando se produjo una súbita llamarada, seguida de un horrisono estallido. El «Chevrolet» voló, hecho pedazos, por los aires; el cuerpo destrozado del agente fue a parar contra la pared de enfrente; saltaron con estrépito los cristales de todas las ventanas de la calle, y Jackson y su amigo, tras sufrir ligeros rasguños, recibieron una bofetada de aire caliente en el rostro, que les hizo retroceder instintivamente.

—¿Qué demonios puede haber ocurrido? —murmuró, sobresaltado y confuso, el irlandés, volviendo de nuevo a la ventana.

—No lo sé —repuso, intensamente pálido, Wright—; pero juraría que era una bomba... ¡Y que estamos vivos de verdadero milagro!

Fueron de los primeros en llegar al lugar de la explosión. El coche, volcado sobre la acera, no era más que un montón de hierros

retorcidos; los restos del infeliz agente estaban esparcidos por el centro de la calzada; la cabeza, con los ojos fuera de las órbitas, fue hallada a quince metros del tronco. Al contemplarle, Jackson Wright estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios. Oprimiendo con fuerza el brazo de su compañero, murmuró, en tono aterrado:

—Así estaríamos nosotros... si ese pobre diablo no se nos hubiera adelantado.

—¿Tú crees? —preguntó Lofthouse, sin poder evitar un estremecimiento.

—Seguro. Alguien colocó una bomba en el motor para que hiciera explosión al pulsar el «claxon». Debemos la vida a que dejases mal aparcado el coche. Ha sido una gran suerte... aunque no para el agente del tráfico.

Las sospechas de Jackson L. Wright fueron plenamente confirmadas por el informe de los peritos. Del examen de los restos del «Chevrolet», la forma en que se produjo la explosión y los efectos de ésta, dedujeron sin gran esfuerzo que una bomba de mediana potencia fue conectada de tal manera, que estallase al oprimir el botón del «claxon». Aparte de esto, poco más pudieron decir. En colocar el artefacto, un individuo hábil no precisaría arriba de dos o tres minutos. Los dos amigos llevaban más de diez en el apartamento de Lofthouse cuando se produjo la explosión. Bien pudieron ponerla allí mismo, aunque tampoco cabía descartar que la hubiesen colocado en algún otro sitio.

—Yo apostaría que lo hicieron en Centre Street —murmuró, preocupado, Wright—. Tuvieron mucho más tiempo, y les sobra audacia para maniobrar en las narices de toda la Policía de Nueva York.

—Es posible —admitió el irlandés—. No toqué el «claxon» durante todo el camino, desde luego. De modo que...

Unas horas después, los dos amigos hablaban de nuevo con el inspector Merrick. El semblante de éste había experimentado un ligero cambio desde la entrevista de la tarde. Ahora era fácil advertir en su rostro huellas de profunda preocupación, unidas a un verdadero desconcierto.

—¿Qué le parece, inspector? —inquirió Jackson, entre irónico y agresivo—. ¿También supone que se trata de un accidente y que el miedo me hace ver fantasmas?

—En absoluto, muchacho. Esta tarde decía lo que pensaba, pero es preciso rendirse a la evidencia. Indudablemente hay alguien interesado en quitarles de en medio. Pero ¿quién puede ser?

—Se lo dije hace unas horas con entera claridad, Merrick. ¿O es que sigue sin creermelo?

—Claro que no le creo. El «gang» de Froggat desapareció por completo. Ni uno solo de la pandilla quedó en condiciones de moverse. Por las declaraciones de los detenidos, sabemos que ninguno de sus secuaces logró escapar.

—Pues yo pienso de muy distinta manera. Que nosotros lo ignoremos, no quiere decir que no exista. Es indudable que la muerte de Huber y Meddley, la cornisa que estuvo a punto de matarme y la explosión destinada a terminar con *Loft* son obra de una misma, persona. Y que esa persona pretende vengar la suerte corrida por Froggat y sus amigos.

No podía tratarse de ningún otro asunto. Aunque aisladamente cada uno de los agentes había intervenido en diferentes servicios, aquél fue el único en que participaron juntos. Huber había estado destacado en Europa hasta poco antes de la refriega en que el famoso «gángster» pagó de una vez todos sus crímenes; Meddley acababa de salir de Quántico en la última promoción, y Lofthouse y Wright, aun siendo viejos amigos, compañeros de armas durante la pasada contienda, en que les tocó formar parte de la tripulación de un bombardero, jamás actuaron en un mismo grupo.

—Y le diré más, inspector. Quienquiera que sea, es un tipo astuto y cobarde. Cobarde, porque ni ha dado ni dará la cara jamás; astuto, por la forma en que ha ido eliminándonos, procurando aparentar siempre que se trataba de un accidente vulgar.

—Excepto en lo ocurrido hace tres horas, ¿verdad?

—Sí. Y hasta creo adivinar por qué decidió cambiar de táctica. Al fracasar con la cornisa que hizo caer sobre mi cabeza, comprendió que sospechábamos algo. Más aún: que si *Loft* y yo veníamos a verle a usted, era para señalarle alguna pista respecto al culpable. Decidió entonces jugarse el todo por el todo, quitándonos de en medio de una vez, incluso descubriendo un poco su juego. Suponía que nos iríamos, como habíamos venido, en el «Chevrolet». Y no se le ocurrió pensar que no fuésemos a tocar siquiera el botón del «claxon».

—Sí —respondió, disgustado, el irlandés—. Todo eso tiene muchas probabilidades de ser cierto. Desgraciadamente, no nos sirve de gran ayuda para dar con los autores.

—¡Quién sabe!... —exclamó Merrick—. Que existen esos individuos en los que me negaba a creer esta misma tarde, ya es algo. El resto quizá dependa de ustedes.

—¿De nosotros? —preguntó, sorprendido, Jackson.

—Seguro. Al individuo ése parece correrle verdadera prisa terminar. Sí, como Wright afirmó antes, fue capaz de descubrir su juego, intentando un golpe definitivo, podemos apostar que repetirá el intento sin tardanza.

—Eso es lo que me temo —gruñó, preocupado, Jackson.

—Y lo que yo deseo ahora —replicó el inspector.

—¿Para qué enmiende su fracaso de esta tarde cerrándonos la boca con plomo?

—Para que seamos nosotros quienes se la cerremos a él. Si estamos conformes, y no creo que haya discrepancias posibles en este punto, que el intento se repetirá, sólo cabe adoptar dos posturas: la primera, hacer que no se muevan ustedes de sus casas, colocar en torno suyo un centenar de agentes y atrapar a cualquiera que pretenda acercarse, caso de que pretenda acercarse alguien.

—Que hagan ustedes su vida normal, como si nada hubiera pasado ni les amenazase ningún peligro. O, mejor todavía, que vayan por todas partes sin el menor cuidado, completamente solos, alegres y descuidados.

—¿Facilitando el trabajo de quienes pretendan quitarnos de en medio?

—Haciéndoselo creer, que es algo muy distinto. Varios hombres seguirían día y noche sus pasos; irían disfrazados, procurarían no hacerse visibles, pero intervendrían en el momento adecuado, para atrapar a los forajidos.

—¿Quiere utilizarnos como cebo para hacerles caer en una emboscada? —inquirió, pensativo, Lofthouse.

—Exactamente. ¿Qué les parece?

El irlandés se rascó dubitativo la barbilla. Jackson vaciló por espacio de tres o cuatro segundos. Después murmuró, irritado:

—Esas pruebas se hacen con conejillos de indias, no con hombres de carne y hueso.

—¿Por qué lo dice, Wright? —preguntó, cejijunto, el inspector.

—Porque es muy posible que lograrse echar mano a nuestros asesinos; pero sólo cuando ya fueran eso: nuestros asesinos.

—¿Debo interpretar su respuesta como una negativa rotunda, motivada por el pánico?

Los ojos de Jackson relampaguearon un instante. Tuvo intenciones de contestar violentamente y se le vio hacer un esfuerzo para conseguir dominarse. Cuando habló, lo hizo en tono de profunda y cruda sinceridad:

—Tómelo como quiera, inspector; pero no cuente conmigo. ¿Miedo? Es posible. ¡Jamás temí a ningún enemigo que me atacó de frente con las armas en mano! Sin embargo, estos tipos empiezan a alterar mis nervios. No saber quiénes son, ni cómo ni cuándo aparecerán; ignorar si se trata de un hombre o una mujer; vivir pendiente de un hilo, sabiendo que una bomba puede estallar a nuestro paso o caemos encima el tejado de un edificio; pensar que cualquiera de los ocho millones de habitantes de Nueva York puede ser el asesino que nos acecha; sentirse como animal acorralado e indefenso, al que acechan los cazadores invisibles detrás de cada esquina es demasiado fuerte para mí.

Merrick escuchó en silencio su larga parrafada, sin dejar de mirar atentamente a su interlocutor. Al responderle procuró expresarse en tono de idéntica sinceridad. Empezó afirmando su comprensión para el estado de ánimo de Wright y las razones que aducía. Pero...

—Precisamente pretendo librarle de una vez para siempre de una situación obsesionante que, de prolongarse mucho, podría alterar su razón, lo mismo que la de cualquiera que se encontrara en su caso.

De nada serviría meterse en casa, rodeado de agentes que guardasen puertas y ventanas. La vigilancia podría prolongarse una semana o tres, pero fatalmente tendría que cesar un día u otro. Era muy probable que los forajidos, advertidos, no intentasen nada en aquel tiempo. Pero ¿y después? Al volver a la vida normal se encontrarían en la misma situación que antes. Peor aún, quizá, porque, pasada la prisa que sus desconocidos enemigos parecían sentir en aquellos instantes, convencidos de que nadie sospechaba de ellos, elegirían con todo cuidado el momento de asestar el golpe.

—Si lo intentan ahora, cuando todos estamos alertas y vigilantes, podremos darles su merecido. Después, dudo mucho que no se salgan con la suya. ¿No opinan ustedes igual?

—Yo, si —afirmó, decidiéndose, Lofthouse—. No me agrada mucho servir de cebo, porque si la fiera suele caer, casi siempre se come antes al corderito. Pero creo que no hay posibilidad de opción.

—¿Y usted? —preguntó el inspector, dirigiéndose a Jackson. Luego, como viera que seguía vacilante, añadió—: Siendo superior suyo y tratándose de un acto de servicio, podría limitarme a ordenar. Pero prefiero que comprenda mis razones y acepte voluntariamente los riesgos posibles.

—¿Con qué garantías?

—Con las máximas que puedo ofrecerle. Le doy mi palabra de que movilizaré si es preciso, toda la Policía de Nueva York. ¿Le basta?

De evidente mala gana asintió Wright. En realidad, si lo hizo fue por considerar totalmente inútil una negativa. Merrick estaba decidido a llevar adelante sus planes. Mejor era prestarles su concurso con aparente espontaneidad que verse forzado a secundarles por un mandato ineludible.

—«Okay», inspector. Se hará como quiere. Puede empezar la cacería cuando se le antoje. Veremos quién caza a quién. ¡Y ojalá *Loft* y yo lleguemos con vida a presenciar el final!

—Puedo darles la plena seguridad de que así será.

Los dos días siguientes, Wright tuvo pruebas sobradas de que Merrick hacía cuánto en su mano estaba por cumplir su promesa. Aunque la vigilancia montada en torno suyo fue un prodigio de habilidad y disimulo, tanto él como el irlandés pudieron comprobar en repetidas ocasiones que todos y cada uno de sus pasos era seguido por agentes prestos a intervenir con decisión y energía a la menor señal de peligro. Esto hubiera bastado a tranquilizar a Jackson en otras circunstancias; en las que le tocaba atravesar, contribuía a aumentar su nerviosismo.

Todos los trabajos encaminados a descubrir quién colocó la bomba en el «Chevrolet» no dieron el menor resultado; ni siquiera pudieron aclarar de una manera concreta si la pusieron en el coche cuando éste se hallaba detenido en Centre Sreet o minutos más

tarde, delante de la casa de Lofthouse. Tampoco se consiguió nada respecto a los sucesos en que perecieron Huber y Meddley. Ofrecían toda la apariencia de accidentes casuales, y aunque ahora tenían la plena seguridad de que alguien había cooperado con el azar, no hubo forma humana de atrapar a ese alguien.

—¿No crees tú que en todo esto puede haber mezclada una mujer? —preguntó una tarde el irlandés a Wright.

—Quizá —vaciló Jackson—. La sed de sangre que demuestra no: es muy propia de un alma femenina; pero la habilidad, el disimulo y la astucia parecen fruto del cerebro de una mujer. ¿Podría saber por qué lo preguntas?

—Empiezo a sospechar de alguien. Pero acaso no me creyeses si te lo dijese ahora. Voy a hacer algunas averiguaciones. Tal vez esta noche...

Wright, que no confiaba demasiado en las dotes policíacas del irlandés, sonrió, ligeramente desdenoso. No esperaba que *Loft* consiguiese aclarar nada. Por ello fue mayor su sorpresa cuando, sobre las once de la noche, resonó el timbre del teléfono y, al descolgar el auricular, comprobó que era el irlandés quien le llamaba.

—Escucha con atención, Jackson. Te llamo desde un bar de Broome Street. ¡Di con lo que buscaba! Se trata de una mujer, desde luego. Acabo de seguirla y sé dónde está. Si te das prisa en venir, me ayudarás a echarla mano.

—¿Aviso a Merrick? —preguntó, precavido siempre, Wright.

—Haz lo que quieras, pero no le necesitamos. Si la atrapamos nosotros, le daremos una buena lección. ¡Date prisa! Te espero en Doyer Street, a la entrada de una callejuela llamada Oak Lane. ¿Sabes dónde está?

Jackson lo sabía. Era el corazón mismo de la Chinatown, la parte más intrincada del famoso barrio chino. Se estremeció ligeramente al oír a su compañero. Aun convencido de que había un mucho de fantasía e imaginación en la negra aureola de aquella parte de la ciudad, no era el sitio más adecuado para visitarlo de noche y en sus circunstancias. Como si adivinase lo que estaba pensando, el irlandés añadió:

—No tengas miedo; no existe el menor peligro. ¿Crees que volvería allí de temer algo? Te aguardo dentro de veinte minutos.

Será un golpe maestro. ¡Ya verás la cara del inspector cuando nos vea!

Wright se decidió. No le agradaba que nadie le tomara por cobarde. Y menos aún que Lofthouse, que al fin y al cabo se encontraba en la misma situación, tuviera motivos para despreciarle. Resolvió acudir.

A la puerta de la calle tenía su coche, un «Ford» de modelo anticuado, que respondía tan bien o mejor que uno ultramoderno. Si lo dejaba día y noche en plena calle, en aparente abandono, era como un cebo por si sus desconocidos enemigos se atrevían a repetir la jugarreta hecha con el «Chevrolet» del irlandés; constantemente había un par de agentes de vigilancia en los alrededores; quien se acercase a manipular en el coche sería apresado en el acto.

Montó en el «Ford» y pisó el acelerador. No se molestó en avisar a Merrick; sabía que, fuera donde fuese, iría protegido. Como había advertido en repetidas ocasiones, tan pronto el coche se ponía en marcha, aparecía a cierta distancia otro, acerca de la identidad de cuyos ocupantes no le cabía la menor duda, que le seguía procurando no perderle de vista en ningún instante.

Por el espejo retrovisor comprobó, satisfecho, que así sucedía ahora. Los agentes del coche seguidor no se acercarían sino en caso necesario. Pero si le amenazaba el menor riesgo, tenía la plena seguridad de contar con su ayuda y apoyo.

Dejó el coche en el Bowery y se adentró a pie en la Chinatown, luego de comprobar que los agentes paraban su automóvil a una treintena de yardas y se disponían a seguirle. Cruzó diversas callejuelas oscuras y solitarias. Caía una lluvia fina y soplaban un viento helado. Con todos los sentidos alerta, Jackson avanzaba con paso rápido; mirando a uno y otro lado, oprimiendo nervioso la culata de la pistola, que llevaba preparada en el bolsillo de la trinchera.

Pronto estuvo en Doyer Street. Los restaurantes chinos habían cerrado sus puertas y apagado sus luces exteriores, aunque hasta la calzada llegaba un rumor de risas y voces al cruzar por delante de ellos. Oak Lane era la cuarta bocacalle a la izquierda.

Llegó a ella sin tropezarse con nadie. Vaciló un rato en la esquina. No porque la calleja, que formaba un recodo a pocos

metros de su entrada, estuviera envueltas en penumbras, sino porque el irlandés había indicado que le esperaría allí. Al cabo de un par de minutos, y cuando oyó a lo lejos los pasos de los agentes que debían protegerle, se decidió a seguir. Seguramente, *Loft* estaría vigilando delante de alguna casucha.

Apenas había recorrido diez metros y llegaba al comienzo de la curva, cuando el silencio de la noche fue roto por una carcajada burlona, seguida de un grito de agonía. El primer impulso de Jackson fue retroceder apresuradamente hacia Doyer Street; inmediatamente pensó que sería una cobardía. Probablemente el irlandés había sido sorprendido por sus enemigos y se encontraba en grave peligro. No podía dejarle abandonado.

Pistola en mano, avanzó decidido, doblando el saliente de un edificio. Dominaba ahora la parte de la callejuela en que habían resonado la carcajada y el grito. Se detuvo entonces, ligeramente desconcertado, porque no había nadie a la vista.

Al cabo, le pareció ver un bulto en el suelo, en el otro extremo de Oak Lane. Avanzó con ciertas precauciones, pegado a la pared, para ofrecer menos blanco a cualquier posible enemigo. Al acercarse vio que el bulto era el cuerpo de un hombre, tendido boca arriba en el suelo.

—¡Dios mío! —exclamó, aterrado, al mirarle la cara—. ¡Lofthouse!

Era Lofthouse, en efecto. Un Lofthouse muerto, con manchas de sangre en la cabeza y el pecho, tumbado de espaldas cerca de la pared, con los ojos muy abiertos y un gesto de supremo terror en el semblante.

Iba a agacharse sobre él, cuando la misma carcajada de antes volvió a resonar con fuerza redoblada. Se incorporó rápido, mirando en todas direcciones, procurando descubrir al tipo que se reía, para meterle una ración de plomo en el cuerpo. Confuso y amedrentado, comprobó que la callejuela parecía desierta.

—Lofthouse cayó; ya sólo quedas tú... ¡Y ha llegado tu hora!

Tuvo la plena seguridad de que la voz salía de entre las sombras del fondo de la calleja, incluso creyó ver que alguien se movía en el quicio de un portal. Apretó el gatillo con ansias de matar. Pero en lugar del grito de agonía esperado, a sus disparos sólo respondió la misma risa burlona de antes.

—¡Acabemos de una vez! ¡Toma!

Resonaron varios disparos, que no habían salido de su pistola. Jackson sintió un golpe seco en la sien y las fuerzas le abandonaron. Soltó el arma que empuñaba, se le cerraron los ojos, dobló las rodillas y acabó rodando por el suelo. Pero aún podía oír algo; la risa burlona y triunfal de su invisible enemigo...



¡LO NUNCA VISTO POR 1,25 PESETAS!

EL F. B. I.

**la organización de contraespionaje más famosa
del mundo, vive y emociona en
AVENTURAS DEL F. B. I.**

II

ODISEA



UE un tiro de suerte, muchacho. Medio centímetro a la derecha y no podría contarlo. Así, mañana mismo estará como nuevo.

Era el inspector Patrick S. Merrick quien le hablaba. Hacía unos minutos que Jackson había recobrado el conocimiento, advirtiéndolo, sorprendido, que se hallaba en su propia cama.

—¿Cómo estoy aquí? ¿Cuánto tiempo hace que me sacudieron?

Pausadamente, el inspector dio las explicaciones pedidas. Los agentes encargados de proteger a Wright y que marchaban tras él, entraron a la carrera en Oak Lane al escuchar los primeros disparos. Sorprendidos y desconcertados, vieron que la callejuela parecía

desierta. Tan sólo había dos hombres tendidos en el suelo: uno era Lofthouse y estaba muerto; el otro, Jackson, sin sentido, pero ligeramente herido.

El que disparó debió darle por muerto, viéndole caer con la cabeza ensangrentada, o acaso la llegada de los agentes no le dio tiempo a rematarlo. En cualquier caso, escapó mucho mejor que el pobre *Loft*.

Habló del irlandés. Tres horas antes de ser hallado muerto, los hombres encargados de protegerle le perdieron de vista en Canal Street. Aunque dieron muchas vueltas por la Chinatown y el comienzo del Manhattan Bridge, e incluso estuvieron varias veces en su casa, no pudieron encontrarle.

—Parece ser que una chica le llamó por teléfono. Como era un tipo enamorado, nada tiene de extraño que, ilusionado por una posible aventura, procurase dar esquinazo a los agentes, sin comprender que iba a una muerte cierta. Debieron matarle entre las diez y media y las once de anoche.

—¿De anoche? —exclamó, sorprendido, Wright—. ¡Pero si yo tenía la impresión que no había estado inconsciente más que unos minutos...!

—Pues ha tardado doce horas en volver en sí, amiguito. ¡Oh, no sólo por efectos de la herida! Deliraba presa de un verdadero ataque nervioso, y tuvieron que ponerle unas inyecciones, para dormirle y calmarle...

Las palabras de Merrick, avergonzaron un poco al agente. Siempre se había tenido por un hombre muy hombre, y ahora se comportaba como una mucha histórica. Claro que la impresión recibida en Oak Lane bastaba para destrozar los nervios de cualquiera. Pero aun así... Procuró cambiar el curso de la charla:

—¿Consiguieron atraparlos?

El inspector movió la cabeza en gesto negativo. Medio centenar de agentes habían realizado las más escrupulosas pesquisas, no sólo en Oak Lane, sino en todo el barrio chino. El resultado fue desconsolador. Aunque registraron una por una todas las casuchas de la calleja, detuvieron a unas decenas de sospechas e interrogaron a diez veces más individuos, no consiguieron absolutamente nada. Algunos, apretados a preguntas, reconocían haber oído los disparos; pero a los asesinos parecía habérselos tragado la tierra.

—No encontramos el menor rastro. Al pobre *Loft* debieron tenerle secuestrado un par de horas, porque vimos en sus muñecas señales de ligaduras, probablemente en algún punto cercano a la callejuela. Pero ni hemos sabido dónde ni encontrado una sola persona que le haya visto desde que los agentes le perdieron.

Jackson habló entonces de la llamada telefónica del irlandés. Merrick estaba ya enterado posiblemente, porque, en su delirio, Wright había hablado de ello. Pero, aunque varios policías se cuidaron de recorrer todos los bares de Broome Street, llevando fotografías del muerto, no pudieron dar con nadie que le recordase.

—Es muy posible que fuera otro quien llamase. Le telefonearon a las once menos cinco y a *Loft* debieron matarle algo antes.

—En eso se equivoca, inspector, —afirmó Wright—. Conocía bien a *Loft* y estoy seguro de que era su voz.

—Admitámoslo. En ese caso, le obligaron a telefonear para hacerle caer a usted en la trampa. ¿Cómo? Sólo cabe una explicación: atormentándole. Era un tipo muy duro, pero hasta las piedras se quebrantan.

Jackson sintió un íntimo temor, *Loft* era el mejor de los amigos, casi un hermano para él. Si cuando le telefoneó lo hizo a sabiendas de que la llamada iba a conducirle a la muerte, ¿qué procedimientos no habrían empleado para obligarle? Y si acabó haciéndolo, ¿en quién podía confiar en adelante?

Como respondiendo a sus preguntas, sonó en aquel instante el timbre del teléfono. Al descolgar el auricular, la sangre se le heló en las venas al llegar a sus oídos la misma carcajada burlona y triunfal de la noche anterior. Antes de que, repuesto de la sorpresa pudiese articular una sola palabra, una voz fría, de metálicas inflexiones, anunció:

—Anoche escapaste por casualidad, Wright. Pero es igual. No vivirás muchas horas, hagas lo que hagas e intentes lo que intentes. Puedes decírselo así a tu amigo Merrick.

La comunicación se cortó cuando Jackson se disponía a responder con la energía debida. El inspector advirtió por los gestos de Wright algo de lo que sucedía. Ligeramente alterado, preguntó:

—¿Alguna amenaza?

—Sí —repuso el agente—. Me anuncian que no viviré mucho y me piden que se lo comunique a usted.

—Pero ¿quién?

—Indudablemente, el mismo que disparó anoche. Y que se reía celebrando por anticipado mi muerte.

El inspector reaccionó con presteza. Cogiendo el teléfono, dio órdenes concretas de averiguar en el acto desde dónde había sido hecha la llamada. Un minuto después sabía que llamaron desde un teléfono público instalado en el vestíbulo de un «cine» de Brooklyn.

—Espéreme sin moverse de la casa. Estaré pronto de regreso. Y esta vez habré averiguado algo.

Pero cuando volvió, dos horas más tarde, Jackson —que ya estaba levantado y vestido, que se hallaba físicamente bien y cuyo rasguño de la sien apenas si era visible— no necesitó preguntar nada para saber que nuevamente había fracasado. Dejándose caer en una silla, el inspector gruñó:

—¡Otra vez lo mismo! Nadie le ha visto ni nadie sabe nada. Ese tipo pasa por todas partes sin dejar la menor huella. Habrá que reconocer que es más listo que nosotros.

Jackson no supo qué responder. Hombre resuelto, optimista en las peores circunstancias, jamás había visto desanimado a Merrick. Oírle confesar su vencimiento, reconocer su impotencia, le producía el efecto más deprimente. Desalentado, inquirió:

—¿Qué podemos hacer?

—Evitar que le liquiden, amigo. Es lo único que momentáneamente cabe intentar.

—De acuerdo, inspector. Pero ¿cómo?

—Poniendo tierra por medio. Lo ocurrido anoche ha sido una dura lección para mí. Confié demasiado en mis propias fuerzas y les hice confiar a ustedes. El resultado fue que *Loft* está muerto y usted vive de verdadero milagro, ignoro por cuánto tiempo.

No respondía de la vida de Wright si continuaba en Nueva York. Sus todavía desconocidos enemigos serían capaces de asesinarle en su propia casa, aunque hubiera treinta hombres protegiéndole. Aparte, claro está, de que el lógico nerviosismo que dominaba a Jackson podía degenerar en una crisis de histerismo.

—Tiene un permiso de dos meses para descansar y reponerse. ¿Qué tal una temporadita en Florida? ¡Oh, no se preocupe por el dinero! Aquí tiene cuatro mil dólares; supongo que será más que suficiente.

Un poco desconcertado, Wright cogió los billetes. Más confuso aún, escuchó las instrucciones del inspector. Merrick traía un plan perfectamente trazado. Dada la imposibilidad de que Jackson continuase en Nueva York, había preparado bien las cosas. Eran las cuatro de la tarde; a las cinco partía un avión comercial de la Panamerican con rumbo a San Francisco. El agente subiría a él con pasaje hasta California extendido a su nombre.

—Pero al llegar a Cincinnati, que es la primera escala, abandonará el avión. Habrá un coche aguardándole, que le conducirá a toda marcha a la Central Union Station, donde estará a punto de partir un tren con rumbo a Atlanta. Cuando lo tome, ya no será Jackson L. Wright, agente especial del

F. B. I.,

sino Lawrence Simpson Brent, comerciante de Chicago, que se propone descansar unas semanas en el sur del país.

Para obviar toda posible dificultad, le entregó una documentación completa, incluso con su propio retrato, a nombre de un supuesto mister Brent. Con rapidez dio sus últimas instrucciones. Una vez en Atlanta, Jackson podía seguir el camino que le pareciese. Quedarse tres o cuatro días en Georgia o continuar viaje inmediatamente; la ruta y los medios de locomoción quedaban a su elección, escogiendo los que mejor creyera que podían desorientar a cualquier posible perseguidor.

—Sea como sea, vaya a Conch Key. Es, como supongo que sabrá, un islote a media distancia entre Miami y Key West. Está deshabitado, excepto por el grupo de turistas adinerados que moran en el Oversea Hotel. Desde mañana tendrá reservadas unas habitaciones a su nombre. O, mejor dicho, al de Lawrence Simpson Brent, Estará seguro. Por listo que sea el tipo que liquidó a Lofthouse, no podrá saber que está allí, y menos bajo nombre supuesto. ¿Entendido?

Wright asintió. Desde el primer instante le pareció la mejor solución a su problema. Sus enemigos parecían poderosos en Nueva York; pero no era de suponer que lo fuesen también en cualquier otro punto de la nación. Además, en Conch Key, con pocas personas alrededor, cualquier forastero llamaría la atención. Sí sus perseguidores iban hasta allí no podrían pasar desapercibidos. Advertiría su llegada, los conocería y conociéndoles no tenía por

qué temerles. Procuraría no descuidarse en ningún instante, y en caso preciso, no sería el último en disparar.

Una hora después se hallaba a bordo del «Constellation» de la Panamerican Airlines, que despegaba del aeropuerto de La Guardia. En sus oídos resonaban aún las palabras de despedida de Merrick, que vino acompañándole hasta el aeródromo:

—Diviértase en Florida y no se preocupe de nada. Mientras, procuraremos atrapar a esos caballeritos. De cuando en cuando yo sabré arreglármelas para que reciba noticias mías.

Pronto, el avión estuvo en los aires y los edificios de Nueva York se fueron perdiendo en la lejanía. Durante las dos horas que duró el vuelo hasta Cincinnatti, Wright observó atentamente a sus compañeros de viaje. Todos parecían personas decentes y ninguno le prestó la menor atención. Una mayoría se proponía estar a la mañana siguiente a orillas del Pacífico, aunque había varios que se quedarían en diversos puntos de Middle West.

A las siete en punto tomaban tierra en Cincinnatti. Era una escala de media hora, durante la cual podían cenar en el restaurante del aeropuerto quienes no quisieran hacerlo en el aire. Como otros varios pasajeros, Jackson cogió su maletín y marchó al restaurante. Una vez allí, simulando ir a los lavabos, salió a la calle. Vio parado el coche, cuyas señas le había dado Merrick: un «De Soto» pintado de verde, cuyo conductor tenía una cicatriz muy visible en la ceja derecha.

—Míster Brent, ¿verdad? —le saludó, respetuoso, el chófer al verle acercarse—. Estaba esperándole, señor. Puede subir cuando quiera.

El chófer, como sabía Jackson, era también un agente del F. B. I.,

que no diría a nadie dónde había llevado a su pasajero. En realidad, y para mayor seguridad, ignoraba la verdadera identidad de Wright, así como el punto a que se dirigía. Su misión consistía en aguardarle a la salida del aeropuerto y conducirle a la estación a toda marcha, teniendo buen cuidado de que nadie les siguiera.

Jackson abandonó el coche a la entrada de la estación. Corrió a una de las taquillas y sacó un billete para Atlanta. Aunque el viaje había de durar toda la noche, desdeñó hacerlo en coche cama. No quería dormirse como medida de precaución. Además, en un coche

de primera pasaría más inadvertido y, no necesitaría dar su nombre.

Buscó un departamento vacío y tomó asiento junto a la ventanilla. Aunque simuló abstraerse en la lectura de un periódico, procuró observar con el rabillo del ojo las gentes que circulaban por el andén. De pronto, se sobresaltó. Acababa de ver a un tipo de edad indefinible, gordo, de rostro congestionado y tocado con un sombrero hongo. ¿Dónde le había visto antes? ¿Acaso en el restaurante del aeropuerto? Tenía esa impresión, aunque tampoco descartaba que su imaginación le estuviera jugando una mala pasada.

Por si acaso, estuvo siguiendo con disimulo sus idas y venidas en los minutos que precedieron a la partida del tren. No tuvieron nada de sospechosas. Buscando a alguien que al fin encontró. Estuvo conversando animadamente con él hasta que el pitido de la máquina anunció la partida del convoy. Jackson no pudo, naturalmente, oír lo que decían ni ver la cara del último individuo, que ni una sola vez miró en su dirección. Tan sólo pudo advertir que era un hombre de elevada estatura, de hombros muy anchos y cabeza muy pequeña.

Se tranquilizó cuando el tren emprendió la marcha y nadie entró en su departamento. Continuó completamente solo durante las dos horas siguientes, entreteniéndose en examinar una guía de ferrocarriles para ver los transbordos que debía efectuar para llegar a Florida y dónde le convenía más hacer algunas breves paradas. Al cabo, pasadas ya las diez de la noche, el tren se detuvo durante cinco minutos en la estación de Lexington.

Al arrancar de nuevo un individuo penetró en su departamento. Wright se estremeció al ver que se trataba de un hombre de estatura superior a la normal, de hombros muy anchos, cabeza pequeña y nariz aplastada. Tenía cierto aire de brutalidad y no resultaba difícil adivinar que era —o había sido, porque ya frisaba en los cuarenta años—, púgil o luchador profesional. ¿Sería el mismo que había visto hablando con el caballero del hongo en la estación de Cincinnati? Como si quisiera desvanecer sus recelos, el recién llegado apenas cambiado un formulario saludo, comenzó a hablar de sí mismo:

—Voy a Atlanta en viaje de negocios, amigo. Un poco molesto es pasarse la noche de viaje, pero, afortunadamente, este tren pasa

vacío por Lexington. Yo le cojo siempre. La semana pasada precisamente...

Mientras su acompañante hablaba, Jackson examinaba con frialdad la situación. Recordaba un viejo aforismo jurídico: «Excusación no pedida, acusación manifiesta». Cuando aquel individuo tenía tanto interés en hacerle creer que había tomado el tren en Lexington, debía ser porque lo había tomado en Cincinnati. Cuanto más le miraba, más convencido estaba de que era el tipo que vio hablando con el caballero del hongo.

Procuró, sin embargo, que su interlocutor no sospechase que le había reconocido. Esperaría prevenido y alerta los acontecimientos, y siempre tendría la ventaja de la sorpresa. Su posible adversario era bastante fornido, pero él conocía algunas llaves de «judo» capaces de terminar con la resistencia de cualquiera. Además, y en caso necesario, la «*Parabellum*» que llevaba en la sobaquera podía solucionar en el acto la cuestión.

Hablaron por espacio de dos horas en tono amistoso, aunque fue el supuesto negociante de Lexington quien llevó todo el peso de la charla. Al final, cerca ya de la una de la madrugada, propuso:

—¿Qué tal si cerrásemos la puerta, corriésemos las cortinillas, bajásemos la lú y descabezáramos un sueñecito? No llegaremos a Atlanta hasta pasadas las siete...

—«Okay», amigo. Ya voy teniendo sueño...

Tumbado en uno de los asientos del departamento, Jackson aguardó con calma, esforzándose por dominar sus nervios. Estaba tendido boca arriba, en actitud de aparente descuido, pero con todos los músculos en tensión. Aunque simuló cerrar los ojos, no hizo más que entornarlos, observando los menores movimientos de su compañero de viaje.

El supuesto negociante de Lexington se tumbó con aire despreocupado, una vez que hubo cerrado la puerta del pasillo y bajado bastante la intensidad de la luz. Al cabo de quince minutos, Wright le oía roncar. No por ello se confió en lo más mínimo. Roncaba demasiado fuerte, para que fuese verdad. Posiblemente trataba de tranquilizarlo. Y si era tan tonto como para dormirse a su vez... ¡Bueno, lo más probable sería que despertase en la eternidad!

Pero transcurrieron tres horas interminables sin que sucediera absolutamente nada. ¿Se habría equivocado en sus sospechas? ¿No

estaría la imaginación, sobreexcitada por lo ocurrido en los últimos días, especialmente la noche anterior, jugándole la mala pasada de hacerle ver fantasmas asesinos por todas partes? Se resistía a creerlo; sin embargo, tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no dormirse. Su compañero de viaje seguía roncando y los párpados le pesaban como losas de plomo.

Habían abandonado Kentucky y el tren corría ahora por tierras de Tennessee, atravesando las ásperas montañas de Cumberland. De pronto, Jackson advirtió que su acompañante se incorporaba sin hacer el menor ruido. ¿Se habría despertado casualmente o estaría esperando con diabólica tranquilidad el momento más propicio para perpetrar el crimen proyectado? No era posible una respuesta, pero Wright aguzó sus sentidos y se dispuso a la defensa.

Pronto no tuvo la menor duda. El individuo se había puesto en pie y le miraba fijamente, mientras una siniestra sonrisa hacía más repulsiva aún la expresión de su rostro. Con movimientos lentos se fue acercando; en su mano derecha apareció un pequeño estilete. Luego, tranquilamente, se inclinó sobre el que suponía dormido y levantó el brazo.

Jackson no esperó más. Tenía las piernas encogidas, había medido perfectamente las distancias y actuó con rapidez y energía. Mientras su pie derecho golpeaba con fuerza la mano derecha del forajido, obligándole a soltar el puñal, el izquierdo, certeramente dirigido, alcanzaba el bajo vientre de su contrincante, tirándole contra el fondo del departamento mientras de sus labios se escapaba un gruñido de dolor.

Ambos golpes, sobre, todo el segundo, habían tenido la potencia suficiente para dejar fuera de combate a cualquier hombre normal. Al ponerse en pie, Jackson estaba convencido de que su adversario tardaría en reaccionar los segundos precisos para tenerle encañonado con la pistola. Entonces le obligaría a decir cuánto sabía y acaso pudiera descubrir lo que tanto le interesaba.

Desgraciadamente, se equivocó. Apenas estaba de pie y se llevaba la mano a la sobaquera, cuando su contrincante se le vino encima. Un violento cabezazo en el pecho le tiró de nuevo sobre el asiento y casi al mismo tiempo sintió en torno a su cuello la dura presión de unos dedos que pretendían estrangularle.

De nuevo le salvó la ayuda de las piernas. Doblando la rodilla

derecha golpeó con ella la ingle de su enemigo, que le soltó con un gemido de angustia. Sin embargo, cuando se puso en pie de un salto, ya su adversario parecía totalmente repuesto y le atacaba gruñendo rabioso:

—¡De todas formas, te mataré!

Arremetía con la cabeza baja, decidido a dejarle sin sentido de un cabezazo en la cabeza o en el pecho. Saltando sobre uno de los asientos, Jackson burló la acometida. Pero había que terminar de una vez. Aprovechando que su enemigo mostraba la nuca al descubierto, le golpeó con fuerza, pegando con el borde de la mano abierta, en uno de los golpes más terribles del «*jiu-jitsu*». Normalmente, aquel golpe hubiera bastado para hacer rodar por tierra medio muerto a cualquier hombre. El forajido, sin embargo, permaneció en pie, aunque evidentemente medio atontado.

Jackson, escarmentado por lo sucedido segundos antes, no quiso darle tiempo a reponerse; tampoco pensó en sacar la pistola, acaso porque los golpes recibidos y la presión de las amenazas de aquel tipo en torno a su garganta le habían irritado sobre manera. Fuera por lo que fuese, que ni él mismo podría explicarlo quizá, el hecho cierto es que continuó pegando en idéntica, forma. Y ahora no fue solo con una mano, sino con las dos, en golpes terribles, asestados de canto con la mano abierta en la nuca y en ambos lados del cuello.

Bajo la lluvia de golpes terribles, el forajido se tambaleó unos segundos. Al cabo cayó de bruces, golpeándose contra el borde del asiento primero, contra el suelo del vagón después, quedando desparramado e inmóvil, por último.

Con ciertas precauciones se agachó Wright a reconocerlo. Pronto la trágica verdad apareció con claridad ante sus ojos. Impresionado, murmuró:

—¡Muerto! Y he sido yo quien...

Sentía la muerte de aquel individuo. La sentía no sólo porque no sería posible ya hacerle decir quién le había mandado asesinarle, sino por tener sobre su conciencia la vida de un hombre. Sólo se debía matar, conforme le habían enseñado en Quántico, cuando fuera absolutamente indispensable para salvar la propia existencia. ¿Era éste el caso? Aunque cualquier tribunal que le juzgase respondería afirmativamente, en el fondo de su conciencia Jackson

sabía que no. El primer golpe en la nuca dejó al forajido prácticamente a su merced; pudo sacar la pistola, amenazarle con ella y obligarle a rendirse. Pero se dejó dominar por la cólera o el pánico y siguió pegando hasta que le mató.

¿Qué debía hacer ahora? Legalmente, su camino estaba claro: dar cuenta de lo ocurrido a los empleados y entregarse a las autoridades en la primera estación en que parase el convoy. Pero ¿podía y debía hacerlo? Lo dudaba. Para evitar ser condenado —era difícil demostrar la legítima defensa sin ningún testigo presencial de la agresión de su contrincante—, tendría que decir quién era y los motivos de su viaje. Los periódicos hablarían del caso y su desconocido enemigo, el mismo que había asesinado a Huber, Meddley y Lofthouse sabría dónde se encontraba y cuáles eran sus planes. ¿No aprovecharía aquel conocimiento para poner en práctica los suyos? Era lo más probable; y tampoco cabía descartar que consiguiera llevarlos a feliz término.

Wright no estaba nada dispuesto a que así fuera. Tras pensarlo un rato, tomó una determinación. Abrió la ventanilla y esperó con calma a que el tren llegase a uno de los túneles. Entonces, cogiendo el cuerpo del forajido, lo arrojó fuera. Comprobó satisfecho que el cadáver había quedado tendido sobre la vía ascendente. Los trenes que pasasen antes de que nadie lo descubriera, le destrozarían de tal manera, que sería casi imposible su identificación.

No pretendía con ello rehuir de manera definitiva la responsabilidad que pudiera derivarse del hecho. Cuando la situación hubiera experimentado el cambio que esperaba, Merrick descubriera a los asesinos de Lofthouse y desapareciese la amenaza que sobre él pesaba, no vacilaría en someterse de manera voluntaria a un tribunal que pudiera juzgar su conducta y los motivos que le indujeron a actuar en la forma que acababa de hacerlo: Pero hasta entonces sería suicida descubrirse; y nada más lejos del ánimo de Jackson que renunciar a la propia existencia.

Tras arrojar el cadáver de su desconocido atacante, salió al pasillo para observar si alguien había percibido el ruido de la pelea. No encontró a nadie. O los departamentos inmediatos estaban vacíos, o sus ocupantes iban dormidos y con el ruido del tren no oyeron absolutamente nada. Tranquilizado por este lado, pensó dónde debía abandonar el convoy. Continuar hasta Atlanta

resultaría peligroso por dos motivos distintos. El primero, que cabía en lo posible que en el mismo tren viajase el caballero del hongo o cualquier otro cómplice del muerto, que descubriera su desaparición en las horas que faltaban para llegar a la capital de Georgia; el segundo, y principal, que en la estación de Atlanta habría alguien esperándole. Si le veía descender indemne de su vagón le seguiría con disimulo y procuraría triunfar donde el tipo de cara brutal había fracasado.

A las tres de la mañana, el tren hacía una breve parada en la estación de Chattanooga, casi desierta a aquellas horas. Jackson fue uno de los pocos viajeros que se apearon en ella, y lo hizo en el último segundo, cuando ya el convoy reemprendía su marcha. Su intención no era, desde luego, quedarse allí. Chattanooga es una ciudad pequeña, pero un importante enlace ferroviario en que se cruzan diferentes líneas férreas.

Media hora después, Wright salía en otro tren que marchaba hacia el Oeste, con un billete hasta Memphis. Pero tampoco fue allí. En Decatur, a mitad de camino, cambió nuevamente de convoy, partiendo ahora hacia el Sur. En Birmingham tornó a repetir la operación. Y al atardecer, cansado, pero satisfecho de no haber dejado tras sí un rastro fácil de seguir, llegaba a Jackson, la capital del Estado de Mississippi.

Buscó un buen hotel, se inscribió con el nombre de Brent, cenó con apetito y se metió en la cama, no sin cerrar con todo cuidado puertas y ventanas y colocar bajo la almohada la pistola para ser empleada sin excesivas demoras. Durmió con todo sosiego por espacio de doce horas, y al levantarse se halló totalmente descansado.

Bajó al comedor, desayunó con toda calma mientras se leía un periódico de la localidad de cabo a rabo. No halló la menor referencia al individuo al que había arrojado muerto por la ventanilla del tren. Tranquilizado, se dispuso a continuar su plan. Acercándose al «comptoir» para liquidar su cuenta, inquirió con interés si había preguntado alguien por él.

—Nadie, señor.

—¿Ni siquiera por teléfono?

—En absoluto.

—«Okay». Voy a salir de Jackson dentro de un par de horas. Si

viniera alguna carta a mi nombre, tenga la bondad de reexpedirla al Arkansas Hotel, de Little Rock.

Pero cuando, una hora después, salía en tren de Jackson, no se dirigía al Noroeste, sino al Sur. En lugar de pasar la noche en Little Rock durmió en el Grunewald, uno de los más lujosos hoteles del barrio francés de Nueva Orleans. Y no sólo pasó aquella noche, sino los tres días siguientes. Durante ellos, aunque vivió receloso, alerta y vigilante, no pudo advertir el menor signo de que sus enemigos estuvieran a la vista. Indudablemente, habían perdido su pista entre Cincinnati y Atlanta.

Con respecto al individuo que arrojó por la ventanilla, pudo ver una breve referencia en el «Daily News», de Chattanooga. En la sección de sucesos daba cuenta de que cincuenta millas al norte de la ciudad, y en el interior de un túnel, había sido hallado el cadáver de un desconocido. Se suponía que dicho sujeto había penetrado imprudentemente en el túnel, siendo arrollado por un tren, o se había caído del vagón en que viajaba. No se insinuaba siquiera la posibilidad de un crimen, y el número del día siguiente del mismo periódico ya no mencionaba siquiera el suceso.

A las setenta y dos horas de llegar a Nueva Orleans, desaparecidos por entero sus temores, Wright decidió continuar su viaje, dirigiéndose al punto que Merrick le había indicado como lugar ideal de aislamiento y descanso. Tenía ahora cierta prisa en recuperar el tiempo perdido, y desdeñando el tren, tomó el avión. Cuatro horas fueron suficientes para que un «Douglas», volando por encima de las bocas del Mississippi primero, cruzando parte del Golfo de Méjico, pues, y atravesando Florida por último, le llevase a la riente ciudad de Miami, paraíso de multimillonarios.

No permaneció en Miami mucho tiempo. El preciso para dar con lo que le interesaba: un garaje donde, previo el pago de una cantidad módica y el depósito de un centenar de dólares como fianza, pusieron a su disposición un «Hudson» en buen uso que podría utilizar como le pareciese por espacio de un mes.

Al volante del «Hudson» salió de Miami hacia los cayos, por la carretera que bordea el Atlántico. Hizo despacio el magnífico recorrido, saltando de islote en islote por largos y espléndidos viaductos, verdadero orgullo de la ingeniería americana. Al final, mediada ya la tarde, llegó a Conch Key.

Conch Key, o Cayo Concha, era una isla de dos millas cuadradas de superficie, que apenas se alzaba treinta metros en su punto más alto sobre el nivel del mar y que aparecía cubierta de espesa vegetación de cocoteros y palmeras. Un bien cuidado camino conducía desde la carretera general de Miami a Key West hasta el extremo sur del islote, donde en una espléndida explanada, a orilla misma del agua, se elevaba orgulloso y señorial, el Oversea Hotel, con sus grandes terrazas, sus espléndidos jardines, su piscina y sus campos de tenis y golf.

Un criado se apresuró a recoger su maletín en la puerta del hotel; otro se hizo cargo del coche para conducirlo al garaje. En el «comptoir» comprobó que Merrick había cumplido su promesa:

—Le reservamos una «suite» en la planta principal, míster Brent, conforme a sus indicaciones.

La «suite» constaba de tres habitaciones —dormitorio, «living» y cuarto de baño—, amuebladas con verdadero lujo. Una puerta del «living» daba acceso a una espléndida terraza desde la que se dominaba un soberbio paisaje. Acodado a la barandilla de la terraza estuvo fumando, complacido, un cigarrillo. Aunque era el anochecer de un día de comienzas de diciembre, la temperatura podía considerarse como cálida y el aire parecía embalsamado por las flores exuberantes de un cercano jardín. Satisfecho, murmuró:

—Indudablemente, Merrick sabe hacer bien las cosas. Creo que es un sitio ideal para gozar de la vida y tranquilizar los nervios.

Pero esta convicción empezó a desvanecerse unas horas después. En el comedor, durante la cena, descubrió, aparte de algunos caballeros de aspecto tranquilo y respetable, y varias muchachas bellísimas, ninguna de las cuales mostraba demasiado empeño en ocultar sus múltiples e innegables encantos, un grupito que desdecía visiblemente del cuadro.

Lo componían tres hombres y una mujer. La mujer era de una belleza explosiva, detonante, provocadora. Una cara hermosa, con grandes ojos negros, una nariz ligeramente respingona y una boca roja, sensual, contraída en gesto desdeñoso. Vestía con elegancia, y dondequiera que la luz le hería destellaban las joyas. También los hombres vestían trajes correctos, elegantes incluso, y uno lucía un anillo adornado con un grueso diamante. Pero bastaba ver sus modales y la expresión de sus rostros para no sentirse del todo

tranquilo. Su aspecto era el de tres «gángsters» típicos, arrancados de un «film» de Hollywood.

—Es míster Magnano, de Chicago —le indicó en un susurro el camarero, respondiendo a una pregunta suya—. Le acompañan dos íntimos amigos suyos. ¿La señora? Es *miss* Florence Payne. Está pasando una temporada en el Oversea. Descansando, naturalmente.

El nombre de Magnano no se le antojaba totalmente desconocido a Jackson. Tuvo que forzar un poco la memoria, pero al fin dio con lo que le interesaba. Alcides H. Magnano era un caballero cuyos negocios rozaban muchas veces la legalidad, aunque jamás pudiera probársele ningún crimen perpetrado por su propia mano. Había quien le calificaba de «gángster», y no debía andar muy descaminado; pero los «gángsters» de la última hornada se parecían poco en su manera de actuar a los de la época dorada y heroica de Capone y Dillinger. No desdeñaban emplear la pistola cuando no quedaba otro remedio; preferían, sin embargo, utilizar procedimientos menos escandalosos. Intentaban hacerse pasar a los ojos de las gentes por respetables y honrados negociantes que hasta podían tomarse unas saludables vacaciones en Florida.

—¡Hola, amigo! ¿Me permite que me siente? Quisiera decirle unas palabritas al oído...

Jackson levantó, sorprendido, la cabeza. Sin esperar respuesta, el individuo que le interpelaba acababa de sentarse a su mesa, mientras le contemplaba fijamente con una sonrisa cínica en el rostro. Era uno de los compañeros que había visto rodeando a Magnano, un hombre alto, delgado, pero fuerte, de frente despejada, ojos claros y rostro inexpresivo.

—Mi nombre es Alexander, pero los muchachos me llaman Alex. Como viene de Chicago, supongo que con esto será suficiente. ¿Me engaño?

—Por completo —repuso Wright, aparentando un desconcierto mayor del que sentía realmente—, jamás le oí nombrar ni tengo la menor idea de lo que quiere darme a entender.

—Una cosa muy sencilla, hermano. Ni a Magnano ni a mí nos agrada que nadie meta las narices en nuestros asuntos. Quien lo hace se expone a quedarse sin ellas.

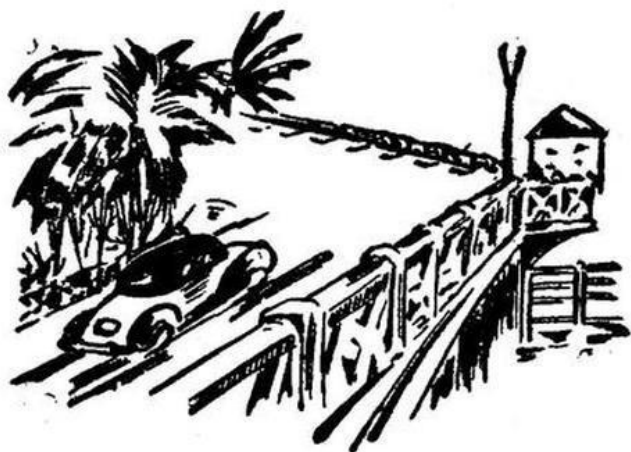
—¿Es una amenaza?

—Una cariñosa advertencia. Le vi preguntando al camarero y me

molesta la curiosidad. Especialmente en un tipo que procede de Chi[1] y puede ser...

—¿Policía? —inquirió, sonriente, Jackson.

—Algo parecido. Si lo es, ha perdido el tiempo, y debe largarse antes de que le cueste perder algo más. Hablo clarito, ¿eh? Usted verá lo que le conviene. Pero recuerde que Alex no avisa más que una vez...



LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:

Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.

III

TENTATIVA DE ASESINATO



A charla con Alex —que concluyó sin la menor violencia, incluso con cierta cordialidad, cuando el supuesto míster Brent afirmó rotundamente que era un pacífico comerciante que se proponía pasar unas semanas de completo descanso en Oversea— dio bastante que pensar a Wright. No porque se le pasara siquiera por la imaginación que Magnano y sus dignos compinches tuviesen nada que ver con el desconocido individuo tercamente empeñado en borrar del mundo de los vivos a cuántos habían intervenido en la liquidación del «gang» de Froggat. Si lo tuviesen no habrían sido tan ingenuos como para empezar amenazándole. Además, y como averiguó sin la menor dificultad,

Alcides llevaba tres meses largos en Florida; durante ellos había hecho alguna que otra excursión a la Habana y numerosos viajes a Miami, Palm Beach y Key West, pero ninguno a Nueva York.

Fue esto precisamente lo que más le dio que pensar. Cabía en lo posible que antes de elegir Conch Key como lugar de reposo para su inquieto y sobresaltado subordinado, Merrick estuviera perfectamente enterado de la residencia en el Oversea Hotel de Magnano y sus huéspedes; incluso que conociera, o sospechara cuando menos, las actividades a que debía dedicarse. Porque, sin pasarse de listo, era lógico suponer que el italoamericano —aun estando «de vacaciones», como al parecer repetía a quién quería oírle—, no desdeñara realizar algún que otro trabajo fácil y productivo. Y Conch Key era una invitación al contrabando con la falta absoluta de toda vigilancia policiaca, los frecuentes viajes de los turistas y las numerosas embarcaciones que, dedicadas en apariencia a la pesca deportiva, podían ir y volver en una noche a las costas cubanas sin despertar las sospechas de nadie.

—¡Oh, sí! Míster Magnano es un entusiasta de la pesca. Y tiene un yate espléndido. Ahí puede verle. El «Caribbean».

La palabra yate resultaba un poco excesiva aplicada al «Caribbean». No pasaba de ser una lancha rápida de dimensiones moderadas, aunque bien podría transportar quince o veinte hombres en caso necesario. Tan excesivo como hablar de puerto al referirse al muelle en que se hallaba anclado en unión de otras varias embarcaciones, construido a poca distancia del Oversea y en el fondo de una pequeña cala.

—Esas lanchas son del hotel. Están a disposición de los huéspedes. Si usted quiere salir de pesca cualquier noche...

—Pero ¿se pesca de noche? —preguntó, sorprendido, Jackson.

El viejo marino con el que hablaba en el muelle —estampa clásica de lobo de mar venido a menos, con esa triste nostalgia de quien después de navegar por los siete mares tiene que ganarse la vida conduciendo una modesta gasolinera para que unos turistas desocupados demuestren su absoluta falta de condiciones para todo lo relacionado con la pesca—, le miró con aire de desdeñosa superioridad. ¿Valdría la pena explicarle que la posible captura de algún mediano atún carecía de importancia para quienes no sabrían apoderarse de él ni teniéndole bien sujeto en el anzuelo? Lo que

importaba era la belleza de las noches tropicales, el mar sobre el que rielaba una luna grande y rojiza, los islotes surgiendo como monstruos fabulosos de las aguas sombrías, la incomparable belleza del amanecer a unos centenares de metros de los rompientes de la costa...

—Es un espectáculo maravilloso. Le aconsejo que no se lo pierda. Míster Magnano precisamente...

Rara era la semana que no se pasaba dos o tres noches en el mar. Incluso cuando en el horizonte aparecía alguna nube amenazadora o la luna negaba sus rayos a los trasnochadores. No iba solo, claro está. Aparte del maquinista y el timonel, que componían toda la tripulación del «Caribbean», solían acompañarle sus amigos, incluso *miss* Florence.

—No pescan mucho, dicho sea en honor a la verdad, pero míster Magnano es un enamorado de la Naturaleza.

Jackson se limitó a asentir. Se hallaba demasiado reciente la advertencia de Alex y no estaba nada seguro del terreno que pisaba para aventurarse a hacer preguntas indiscretas. Pero Joe, el marinero, parecía sentir sincera admiración por aquel caballero y con frecuencia tenía su nombre en los labios. Hablaba en tono de absoluta sinceridad y sin transparentar una segunda intención. No fue preciso que Wright le incitase para que le mencionase. Sin duda, debía tenerle muy presente por sus propinas, poniéndole como modelo y ejemplo a todos los turistas que mostraban el menor interés por pasear en lancha a la luz de la luna o bajo el beso del sol.

Pero las palabras del marinero le dieron bastante que pensar. Bien sabía, sin precisar que nadie se lo dijese, que una lancha rápida podía salvar en pocas horas las setenta u ochenta millas del Canal de la Florida, y que partiendo al anochecer tendría tiempo sobrado para recalar en cualquier playa cubana y regresar a Conch Key antes de la salida del sol. En cuanto al entusiasmo de Alcides Magnano por la Naturaleza, era algo que estaba muy lejos de comprender o admitir.

¿Perseguiría el inspector Merrick un doble objetivo al enviarle allí? Era muy posible. Aunque nada le hubiese advertido, tenía que dar por descontado que una temporada en el Oversea le permitiría descubrir las actividades del italoamericano y sus compinches. Lo

demás, dadas las enseñanzas recibidas en Quántico, no ofrecía dudas. Wright, como cualquier agente especial en su caso, no desaprovecharía la oportunidad de hacer un buen servicio, solo o recabando en momento oportuno las ayudas precisas. Pero lo haría, y se ganaría sobradamente los meses de vacaciones tan generosamente concedidos.

¡Que se vayan al diablo el inspector y sus planes! Bastantes preocupaciones tengo ya, sin necesidad de meterme en nuevos líos. Si quería que hiciese algo, que me lo hubiera dicho con claridad.

Estaba decidido a no mezclarse en nada. Los acontecimientos de los últimos días, su huida azarosa y errátil a través de parte del Middle West y del sur del país, la obsesión de aquel implacable y desconocido enemigo decidido a matarle como había matado a sus compañeros, resultaba más que suficiente para buscarse nuevas complicaciones. Tendría que vivir a la defensiva, observando las andanzas de cuántos merodeaban por Conch Key, pero no para embarcarse en una nueva aventura, sino para no ser sorprendido por cualquier intentona encaminada contra su propia vida. Si Magnano y sus secuaces se dedicaban a negocios sucios, allá quienes tuvieran la obligación de impedirlo. Él había ido al Oversea a tranquilizar sus nervios y procurar salvarse.

Los dos días siguientes resultaron tranquilos y agradables para Jackson. Entabló una amistad superficial con varios compañeros de hospedaje, nadó un rato cada mañana en la playa, jugó un par de partidas de golf, aunque lo hacía rematadamente mal, y tuvo tiempo para recorrer todo el perímetro de la isla y observar a los clientes del hotel. Aun sin proponérselo, se enteró de que Alcides y sus amigos habían pasado una de aquellas noches en una de sus acostumbradas excursiones marítimas. Cuando los vio a la tarde siguiente, bebían alegremente y parecían hallarse del mejor humor.

Pero no eran estos individuos los que podían interesar verdaderamente, dadas las circunstancias en que se encontraba, a Jackson Wright. Mucho más le importaban los que habían arribado al Oversea poco antes o poco después que él. Eran bastante numerosos. Muchos tipos que invernan en Miami o Key West venían al Oversea a pasar unos días, y a veces unas horas simplemente; otros parecían complacerse en llevar durante las vacaciones una vida nómada, y utilizando lanchas o los

automóviles, iban constantemente de, un punto para otro, pasando la noche en cualquier parte. Esto hacía que los huéspedes del hotel variasen con extraordinaria frecuencia y todos los días viese caras nuevas en el comedor.

Hubo entre los que llegaron después un sujeto que desde el primer instante se le antojó sospechoso. Era un individuo de treinta y cinco a cuarenta años, de mediana estatura, pero fornido, que lucía camisas y corbatas un poco detonantes, incluso para allí, donde toda extravagancia en el vestir tenía su natural asiento. Llegó en un espléndido «Cadillac», procuraba hacerse simpático a todo el mundo y daba la clara impresión de ser un individuo vago y estúpido. Afirmaba llamarse Keith Douglas, insinuaba que su padre era un multimillonario neoyorquino y no parecía tener otra misión en la vida que divertirse y gastar a manos llenas el dinero paterno.

Todo esto hubiera dejado a Jackson en una completa indiferencia. Se habría limitado a cambiar alguna frase trivial con el llamado Keith, sin concederle la más ligera importancia. Pero había en aquel tipo algo que le desconcertaba. Sí sus palabras, gestos y modales revelaban a un perfecto estúpido, sus ojos traicionaban un temperamento muy distinto. Era como si aquella mirada inquisitiva, seria, penetrante, que parecía calar los pensamientos de sus interlocutores, estuviera en total desacuerdo con la mentalidad del pretendido millonario.

—Fíjese siempre en los ojos —repetía constantemente con machacona insistencia uno de sus profesores en Quántico—. Es el mejor método para identificar a una persona. Un individuo puede cambiarlo todo, excepto el color y la expresión de sus ojos.

Nada tenía Wright que opinar respecto al color de los ojos de Keith, pero si advirtió desde el primer instante que su expresión no era la que correspondía a la estupidez de que alardeaba. Sin gran esfuerzo llegó a la conclusión de que no debía ser tan tonto como parecía. Y que si tanto interés tenía en simularlo, no sería por nada digno de aprobación y elogio.

Sus temores se confirmaron cuando, en dos ocasiones distintas, pudo verle hablando en tono apagado con Alcides y con Alex, que indudablemente era su lugarteniente. No contaba la vez que le vio charlando en el jardín con Florence porque entonces sus palabras y su gesto correspondían por entero a un pobre diablo deslumbrado

por la belleza y las artimañas de la muchacha.

—Yo no me fiaría de ese tipo. Va tras de usted a todas partes, como si fuera su sombra.

Ya había descubierto algo semejante Jackson, y era esto precisamente lo que le hacía mirar con mayor recelo a Keith Douglas. Le impresionó un tanto, no obstante, que *madame* Boyle lo advirtiera con tanta rapidez. Pero acaso fuera porque míster Boyle —que, llegado aquella mañana a Conch Key, se proponía marcharse al día siguiente— estaba enterado de la verdadera personalidad de Wright y, conociendo los motivos de su estancia en Florida, temiera por su vida, viendo también enemigos por todas partes.

—Supe por Merrick que había salido usted de Nueva York. Me pareció una idea magnífica, luego de lo ocurrido al pobre Lofthouse. Ignoraba que estuviese aquí, pero difícilmente podría encontrar un sitio más seguro.

Wright sonrió, satisfecho, al oír la última afirmación. Tenía la mayor confianza en el juicio de su interlocutor; si suponía que allí no podrían encontrarle sus desconocidos enemigos, tenía que ser porque fuera el último lugar donde se les ocurriese buscarle. Y si le hubiese preocupado que cualquier otro le reconociese temiendo una indiscreción, con míster Boyle no había lugar a la menor inquietud.

Aun no perteneciendo a ninguna de las diversas organizaciones policíacas, Frank Charles Boyle estaba al corriente de cuánto ocurría en Centre Street; tenía abiertas de par en par las puertas de todos los despachos, y nadie hubiese dudado en informarle de cualquier asunto por grave y reservado que fuese. Existía un motivo para ello: ser, aunque un poco extraoficialmente, consejero o asesor jurídico de las fuerzas encargadas de la defensa de la Ley. Hasta unos años ocupó el cargo de ayudante del

Distric's

Attorney; lo abandonó posteriormente para consagrarse por entero a los asuntos de su bufete. Pero todavía se hallaba en estrecho contacto con la Jefatura policíaca y aceptó gustoso en diferentes casos defender a varios agentes a los que se acusaba de extralimitarse en sus funciones.

Jackson, que le conocía, estaba seguro de poder confiar en Boyle como en el mismo Merrick. Tan grande como su inteligencia —que

le había permitido conseguir una sólida posición económica— era su discreción. De sus labios no salía jamás una palabra imprudente, y no era de temer que nadie conociese por él la identidad del que allí se hacía llamar Lawrence Simpson Brent.

Su presencia en Conch Key no tenía, por otro lado, nada de sorprendente. Aunque su despacho estaba en el 517 de Third Avenue, en el corazón mismo de Manhattan, solía tomarse cada tres o cuatro meses unas semanas de bien ganadas vacaciones. Y si en verano acostumbraba a descansar junto a cualquiera de los bellos lagos canadienses, en invierno la Florida gozaba de todas sus preferencias.

—Salí hace dos días de Nueva York; estuve unas horas en Miami y mañana seguiré hacia Key West.

Si bien Jackson se abstuvo de hacer ninguna pregunta, supuso que el viaje de míster Boyle no era sólo de placer y descanso. Parecía, a juzgar por algo que había oído decir, que tenía ciertos intereses en un gran teatro que funcionaba en Key West durante la temporada invernal. Nada había de censurable en ello, porque el negocio teatral es tan lícito como otro cualquiera. Pero el abogado procuraba no hablar nunca de ello, como no hablaba de cierta sala de Broadway cuya propiedad estaba en sus manos. Lo silenciaba, como si experimentase cierto pudor al mezclar su nombre en tales actividades.

La explicación, según Merrick, que hacía años que le conocía y trataba, estaba en que si todo hombre tiene su punto flaco, el talón de Aquiles de míster Boyle era su desmedida afición al teatro. Se susurraba, incluso, que no era ajeno a la paternidad de algunas de las obras estrenadas en diferentes locales las últimas temporadas, si bien en todos los casos ocultó su nombre tras un prudente seudónimo.

—Como ese tipo se me antojó sospechoso desde el principio, he procurado hacer algunas averiguaciones. En el hotel afirmó que vivía en el mil doscientos diecinueve de Fifth Avenue. Una simple llamada telefónica me ha bastado para comprobar que no es cierto. Y si ha mentido en esto...

Un poco a pesar suyo, Jackson hubo de reconocer que míster Boyle acababa de darle una buena lección. Unas pocas horas en Conch Key le habían bastado para descubrir entre todos los

moradores del Oversea al único que podía representar un peligro para el perseguido agente especial. ¿Cómo no se le había ocurrido algo tan elemental cómo tratar de comprobar la verdadera personalidad del supuesto Keith Douglas? Su interlocutor, aun estando mucho menos interesado en el asunto, lo había hecho. Y el resultado no podía ser más alarmante.

Pero quizá exagerasen ambos un poco el peligro. Aun cuando no fuera cierto que Keith vivía en la Quinta Avenida Neoyorquina e incluso admitiendo que utilizase un nombre falso, aquello no implicaba por fuerza que se tratase de un forajido llegado al Oversea con el propósito y la finalidad de asesinar a Wright. En torno a los millonarios que durante la internada poblaban los hoteles de Florida, solían moverse aventureros de toda clase. El supuesto Douglas podía ser uno de ellos.

—Si no es un tipo que actúa de acuerdo con Magnano y sus amigos, por lo menos le he visto hablar en tono confidencial con alguno de ellos.

Frank Charles Boyle tenía una memoria privilegiada y llevaba demasiados años en contacto con la Policía para que el nombre de Alcides H. Magnano le resultase totalmente desconocido. Jackson pudo comprobar, sin tardanza que estaba mucho más enterado que él mismo. Pero...

—Tengo la impresión de que no hace otra cosa que divertirse y esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que pase la tempestad. Allá en Chicago había quien sentía excesiva curiosidad por sus asuntos. El «*signore*» Magnano juzgó conveniente cambiar de aires, hasta que la situación se aclarase. No creo que sea tan tonto como para meterse aquí en nuevos líos.

Le parecía dudoso, también, que Keith Douglas tuviera nada que ver con el italoamericano. La mejor prueba estaba en que si Alcides llevaba tres meses allí y había estado en el hotel varias veces en ocasiones anteriores, el otro individuo llegó sólo dos días antes, y nadie recordaba haberle visto en ocasiones precedentes.

—Es posible que sufra un error. Sin embargo, de estar en su pellejo, procuraría no perderle de vista, e ir siempre preparado, por lo que pudiera suceder...

La conversación, mantenida durante un paseo dado a lo largo de

la playa, sufrió entonces una obligada modificación. Obligada y nada desagradable, en fin de cuentas. Llegaban a la puerta del hotel, cuando de un «Chrysler» se apeó una muchacha que corrió al encuentro de ambos.

—Es mi sobrina Merle —indicó con una sonrisa míster Boyle; luego, dirigiéndose a la joven, añadió—: Merle, te presento a Lawrence Simplon Brent, un buen amigo mío.

Sonriente, la muchacha le tendió la mano, que Jackson estrechó ligeramente, impresionado por la belleza de Merle. Recordaba un poco confusamente que alguien —no podría decir exactamente quién, tal vez Merrick, o mejor, el pobre Lofthouse, entusiasta siempre de todas las chicas bonitas— le había hablado de la sobrina de míster Boyle. Quienquiera que fuese, le hizo grandes elogios de su hermosura; pero en su fuero íntimo, había de reconocer que, por hiperbólica que entonces le pareciese la pintura, en este caso quedó muy por bajo de la realidad.

Merle no tendría arriba de diecinueve o veinte años; era rubia, con el pelo dorado y unos ojos grandes, claros, de limpio y acariciante mirar. Alta, esbelta, de cintura estrecha y piernas largas, parecía la encarnación de una Diana adolescente salida del cincel de un escultor helenista. Tenía la cara redonda y la boca pequeña, y el cutis, ligeramente tostado por el aire y el sol, de una delicada transparencia nacarina. No usaba pinturas ni afeites de ninguna clase, ni siquiera en los labios. Daba una clara impresión de belleza fresca, auténtica, natural y espontánea.

—Me quedé en Miami esta mañana para conocer la ciudad. Es maravillosa. Pero cien veces más asombrosos son estos cayos y ese mar...

Era, como Jackson no tardaría en saber, la primera vez que venía a Florida. En realidad, aquel año estaba conociendo muchas cosas que la producían la mayor admiración.

—Hasta hace unos meses estuve interna en el Trinity College, de Boston. Desde que salí todo resulta nuevo y maravilloso para mí.

Para Wright constituyó un verdadero placer cenar en compañía de míster Boyle y de su sobrina. Era la primera vez desde que salió de Nueva York que no comía completamente solo, y la compañía le animó bastante. La presencia de la muchacha hizo que no se hablase para nada de los peligros que Jackson podía correr ni de la

verdadera personalidad de éste. Frank le había presentado como Brent, demostrando, una vez más, su conocida discreción, y como Brent —un adinerado comerciante de Chicago que pasaba unas vacaciones en Conch Key—, se expresó al hablar con la joven.

Elogió, naturalmente, las bellezas de la isla. Había una playa en la parte Oeste, conocida con el nombre de Coconut Beach, que resultaba maravillosa. No había tenido ocasión de contemplarla más que de día, pero...

—Según el viejo Joe, de noche y a la luz de la luna es algo incomparable.

Merle expresó el deseo de conocerla. Pensaba seguir a la mañana siguiente hacia Key West, en compañía de su tío. Sin embargo, ¿no podrían aprovechar parte de la noche para una excursión nocturna? No tenía sueño, porque se había levantado tarde. Y aunque lo tuviese...

—Creo que merece la pena acostarse unas horas después.

Había dos medios de llegar a Coconut Beach. Uno, en automóvil, a través de un estrecho sendero que conducía hasta sus proximidades, cruzando un bosquecillo de palmeras, cocoteros y manglares; otro, por mar, en lancha, doblando la punta sur del islote. Este último era el más lento, pero también el más bonito.

—Bastaría avisar a Joe para que nos preparase una gasolinera. En ir y volver, recorriendo buena parte de la costa, no tardaríamos más de una hora.

Merle expresó con claridad su entusiasmo por la proyectada excursión; míster Boyle, dudoso en un principio, acabó dando su asentimiento. En cuanto a Jackson, que había olvidado un poco sus temores hablando con la muchacha, ardía en deseos de hacer uno de aquellos recorridos marítimos nocturnos de que tan partidarios se sentían todos los huéspedes del Oversea.

No obstante, y por un exceso de precaución, prolongó la charla más de lo necesario, mientras observaba con disimulo a los demás comensales. Ninguno parecía prestarles la menor atención. Mucho antes de que terminasen la cena, Magnano, Alex y Florence salieron formando un grupo y a los pocos segundos oyeron el ruido del coche en que se alejaban, posiblemente, a pasar unas horas divertidas en cualquiera de los clubs nocturnos de Cayo Largo o Key West. Keith Douglas, por su parte, que cenaba sólo en un rincón con

aire soñoliento, se marchó con rumbo a su habitación. Estaban en el vestíbulo cuando le oyeron indicar a uno de los camareros que le despertasen a las siete de la mañana del día siguiente.

—Cuando ustedes quieran —dijo satisfecho Jackson—. Había que esperar a que saliera la luna, pero ya ha salido.

En el último momento, y aunque les acompañó hasta el pequeño malecón donde amarraban las gasolineras, míster Boyle se excusó de acompañarles. Repentinamente pareció recordar que necesitaba celebrar una conferencia urgente con Nueva York, pero Wright tuvo la clara impresión de que prefería dejar solos a los dos jóvenes. Sin duda, temía ser un estorbo para ambos.

—Esperaré levantado su regreso. Y si te dejo ir con tanta confianza, Merle, ya comprenderás que es por tener fe ciega en la caballerosidad de míster Brent.

Jackson le agradeció sinceramente aquella muestra de confianza. Pero a fuerza de ser sincero consigo mismo había de reconocer, aunque no lo dijese en voz alta, que su gratitud obedecía más que al concepto que de su caballerosidad, parecía tener míster Boyle, al hecho de que le dejase a solas en compañía de su sobrina. ¿A quién, en efecto, no le hubiese agradado la perspectiva de un paseo marítimo en unión de una chica tan atractiva y simpática como Merle?

Sólo el viejo Joe, servicial y sonriente al entregarles una de las mejores gasolineras, les vio partir. Aquella noche había una pequeña fiesta en el Paradise Club, de Cayo Largo, y la mayoría de los huéspedes del Oversea optaron por atravesar en sus automóviles los tres mil doscientos metros del largo viaducto, el mayor de toda la línea, que une los cercanos islotes de Conch y Long, prefiriendo las bellezas de la música de «jazz» a los encantos de la Naturaleza tropical bajo la luz de la luna.

—Mejor. Así no nos molestará nadie.

Se alejaron media milla de la costa, hasta doblar los aislados peñascales que emergían del mar frente por frente al hotel y que ahora, envueltos en la claridad fantasmal de la luna, parecían las ruinas de un viejo castillo medieval. Luego, sin prisas, lentamente, fueron bordeando las costas de Conch Key.

No habían exagerado quienes hablaban de las bellezas de una excursión nocturna. El mar, tranquilo, casi inmóvil, semejava una

inmensa plancha de acero, que iba a romperse blandamente sobre la arena de la playa. Aquí y allá surgían los islotes como descarnados esqueletos de fabulosos monstruos mitológicos. Unos cocoteros erguían altaneros sus copas sobre el fondo oscuro del horizonte. La gasolinera dejaba tras de sí una estela de plata.

Merle contemplaba con infantil entusiasmo el panorama que se extendía ante sus ojos. Jackson también admiraba el paisaje, pero con mayor complacencia el rostro de su acompañante. A cada instante le parecía más bonita. El resplandor lunar ponía hebras de marfil en su cabello dorado, arremolinado por el viento en torno a su cabecita.

—Ahí está Coconut Beach.

Se extendía en forma semicircular en el fondo de una pequeña bahía, limitada por dos acantilados que avanzaban sobre las aguas tranquilas. Jackson se creyó en el caso de explicar:

—Conch Key debe su nombre a las numerosas tortugas que salen a descansar sobre la arena de sus playas. Y por lo que he oído, parece que Coconut Beach es la predilecta.

—¿Y si la recorriésemos para ver si dábamos con alguna?

No era la mejor hora para encontrar tortugas paseando perezosamente por la orilla del mar, pero Wright se abstuvo de decirlo. No le desagradaba la perspectiva de prolongar el tiempo de la excursión, pasando un rato en aquella playa desierta. Complacido, acercó la gasolinera a unas rocas y dos minutos después pisaban las arenas.

—Allí, allí creo que hay una.

La supuesta tortuga resultó ser un pequeño matorral. No obstante, corrieron de un lado para otro por el trozo que se extendía entre el bosque y el mar. De pronto, Jackson se detuvo, aguzando el oído. Ligeramente preocupado, murmuró:

—Me parece que alguien se acerca.

—¡Bah! Serán algunos excursionistas que vienen, como nosotros, en busca de tortugas a la luz de la luna.

Era lo más probable, y, sin embargo, Wright sentía una extraña inquietud. Esperó impaciente que alguien apareciese en la playa, pero el ruido de pasos se apagó sin que nadie transpusiera los linderos del bosque.

—Voy a ver quién anda por ahí.

Sonriente, Merle fue tras él. Jackson no quería alarmar a la muchacha; sin embargo, iba con todos los sentidos alerta, tensos los músculos, y acercando con disimulo la mano derecha a la sobaquera donde portaba una «*Parabellum*». Avanzó con ciertas precauciones hacía unos manglares que crecían al pie de varias airosas palmeras.

—¿Qué le inquieta, míster Brent?

Casi al mismo tiempo de hablar la muchacha se escuchó un ruidito seco y algo pasó silbando por encima de sus cabezas. Jackson comprendió en el acto de lo que se trataba. Alguien disparaba sobre ellos con un arma provista de silenciador. Sin pensarlo dos veces se tiró de bruces al suelo, agarrando a la joven del brazo y arrastrándola en su caída. Merle protestó airada:

—¡Está usted loco...!

—¡Loco sería si continuase en pie! ¡Cuidado!

Desconcertada la muchacha, oyó de nuevo al extraño ruidito de antes y vio cómo algo duro se clavaba en el suelo a pocos centímetros de su cabeza, levantando un puñado de arena. Asustada, preguntó:

—¿Pero es que alguien...?

—¡Silencio! Podrían guiarse por la voz, ahora que quizá no la vean...

Nuevos balazos que fueron a clavarse en la pequeña duna tras la que Jackson se había parapetado, demostraron que sus palabras tenían un fondo de verdad. La muchacha vio cómo su acompañante empuñaba una pistola con la que se disponía a contestar al inesperado ataque de sus invisibles enemigos. Pero antes de que llegase a apretar el gatillo, el estampido de unos disparos —hechos con un arma que no llevaba silenciador—, rasgaron el silencio de la noche.

Un poco sorprendido, advirtió Jackson que si los primeros fogonazos habían brillado entre unos matorrales que tenían enfrente, los de ahora surgían de un punto a la derecha; también que los últimos balazos no silueteaban sus figuras, sino que pasando muy por encima de ellos iban a perderse entre los manglares de donde partió la primera agresión. E Incluso llegó a sus oídos un ahogado gemido.

¿Se habían metido sin saberlo entre dos grupos rivales y estaban a punto de perecer en una lucha que nada les importaba? ¿Se

trataba de un intento de asesinato organizado por el mismo que mató a Huber, Meddley y Lofthouse? ¿O simplemente que su presencia en la playa estorbaba a alguien que pretendía asustarles para obligarles a huir? No era tiempo ni ocasión de dilucidarlo. Las balas seguían lloviendo a su alrededor y lo mejor sería responder en la misma forma.

Lo hizo sin vacilaciones. No tiraba a bulto, por tirar, desperdiciando inútilmente la munición. Apuntó con cuidado al punto donde había visto brillar los fogonazos y disparó. Bien fuera porque sus tiros amedrentasen a sus enemigos o porque éstos considerasen fallado el empeño una vez que no alcanzaron a Wright con los primeros balazos, lo efectivo fue que la lucha llegó rápidamente a su final.

Oyeron ruido de pasos precipitados y que cesaban los tiros de sus agresores. Jackson quiso lanzarse impetuoso en su seguimiento; Merle se lo impidió:

—¡Cuidado! Podrían aguardar escondidos entre los árboles, y cuando se incorporase...

Tenía razón, y Wright continuó unos minutos tendido en la arena, haciendo de cuando en cuando un disparo al azar sin que le respondiera nadie. Al cabo, llegó a sus oídos el ruido de un coche que se alejaba.

—Indudablemente se han largado —dijo Jackson, poniéndose en pie.

Seguido por la muchacha avanzó, no sin cierto recelo, hacia los matorrales de donde, había partido la agresión. No quedaba nadie. Sin embargo, en las inmediaciones pudieron ver huellas de pisadas y hasta encontraron dos o tres cápsulas de pistola vacías.

Al poner de nuevo en marcha la gasolinera alejándose de la playa, su estado de ánimo era totalmente distinto al de media hora antes. El encanto de la excursión nocturna había sido destrozado por los disparos de sus desconocidos agresores. Tanto Jackson como la muchacha iban serios y preocupados, hundidos en sus pensamientos y sin muchas ganas de hablar.

—No lo entiendo —murmuró al cabo de un rato de silencio Merle—. No puedo comprender qué interés podían tener en matarnos.

—A usted ninguno —repuso Jackson—. A mí...

La muchacha le miró con un gesto de clara sorpresa. Luego las preguntas se atropellaron en sus labios. ¿Tenía míster Brent muchos enemigos? ¿Acaso había chocado allá en Chicago con algunos de los «gangs» que según las películas y las novelas infectaban la gran ciudad del Middle West? ¿Se había negado a aceptar la «protección» de cualquier «boss», pidiendo auxilio a la Policía?

—No deje volar su imaginación, señorita. Ni he chocado con ningún «boss» de Chicago, ni en realidad he puesto los pies en dicha ciudad hacía muchos años.

—Entonces lo entiendo menos —replicó confusa la muchacha. Si no tiene enemigos...

—No he dicho que no tenga enemigos —la interrumpió rápido su acompañante—. Y acaso empiece a comprenderlo todo cuando le diga que mi verdadero apellido no es Brent, sino Wright.

—¿Jackson L. Wright? —preguntó con un grito Merle.

—El mismo. Ya veo que el nombre no le resulta desconocido. ¿Me equivoco al suponer que empieza a ver claro lo sucedido?

—No. Hace días que mi tío me habló de su compañero Lofthouse y de usted. Lo único que me extraña es que todavía siga vivo...



**Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.**

A

EDITORIAL ROLLAN

SAN BERNARDO, 68.—MADRID

IV

SOSPECHAS



CON el ceño fruncido y un gesto de grave preocupación en el semblante escuchó a míster Boyle un rápido relato de lo ocurrido en Coconut Beach. Al final preguntó:

—¿Están seguros de que el agresor era más de uno?

—Completamente. Incluso tengo la impresión de que en algún momento llegaron a tirotearse entre ellos. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque no suponía que ese Keith Douglas pudiera tener cómplices en Conch Key.

—Pero ¿cree usted que pudo ser él?

Míster Boyle vaciló en responder. Cuando lo hizo no se atrevió a lanzar una afirmación rotunda. Mentalmente, mientras Jackson hablaba, había pasado revista a los tipos vistos en el Oversea. De todos ellos, el más sospechoso le pareció el llamado Douglas. Claro que podía ser cualquier otro en el que no hubiese reparado. Sin

embargo, el hecho de que hubiese mentido al dar sus señas en el hotel y de que arribase casi al mismo tiempo que Wright le hacía pensar lo peor.

—Pero si todos le vimos marchar a su cuarto apenas terminó de cenar...

—Lo cual no indica que no saliera a los diez minutos, sin que ninguno nos diésemos cuenta.

Una simple pregunta al portero nocturno pareció destruir aquella hipótesis. Keith no había salido por la puerta; el cancerbero estaba completamente seguro.

—¿Se convence ahora, míster Boyle, de que hay que buscar por otro lado?

—¡Hum! Ese individuo duerme en la planta baja y pudo saltar tranquilamente por la ventana. Es posible que ni siquiera esté ahora en su cuarto.

Quisieron realizar una comprobación sin armar demasiado escándalo. Antes de tomar ninguna medida enérgica, era preciso convencerse de que tenían razón. ¿Cómo? Había un procedimiento sencillo. Míster Boyle tenía una habitación en el piso bajo, inmediata a la ocupada por Keith.

—¿Qué tal simular que me he equivocado de cuarto y hurgar en la cerradura?

La acción siguió sin tardanza al proyecto. Acompañado de Merle y Jackson, míster Boyle fue hasta la puerta del cuarto de Douglas y trató de abrir con su llave. Sabía, positivamente, que no podría hacerlo, pero suponía que el ruido sería suficiente para que el ocupante de la habitación protestase o saliera a abrir.

Transcurrieron, sin embargo, unos segundos y dentro del cuarto no se oyó mover a nadie. Haciendo un alto, míster Boyle se volvió para mirar con aire triunfador a sus acompañantes. De pronto escucharon un ruido sordo como el producido por la caída de un cuerpo. Siguieron forcejeando con la puerta, pero aún pasaron dos minutos largos sin que les contestase nadie. Al cabo, la puerta se entreabrió y en el umbral apareció Keith Douglas. Llevaba puesta una bata de noche, tenía un aire de profunda soñolencia y parecía sinceramente sorprendido al preguntar:

—¿Qué diablos quieren a estas horas?

—Usted perdone, amigo. He debido confundirme de cuarto.

Tengo el número diecisiete...

—Éste es el dieciséis. Debiera fijarse mejor antes de despertar a los vecinos.

Cerró la puerta con aire malhumorado, dando por terminada la discusión. Tras una ligera pausa, míster Boyle pasó a su habitación, siempre seguido por su sobrina y Wright. Fue éste el primero en hablar:

—Habrà que pensar en otros. ¿No podría ser que por casualidad hubiésemos ido a interrumpir algún alijo?

Míster Boyle movió la cabeza en gesto negativo. Era muy difícil que unos contrabandistas se decidiesen a actuar en las primeras horas de la noche y menos con luna clara. Además, ni Merle ni Wright habían visto en las inmediaciones de Coconut Beach ninguna embarcación.

—Pero Alcides y sus compinches...

—No piense en ellos. «Trabajan», como sabe, en cosas muy distintas. Aquí están de vacaciones.

—Lo cual no les impide hacer frecuentes y misteriosos viajes en un yate: el «Caribbean» —gruñó descontento Jackson.

Míster Boyle no daba su brazo a torcer. Magnano había ganado muchos millones con la explotación de unos cuantos garlitos en Cícero y Peoría. No iba a cambiar de negocios a los cincuenta años, cuando tan provechosos le habían resultado los que explotara hasta entonces. Aquellos viajes eran simples excursiones de placer. La adquisición del yate —muy reciente, al parecer—, era sólo un capricho de nuevo rico al que sobraba el dinero, ansioso de «epatar» a quienes le rodeaban.

—Especialmente a esa Florence, que debe estarle vaciando los bolsillos.

Había, de todas formas, un procedimiento sencillo de salir de dudas. Aquella noche, cerca de la mitad de los huéspedes del Oversea, habían ido a Cayo Largo para presenciar la fiesta organizada en el Paradise. No costaría ningún trabajo saber si el grupo de Alcides había sido visto allí. Personalmente seguía sospechando de Douglas.

—Yo no —afirmó Jackson—. Indudablemente estaba en la cama y dormido cuando intentamos abrir la puerta.

—Lo dudo. Habría abierto mucho antes. Además, nadie se

acuesta con los zapatos puestos. ¿O no se fijó que, aun cuando salió con bata, llevaba los zapatos y con los cordones bien atados?

Wright no había reparado en aquel detalle, pero Merle sí. La muchacha incluso vio algo más a través de la puerta entreabierta: que la cama estaba intacta, mientras la ventana que daba al jardín aparecía abierta de par en par.

—Bueno —dijo casi convencido Jackson—. Mañana tendré una charla con ese caballerito. Y tendrá que explicarme muchas cosas...

A la mañana siguiente sufrió una considerable sorpresa. Al preguntar por él, supo que Keith Douglas, que se había levantado muy temprano, pagó su cuenta, sacó el «Cadillac» del garaje y partió de Concha Key con rumbo desconocido.

—Ha dicho que iba a Cayo Hueso, pero lo más probable es que se largase hacia Miami. De cualquier forma, mi enhorabuena. Enemigo que huye...

—¿Sigue creyendo que fue él?

—¡Seguro! —afirmó en tono convencido míster Boyle—. ¿No le parece suficiente prueba esa huida? Nuestra visita de anoche le hizo suponer que sospechábamos algo. Se ha ido para ahorrarse explicaciones peligrosas.

Jackson estaba dispuesto a creerlo. Quedaba, sin embargo, una segunda parte. Sus agresores fueron varios.

—Es posible. Aunque también pudiera ser que la emoción del instante les hiciera creer que tenían enfrente un enjambre de enemigos.

Wright tragó saliva sin contestar. Las palabras de míster Boyle la recordaban otras de parecida significación oídas en ocasión similar de labios del inspector Merrick. ¿Llegaría también a creer que el miedo le hacía ver visiones? No era cosa de responder violentamente, enfrentándose con una persona que tanto interés había mostrado en ayudarle y estaba por encima de todas las sospechas. Prefirió variar de tema, preguntando por Magnano y sus compinches.

—Nada que hacer por ese lado, amiguito. Veinte personas distintas les vieron en Cayo Largo. Estaban bastante bebidos, Florence escandalizó más de la cuenta y tuvieron incluso una pequeña pelea.

Habían vuelto ya amanecido en el mismo coche en que se

fueron. Ahora debían estar durmiendo tranquilamente.

—Siga mi consejo, y no se preocupe por ellos. Son, desde luego, auténticos indeseables y nada se perdería con sentarles en la silla eléctrica. Pero no por lo que hagan aquí, sino por lo que hicieron en Chicago. También los «gángsters» se toman sus vacaciones. Y en todas partes los reciben con los brazos abiertos. Que no en balde derrochan más dinero que los millonarios honrados...

Discutieron si debían denunciar o no a la Policía lo ocurrido la noche anterior, aunque para hacerlo tuviesen que ir a Cayo Largo o Key West, porque en Conch Key no había ningún puesto fijo. Jackson no era muy partidario de hacerlo. Armaría demasiado escándalo y atraería sobre sí la atención de las gentes, cosa que no le convenía en absoluto. Aun sin defender de una manera rotunda la tesis contraria, míster Boyle vacilaba. Su espíritu legalista le impulsaba a dar cuenta a las autoridades de un intento de asesinato, pero su sentido práctico de hombre de negocios le obligaba a pensar de distinta manera.

—No creo que sirviera de mucho. Lo más probable es que no le creyeran siquiera. De todas formas, piénselo. Y si se decide, vaya a Key West. Soy muy amigo del Jefe de la Policía local.

Hizo una breve pausa. Luego, a punto ya de emprender la marcha, insistió:

—Vaya de todas formas. El Oversea está bien para un par de días, pero es un poco aburrido. Sobre todo, ahora que se le fue la posible diversión con la marcha de Keith Douglas.

—Espero no echarle de menos —repuso Jackson—. Y no me agradaría ir a Cayo Hueso para darme de cara con él.

—¡Ni pensarlo! Seguro que a estas horas no está ni siquiera en Florida.

Wright no tenía, sin embargo, grandes deseos de abandonar Conch Key. La agresión de la noche anterior, caso de no tratarse de una equivocación —cosa que descartaba en absoluto—, demostraba que sus enemigos sabían que se hallaba allí. Pero la fuga del supuesto Keith Douglas, que constituía por sí sola un grave indicio de culpabilidad, empezaba a levantar el velo que cubría el aspecto físico de su implacable perseguidor. ¿Sería aquel individuo el asesino de sus tres compañeros? Era posible. Como lo era que hubiese pretendido asesinarle a él. E incluso que volviese a

intentarlo.

Quedándose allí, arriesgaba su vida indudablemente. Pero ¿no merecía la pena cuando había una posibilidad, una probabilidad mejor, de terminar de una vez con aquel forajido? Jackson podía temerle en Nueva York, escondido entre la multitud, cuando ignoraba su aspecto y podía ser uno cualquiera de los ocho millones de habitantes de la gigantesca urbe. Pero no allí, viviendo alerta, conociendo su cara, y estando dispuesto a contestar adecuadamente a cualquier agresión.

—Me parece que será mejor que continúe aquí.

La firmeza de su propósito vaciló un tanto al despedirse de Merle. Los sucesos de la noche anterior habían producido enorme impresión a la muchacha; bastaba ver su cara, para comprender que no había logrado conciliar el sueño.

—Siento mucho que se quede, Wright. Temo por su vida.

—Creo —alardeó Jackson ante la joven— que anoche pudo comprobar que sé defenderme.

—Acaso la próxima vez no le den tiempo a intentarlo. Venga a verme a Key West. Es posible que yo...

Se puso muy colorada y no terminó la frase. Tras una ligera pausa, añadió en tono de voz distinto:

—¡Qué tonta soy! ¡Querer dar lecciones a un agente especial del F. B. I.!

Usted sabrá cien veces mejor que yo lo que debe hacer.

—Quizá no en todas las cosas —replicó sonriente Wright, para quien no habían pasado inadvertidos ni el interés de la joven ni el rubor que se extendió por sus mejillas cuando creyó haber dicho demasiado—. Empiezo a pensar que me convendrá visitar pronto Key West. Aunque sólo sea para tener el placer de volver a hablar con usted...

La forma en que la joven estrechó su mano al despedirse y la mirada que le dirigió al subir al coche, afianzaron en su primera impresión a Wright. Indudablemente, si la extraordinaria belleza de Merle había herido profundamente su sensibilidad, tampoco a la muchacha parecía disgustarle el aspecto ni la compañía del agente especial. Acaso fuera un exceso de presunción por su parte, y la amabilidad de la sobrina de Boyle simple compasión por un hombre cuya vida corría el más grave de los peligros. De todas formas, haría

un viaje a Key West para salir definitivamente de dudas.

Tras de la marcha de Merle y su tío, Jackson resolvió hacer por su cuenta una excursión a Coconut Beach. En pleno día prefirió ir allá por el cambio de tierra; como la distancia era corta, decidió hacer el recorrido a pie. Empleó en ello buena parte de la mañana. No quedó descontento de su paseo, aunque no fue mucho lo que logró poner en claro.

Comprobó una vez más que Coconut Beach, al punto más apartado y solitario de Conch Key, podía ser el sitio ideal para los manejos de un grupo de contrabandistas. Aunque de día, y a primeras horas de la noche solían visitarlo algunos turistas, estaba desierto, sobre todo, al amanecer, y cuando amenazaba alguna tempestad. Desembarcar allí cualquier alijo, conducirlo a hombros hasta la carretera de Key West a Miami —que únicamente distaba media milla—, y ponerlo a buen recaudo en el interior del país, no ofrecería graves dificultades.

¿No habrían interrumpido la noche anterior, por simple casualidad, la espera o los trabajos de cualquier «gang»? Parecía bastante probable. Lo hubiese admitido sin vacilaciones de no ser por dos hechos: la amenaza que pesaba sobre su vida y la sorprendente marcha de Keith Douglas. Esta última, echaba por tierra todas las suposiciones respecto a una banda de contrabandistas.

Sin embargo, y aun admitiendo que el susto de la agresión pudo hacerle exagerar inconscientemente el peligro corrido, tenía la seguridad de que el ataque no fue obra de un solo individuo. Examinó a la luz del día el lugar de donde partieron los primeros disparos: las ramitas tronchadas de algunos matorrales indicaban que por allí debieron andar emboscados dos o tres sujetos.

Inspeccionó luego los linderos del bosque desde donde alguien había tirado con pistola desprovista de silenciador. Tuvo que rebuscar mucho, pero al cabo halló una cápsula de pistola. Era de una «German Luger» de calibre especial. Resultaba evidente que allí estuvo agazapado un adversario más. Pero si Douglas llegó sólo a Oversea y sólo se había marchado, ¿quiénes podían ser sus acompañantes?

Por el camino, de vuelta al hotel, estuvo pensando en esto. Una respuesta acudió sin demora a su cerebro: Alcides Magnano y sus

amigos. Pero ¿no les habían visto muchos en la fiesta de Cayo Largo? ¿No tuvieron, incluso, una pequeña pelea en pleno baile? Al parecer, aquello descartaba por completo su intervención en la refriega de Coconut Beach. Sin embargo...

«¿A qué hora les vieron? —se preguntó a sí mismo —expresando en voz alta sus pensamientos—. Un buen coche no tardaría arriba de cuarenta minutos, y el tiroteo fue alrededor de las once. Si no les vieron antes de las doce...»

Le faltó tiempo, apenas regresó al Oversea, para iniciar sus averiguaciones. Lo hizo sin prisa aparente, con tacto y habilidad, hablando con unos y con otros de cosas indiferentes, deslizándose de cuando en cuando una pregunta, sin darle la menor importancia. Pero poco después de la comida, sabía ya cuánto le interesaba.

—¿El escándalo? Sí, la culpa fue de esa *miss* Florence. Dijo que un tipo había querido propasarse y *míster* Magnano le dio una bofetada.

—Estaría un poco mareado, ¿no?

—Lo dudo. Después sí estaba bastante cargado; pero entonces acababan de llegar. Serían. Bueno; pongamos que las doce y media.

¡Habían tenido tiempo sobrado para llegar a Cayo Largo luego del tiroteo de Coconut Beach! Aquello aclaraba y complicaba simultáneamente las cosas. ¿Les habría ofrecido Douglas una buena recompensa por quitarle de en medio? Era posible, pero poco probable. Además, si partieron del hotel mucho antes que él, ¿cómo pudieron saber adónde se proponía dirigirse? Claro que cabía una explicación: que coincidieran casualmente en la playa, esperando quizá algún alijo, y que sólo pretendieran asustarle para que se fuera. Pero en este caso, ¿por qué dispararon empleando silenciadores y por qué mostró tanta prisa Keith en quitarse de en medio?

No era fácil responder a todas aquellas preguntas. Jackson ni siquiera lo intentó. Se limitó a esperar que, pasados los efectos de la noche pasada en vela y del alcohol ingerido, tanto Florence como Alcides y sus compañeros fueran saliendo de sus habitaciones. Tenía cierta curiosidad por verles la cara y observar sus reacciones al contemplarle sano y salvo.

En un principio quedó ligeramente decepcionado. Florence no se molestó siquiera en mirarle. Magnano, que marchaba, como de

costumbre, al lado de su amiga, no hizo otra cosa que medirle de pies a cabeza con una mirada desdeñosa, que no reflejaba sino su indiferencia habitual. En cuanto al llamado Alex, ni siquiera le vio. Wright si le observó con marcado interés. Hubo algo que le llamó la atención: ver que llevaba unos esparadrapos cubriéndole el dorso de la mano izquierda. Podían ser consecuencias del incidente de Cayo Largo; pero también del tiroteo de la playa.

Fingiendo no preocuparse de ellos, aunque teniendo buen cuidado de mirarlos con el rabillo del ojo, Jackson siguió hablando con otros clientes. De pronto, un camarero acudió en su búsqueda. Le llamaban urgentemente por teléfono desde Key West. Cuando cogió el auricular no le sorprendió mucho escuchar la voz de míster Boyle, aunque si lo que le decía:

—Estaba equivocado, amigo mío. Resulta que Keith Douglas está aquí. Y precisamente en el mismo hotel que yo.

Junto con su asombro, Wright expresó su creencia de que pudieran estar confundidos en cuanto supusieron unas horas antes. Si Keith Douglas había ido donde dijese al marcharse del Oversea, posiblemente fuese porque nada tuviera que temer. De haber intervenido en el tiroteo de la noche anterior y suponer que sospechaban de él, habría tenido la elemental precaución de procurar esconderse en un lugar apropiado.

—En absoluto, muchacho. Sus andanzas por Key West son aún más sospechosas que ahí. Creo que tuvo que ver en lo sucedido anoche, y en otras muchas cosas. ¿Por qué no coge el coche y se viene esta misma tarde? Hay asuntos que no son para tratar por teléfono.

Tras una ligera vacilación, Jackson dio su conformidad. Tanto como su propia seguridad le interesaba castigar al culpable de los asesinatos de Meddley, Huber y Lofthouse. Por otro lado, quizá estuviera más seguro vigilando de cerca los movimientos de su enemigo, que dejándole tiempo y libertad para que descargase el golpe cuando lo juzgara más oportuno. Y, además, no podría estar muy tranquilo mientras Magnano y sus amigos pululasen a su alrededor.

Esta última apreciación quedó plenamente justificada unos minutos después. Salía de la cabina telefónica, cuando Alex se le acercó, con la mano derecha hundida en las profundidades del

bolsillo de la americana, para preguntarle, en tono que nada tenía de amistoso:

—¿Podría decirme, amiguito, cuál es su juego?

—¿Cuál es mi juego en qué? —replicó Jackson, fingiendo una absoluta ignorancia.

—Al preocuparse tanto por nosotros. Le dije un día que no me gusta que nadie meta las narices en mis asuntos. ¿Lo recuerda? Pues le conviene no olvidarlo. Podría resultar peligroso.

—¿Más de lo que resultó anoche en Coconut Beach? —inquirió Wright, tratando de observar las reacciones de su interlocutor.

Alex se le quedó mirando con la boca abierta por el asombro. Indudablemente no esperaba una pregunta tan directa. Al cabo, en actitud desafiante, contestó:

—¿Qué pasó anoche en Coconut Beach?

—Algo que acaso tenga relación con su arañazo de la mano izquierda. ¿Me equivoco?

—De medio a medio. Esta caricia me la hicieron en Cayo Largo. ¿No le han dicho que tuve que tocarles la cara a unos tipos?

—A las doce y media, ¿verdad? Es muy interesante consignar la hora, ¿no le parece?

—Acaso lo sea mucho más para usted cerrar el «pico» y largarse. Conch Key no resulta muy saludable para ciertos individuos.

—¿Debo interpretarlo como una amenaza?

—Es un simple consejo. Pero le conviene seguirlo, para llegar a viejo. Sí mañana continúa aquí...

Dio media vuelta, dando por concluida la charla, sin molestarse en completar la frase. Pero no era necesario, para que Jackson comprendiera todo su alcance. Magnano acababa de hacerle, por boca de su lugarteniente, la última advertencia. Su presencia en el Oversea les resulta molesta. Si no se marchaba, podía ocurrirle cualquier desgracia.

No le importó mucho, porque, de todas formas, estaba dispuesto a irse luego de la conferencia telefónica con míster Boyle. Sin embargo, le dio bastante que pensar. Lógicamente, si aquellos individuos estaban de acuerdo con su desconocido perseguidor, no se molestarían en darle consejos que, en el mejor de los casos, servirían para ponerle en guardia; menos aún le pedirían que se marchase, cuando allí les resultaría más fácil eliminarle. Sin

embargo, el gesto de Alex parecía confirmar que tuvieron algo que ver en el tiroteo de la playa.

—En este rompecabezas —gruñó, hablando consigo mismo— hay alguna pieza que no casa bien.

Los tres cuartos de hora que empleó en recorrer la distancia que separa el Oversea del Majestic Hotel, de Key West, estuvo dando vueltas al asunto, sin conseguir otra cosa que verlo más confuso cada vez. Tan sólo había un punto que le parecía claro: que Keith Douglas no debió tener la menor intervención en la refriega de la playa. Acaso, tanto él como míster Boyle habían ido demasiado lejos y nada de lo ocurrido tenía la menor relación con los crímenes de Nueva York.

—¿Qué le parecería si le dijese que nuestro amigo no se llama aquí Keith Douglas, sino Michael Gold?

Jackson miró desconcertado a míster Boyle. Pudo comprobar que hablaba perfectamente en serio. También que el individuo que en el Oversea había utilizado el nombre de Keith se hallaba hospedado en el Majestic con otro distinto.

A decir verdad, su aspecto había variado bastante. No sólo llevaba un traje distinto, de corte más serio, con camisa y corbata menos llamativas, sino que incluso su cara había experimentado una curiosa transformación. Aunque hubiese jurado que en Conch Key iba completamente afeitado, ahora mostraba un ligero bigote; el pelo, alborotado entonces, lo llevaba muy estirado, seguramente a fuerza de fijador, y los ojos desaparecían tras unas gruesas gafas, que modificaban por completo la expresión de su rostro.

—¿Está seguro que es el mismo?

—Fíjese y se convencerá. A menos que sea usted un pésimo fisonomista.

Procuró observarle con cierto disimulo y hubo de rendirse a la evidencia. Sintió deseos de abordarle y no lo hizo, obedeciendo a una indicación de míster Boyle. Por su parte, el supuesto Keith pasó por su lado fingiendo no reconocerle, y salió del hotel con semblante serio y sin hablar palabra, lo que contrastaba con la exagerada locuacidad de que había dado tantas pruebas en el Oversea.

—¿Qué le parece, Wright?

—Que debíamos echarle mano inmediatamente, para obligarle a

«cantar» de plano.

Míster Boyle movió la cabeza en gesto negativo. Sería, en su opinión, echarlo todo a rodar. No podrían acusarle de nada serio que justificase la detención. Negaría haber tenido la menor intervención en el tiroteo de la noche anterior, y ellos mismos se verían obligados a probar su coartada, al tener que reconocer que se hallaban en su habitación cuando llamaron a la puerta.

Quedaba él empleo de nombre falso. Pero esto distaba mucho de considerarse un delito en Florida. Al menos, mientras no sé utilizaba con fines ilícitos. Muchos turistas —millonarios que deseaban descansar a sus anchas, celebridades de la pantalla o el teatro que no querían ser molestadas, políticos nacionales o aristócratas extranjeros— ocultaban sus verdaderos apellidos al tomar habitación en cualquier hotel.

—No conseguiremos de ningún juez una orden de detención por ese motivo.

Sus planes eran distintos. Estimaba preferible dejar creer a aquel individuo que no había sido reconocido o que, aun siéndolo, no recelaban demasiado de él. Míster Boyle creía saber que realizaba ciertos manejos sospechosos en Key West. Lo mejor sería vigilarle discretamente y caer sobre él en momento oportuno.

—A ser posible, cogiéndole con las manos en la masa.

Explicó, incluso, cuál podía ser aquella «masa». Keith Douglas debía estar mezclado en algún asunto de contrabando; por lo menos, en Key West había hablado con determinados individuos de no muy limpios antecedentes. Que fuese la persona que tanto interés tenía en eliminar a Wright no excluía que se dedicase a negocios perseguidos por la Ley. Posiblemente, su viaje a Florida tenía un doble objetivo.

—Tengo la impresión de que anda ocupado en algún alijo. Y no me sorprendería que fuera esta noche la elegida.

Wright, por sí mismo, si creía posible disfrazarse en forma que no fuera reconocido con facilidad, o utilizando a cualquier amigo, debía procurar seguir sus pasos.

—Claro que esto no dejará de tener sus peligros. Por eso no me atrevo más que a lanzar una sugerencia. Usted verá si cree oportuno afrontarlos o prefiere que avisemos oficialmente a la Policía, aun a riesgos de echarlo todo a perder.

Jackson se inclinó, naturalmente, por lo primero. Creía contar en Key West con un valioso auxiliar, y no se equivocaba. Aldous Clemens, un antiguo compañero suyo de Quántico, llevaba largos meses destacado en Florida. Formaba parte de la escolta del presidente, e incluso, cuando míster Truman se hallaba en Washington, permanecía en Key West, encargado de vigilar la finca, que todos designaban con el nombre de la «Pequeña Casa Blanca».

Aldous, que se aburría un poco ahora que el presidente se encontraba lejos, recibió con agrado la petición de Wright.

—Confía en mí, muchacho. Te aseguro que ese tipo no dará un solo paso sin que lo sepamos.

Tranquilizado por aquel lado, Jackson pudo hacer la vida de cualquier turista desocupado. Paseó un rato por la playa, cenó en el Majestic y después, acompañado de míster Boyle y de su sobrina, fue a pasar unas horas en el Edén Club, uno de los más atractivos y lujosos de la población.

El aspecto de Merle le impresionó profundamente. Aunque la muchacha se esforzaba por aparecer sonriente y alegre, su gesto revelaba una íntima y lacerante preocupación. Jackson se atrevería a jurar que incluso había estado llorando; pero, por un exceso de delicadeza, fingió no advertirlo.

Fue, sin embargo, la propia Merle quien aludió a su estado de ánimo. Lo hizo cuando en el Edén Club, míster Boyle se levantó un instante para saludar a un matrimonio conocido, dejando solos a los dos jóvenes.

—Estoy asustada, terriblemente asustada. Tengo miedo que haya cometido un terrible error viniendo a Key West.

—¿Lo dice usted porque Keith Douglas se encuentra aquí?

—Por eso y por otras cosas. Créame, Wright; su vida corre el mayor peligro. Viva prevenido y no se fíe de nadie.

Indudablemente, lo ocurrido la noche anterior había aterrado a la muchacha. Jackson quiso tranquilizarla. Con una sonrisa galante, replicó:

—Creo que hay, por fortuna, muchas personas de las que puedo fiarme. Por ejemplo, de usted.

Merle vaciló en responder. Luego, bajando mucho la voz, dijo algo, tan inesperado como sorprendente para su interlocutor:

—Acaso sea yo de quien menos debiera fiarse...

El regreso de míster Boyle impidió que Wright pidiese una rápida explicación. Resolvió esperar con calma el instante en que pudiera hablar de nuevo a solas con la muchacha. Pero estaba escrito que no pudiese hacerlo aquella noche.

—¿Míster Brent, señor? Le llaman urgentemente al teléfono.

Wright fue en seguimiento del camarero hasta la cabina telefónica. Como suponía, era Aldous Clement quien le llamaba.

—Iré a buscarte con un coche a la puerta del Edén Club dentro de tres minutos. Saldremos inmediatamente para Moser Key.

—¿Moser Key? —inquirió, sorprendido, Jackson—. Y ¿qué diablos se nos ha perdido allí?

—Un individuo llamado Keith Douglas. Seguramente estará también un alijo. Tendremos que darnos prisa, si queremos llegar a tiempo. Y es probable que tengamos que darle gusto al dedo. ¿Entendido?

—Desde luego. Pero ¿estás seguro de que nuestro amigo estará allí?

—Completamente. Y un buen consejo: no olvides la pistola. Supongo que la necesitarás...

V

LA EMBOSCADA



INUTOS después, Jackson se hallaba en el coche que conducía su amigo Aldous. Las explicaciones de éste fueron claras y concretas. Había seguido durante las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche todos los pasos y movimientos de Keith Douglas, con la habilidad precisa para que el observado no advirtiese la vigilancia de que era objeto.

Parecía que Keith había estado muy atareado. Fue sin parar de un lado para otro, celebrando una larga serie de entrevistas. Por regla general, sus interlocutores no eran gentes muy de fiar; de algunos Aldous sabía que más de una vez habían tenido tropiezos

con la Policía local o la del Estado; de otros que sólo por una incomprensible negligencia no tenían sus retratos con un número de orden en todos los centros policíacos de la nación.

Quién se relacionaba con ellos no podía ser mirado sin considerables recelos. Sobre todo, luego de advertir que en tres ocasiones distintas charlaba con Martin, «el Cubanito», y en una ponía en sus manos unos cuantos billetes. Para salir de dudas, Aldous resolvió someter al «Cubanito» a un detenido interrogatorio.

«El Cubanito», un mulato de pésimos antecedentes, en libertad provisional, luego de su última condena, no tenía el menor deseo de volver a la penitenciaría donde habían pasado tres años interminables, Aldous le puso en una dura disyuntiva: o cantaba de plano o inventaría un delito cualquiera para que tuviese que cumplir los dieciocho meses que le faltaban de su primitiva condena.

—Al principio se resistía temiendo ser conocido como «chivato»; por último dijo algo, contra la promesa de ponerle en libertad inmediatamente. Es posible que haya mentido en mucho, pero indudablemente ha confesado parte de la verdad.

La parte de la verdad confesada era que aquella noche, alrededor de la una de la madrugada, se desembarcaría un importante alijo en Palm Beach de Moser Key y que Keith Douglas tenía el máximo interés en intervenir en la operación. La posible falsedad comenzaba en la afirmación del «Cubanito» de no participar directamente en el negocio e ignorar quiénes lo realizaban. Pero esto último...

—Ya lo averiguaremos si llegamos a tiempo para echarles mano.

—¿Y no temes que «el Cubanito» les avise y cambien sus planes o nos tiendan una emboscada?

Aldous rechazó de plano la posibilidad. Por la cuenta que le tenía, «el Cubanito» se cuidaría mucho de abrir la boca. Decir a sus compañeros que había denunciado el alijo —aun con la excusa de haberse visto obligado a hacerlo—, tendría para él tarde o temprano las más fatales consecuencias. Si apresaban a los contrabandistas podría lavarse las manos fingiendo una absoluta ignorancia; si lograban escapar, nadie iría a pedirles cuentas.

—Por lo que pueda suceder, conviene que no vayamos solos.

Otros dos agentes, que aguardaban en un punto convenido de

antemano, subieron al coche antes de abandonar Key West. Tras ellos, por si su presencia era necesaria, iría otro automóvil con seis o siete más. Pero en reunirlos a todos tardarían una media hora como mínimo.

—Iremos delante. Espero que seamos bastantes para solucionar la papeleta. Si hay jaleo, llegarán a tiempo para echarnos una mano.

El islote de Moser —un cayo de escasa altura sobre el nivel del mar, pantanoso e insalubre, casi totalmente cubierto de malezas y completamente deshabitado—, dista treinta millas escasas de Key West. Está unido a las islas vecinas por puentes y viaductos por encima de los cuales cruzan la carretera y la vía férrea, formando el asombroso camino trazado por la ingeniería americana, para que trenes y automóviles puedan recorrer el rosario de islas que trazan un amplio semicírculo en torno al extremo meridional de Florida.

No tuvieron, que darse mucha prisa, porque no eran más que las doce, cuando partieron de Key West y no les convenía llegar con demasiada antelación. Aunque la noche estaba fresca y oscura, oculta la luna tras unas nubes espesas, anuncio acaso de una próxima tempestad, la carretera de la costa se hallaba tan concurrida como cualquier calle céntrica de una ciudad de mediana importancia. Constantemente se cruzaban con coches que marchaban en dirección opuesta o eran adelantados por otros.

—¡Y pensar que en cualquiera de éstos pueden ir los tipos que buscamos! —murmuró pensativo Jackson.

—Si te refieres a Keith, desecha ese pensamiento. Hace tres horas salió de Key West y debe llevar dos horas largas en la isla.

—¿Para qué? —inquirió sorprendido Wright.

—Daría cualquier cosa por saberlo. Desde luego Moser Key no es un sitio muy divertido para pasar unas horas a solas como no tardarás en comprobar personalmente.

Lo comprobó, en efecto, media hora después. Dejaron el coche a la entrada de Moser Key, apenas atravesado el largo viaducto que lo une a Cayo Sombrero, medio oculto entre unos matorrales y vuelto en dirección a Key West en previsión de que tuvieran que escapar con demasiada precipitación. Desde aquel punto Palm Beach, sita en el extremo sur del islote, distaba cerca de una milla que habían de recorrer andando, ya que el ruido del motor del automóvil sería

más que suficiente para alarmar a los que pretendían sorprender.

—Hay un mal camino que conduce desde la carretera de Miami hasta la playa. Pero es lógico suponer que estará vigilado. Tendremos que ir a través de la maleza, cosa que no tendrá nada de agradable.

Fue una marcha lenta y penosa. Crecía espesa la vegetación formada por intrincados manglares que parecían disputarse a dentelladas cada palmo de terreno y apenas ofrecían solución de continuidad. De cuando en cuando tropezaban con alguna laguna medio seca por la falta de lluvias y tenían que chapotear en el fango. Aquello no resultaba divertido para quienes iban vestidos con trajes corrientes; menos aún por los enjambres de mosquitos que se levantaban a su paso y les acometían sañudamente.

—Ya podían haber elegido otro sitio —gruñó malhumorado Jackson.

—Lo han elegido precisamente por esto. No hay cuidado de que ningún turista sienta la tentación de darse un paseo por aquí.

Tenía razón, como hubo de reconocer Wright. Despacio, trabajosamente, fueron avanzando, abriéndose paso por entre la maleza. Por fortuna, Aldous conocía a fondo el terreno que pisaba. Sería la una aproximadamente cuando advirtió a sus compañeros:

—¡Cuidado! Vamos a dar vista a la playa.

Palm Beach no merecía un nombre que hacía pensar en una espléndida playa tropical bordeada por altivas palmeras. No pasaba de ser una estrecha franja de arena negruzca, salpicada aquí y allá por arbustos y matorrales. El mar debía tener allí muy escasa profundidad y la línea de la costa no estaba claramente determinada.

Pero no fue nada de esto lo que atrajo la atención de Jackson cuando por vez primera vieron sus ojos Palm Beach. A su izquierda, a unos cuarenta metros de distancia, pudo ver un coche parado junto a lo que debía ser la salida del sendero que conducía a la carretera. Junto al automóvil distinguió confusamente la figura de un hombre.

—¿Sería Keith Douglas? Posiblemente sí, pera en cualquier caso no estaba solo. Formando un pequeño grupo otros tres sujetos aparecían de pie a la orilla del agua, mirando al parecer al mar. Lo que aguardaban no tardaron mucho en saberlo. Vieron brillar a lo

lejos una luz que se encendió y apagó cuatro veces a intervalos regulares. Desde la playa, contestaron a su vez con una linterna.

—Pronto llegará lo que esperan. Entonces caeremos sobre ellos cogiéndoles en plena faena.

En voz baja dio sus instrucciones. Peter y Billy, los dos agentes que les acompañaban, irían arrastrándose hasta esconderse entre unos matorrales que crecían a la derecha del grupo que aguardaba en la playa. Aldous y Jackson se aproximarían por la izquierda, dando un rodeo para no ser descubiertos por el individuo que vigilaba junto al coche.

—Hay que dejarles desembarcar los fardos. Vosotros no os mováis hasta que yo de la señal. Actuad entonces con energía. Si hay resistencia, tirad a dar sin la menor contemplación para nadie. ¿Entendido?

Emplearon un cuarto de hora en el rodeo para burlar al que vigilaba junto al automóvil parado y llegar al punto deseado. Allí, tumbados en el suelo, ocultos tras un pequeño montículo de arena observaron con atención las maniobras de los forajidos.

Pronto se acercó a la orilla un bote de remos del que desembarcaron tres individuos que se quedaron en la playa; oyeron luego el ruido de los remos y vieron que el bote se alejaba. Jackson quiso intervenir, pero su compañero le contuvo:

—Espera. Han de hacer más viajes.

Cinco minutos después otro bote, o acaso el mismo, dejaba en la orilla dos individuos más. Wright no acababa de comprender lo que aquellos desembarcos significaban. Aldous se lo explicó:

—Inmigrantes clandestinos. Algunos pagan a peso de oro a quién les abre las puertas de los Estados Unidos.

Ahora desembarcaban algunos fardos. En realidad, más que desembarcarlos los cambiaban de embarcación. A unos diez metros de la orilla pudieron distinguir confusamente una gasolinera en la que no habían reparado hasta entonces y que sin duda se llevaría los paquetes del alijo a otro punto distinto.

—Si no nos damos prisa, se largarán con los fardos. ¿Vamos?

Aldous no tuvo tiempo de contestar. Un agudo silbido rasgó el silencio de la noche. Debía ser una señal convenida y esperada, porque todos los que se hallaban en la playa se tiraron de bruces al suelo, separándose unos de otros. Al mismo tiempo empezaron los

tiros.

Jackson advirtió sorprendido y desconcertado que no sólo disparaban los integrantes del grupo que habían vigilado hasta entonces, sino otros individuos que debían haberles estado vigilando a ellos. Contestaron sin vacilaciones, pero su situación no tenía nada de halagüeña. Lejos de coger a sus enemigos entre dos fuegos, eran ellos los que habían de soportar un doble ataque, totalmente inesperado.

En un principio tuvieron la esperanza de que Peter y Billy no hubieran sido descubiertos y que su intervención variase radicalmente el curso de la contienda. No tardó en desvanecerse tal creencia. Pronto descubrieron que el fuego de sus enemigos parecía concentrarse en el punto en que debían hallarse los dos agentes. Al minuto escaso, un alarido agónico estremeció los aires, dominando por un segundo el nervioso dialogar de las pistolas.

—Juraría que ha sido el pobre Billy...

Vieron que un individuo se ponía en pie y pretendía salvarse corriendo a la desesperada hacia la cercana hilera de los manglares. No consiguió su propósito. Tableteó una pistola ametralladora y el fugitivo se derrumbó segado por una guadaña de plomo.

—Aquí no podemos seguir. ¡Nos fríen!

Era verdad. Aunque se defendían disparando en todas las direcciones, la granizada de balas continuaba a su alrededor. Sus enemigos debían estar en la proporción de seis o siete a uno y les atacaban a un tiempo por el frente y la espalda.

—Sólo queda una posible salvación: ganar la espesura.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Los grandes matorrales que bordeaban la playa, apenas distaban veinte metros. Pero cada uno de aquellos veinte metros ofrecía el peligro cierto de ser acribillado.

Había que intentarlo de todas formas y lo intentaron. Arrastrándose por el suelo, haciendo frecuentes altos para mantener a distancia a sus adversarios, fueron avanzando con terrible lentitud en aquella dirección. Al fin estuvieron a un paso de los primeros matorrales. Eran poco espesos aún, pero tras ellos se veían los troncos de algunos cocoteros que les ofrecían un refugio relativamente seguro.

—Tira con rapidez y echa a correr. En tres saltos estaremos a salvo.

Agotaron los cargadores disparando con rapidez. Luego, a un mismo tiempo, se incorporaron echando a correr. Algunas balas les siluetearon, pero ganaron los primeros manglares sin ser heridos. A partir de allí, sería más difícil que sus enemigos pudieran hacer blanco.

—¡Quietos! Arriba las manos o...

El suelo se hundió bajo sus pies. Tras el tronco de una palmera, acababa de surgir el cañón de una «Thompson». Apenas podían entrever, pese a encontrarse a dos metros escasos de distancia, al individuo que la manejaba, pero su mandato no dejaba lugar a posibles dudas. A la menor vacilación serían barridos. ¿Defenderse? ¿Y cómo, con los cargadores vacíos?

Antes de que salieran de su estupor, tableteó una pistola ametralladora. Con asombro sin límites, vieron entonces que la «Thompson» que les amenazaba caía al suelo y tras ella se derrumbaba el individuo que la había empuñado hasta una décima de segundo antes.

Aldous lanzó un grito de asombro. Jackson creyó estar soñando. Ambos permanecieron inmóviles y confusos, sin acabar de creer lo que contemplaban sus ojos. Una voz enérgica y clara, saliendo de la cercana espesura, llegó con claridad a sus oídos:

—¡Corran! ¡Corran! Ahí les matarán...

El instinto de conservación se sobrepuso a toda otra consideración. Tras ellos, a unos metros de distancia, oían las voces de los individuos de la playa y algunas balas silbaban ya en torno a sus cabezas. No quedaba otra solución que obedecer el mandato de quien tan providencialmente había acudido en su socorro.

Corrieron con velocidad increíble dada la naturaleza del terreno. Tropezaron en muchas ocasiones, cayeron en varias, sintieron cómo las ramas les azotaban el rostro y otras desgarraban sus ropas. Nada les impidió seguir adelante. Poniendo alas en sus pies, resonaban los disparos a su espalda. Y hasta tuvieron la impresión de escuchar gritos repetidos de agonía sobreponiéndose al estrépito de los disparos.

Agotados, deshechos, con la ropa en jirones y la cara llena de arañazos llegaron al punto en que habían dejado su coche. Subir a él, sacarlo a la carretera y pisar el acelerador fue cuestión de dos minutos. Uno más tarde avanzaban a todo correr sobre el viaducto

que unía Moser Key con Cayo Sombrero.

—Volveremos con refuerzos y entonces...

Aldous conocía perfectamente el automóvil en que debían acudir los agentes encargados de apoyar su acción. Sabía positivamente que no tardarían en llegar. Pero convenía salir a su encuentro, porque de intentar esperarlos en Moser Key corrían grave peligro de que sólo llegasen a tiempo para recoger sus cadáveres.

—¿Quién sería el tipo que intervino para salvarnos? ¿No pudo ser, acaso, Keith Douglas?

—¡Ni pensarlo! —afirmó tajante Jackson—. Ese tipo fue el que nos tendió la emboscada, de acuerdo posiblemente con «el Cubanito».

Era muy probable. Sin embargo, Aldous no podía pensar en ningún otro, ya que tenía la plena seguridad de que tanto Peter como Billy habían caído para no levantarse más mucho antes de que ellos llegaran a los primeros matorrales.

—Ahora lo más urgente es castigar a sus asesinos.

No tuvieron que ir muy lejos para encontrar el coche que con tanta ansiedad buscaban. En Bahía Honda se cruzaron con el automóvil en que acudían los esperados refuerzos. Se trataba de un «De Soto» grande, ocupado por siete hombres. Cuatro de ellos formaban parte, como Aldous, del grupo encargado permanentemente de la protección de Little White House; los otros tres eran miembros de la Policía local de Key West. Todos acudían bien armados; algunos provistos incluso de pistolas ametralladoras y bombas de mano.

—¡Deprisa! Antes de que tengan tiempo de largarse.

Eran nueve hombres decididos a todo lo que, minutos después, avanzaban por el estrecho sendero que conducía desde la carretera de Miami hasta Pam Beach, en el desierto islote de Moser.

Avanzaban con precauciones, mirando recelosos en todas las direcciones, con los dedos puestos en los gatillos de las pistolas, prestos a barrer con una granizada de balas al primer individuo que les saliese al paso. Pero no tropezaron con nadie. Sobre el camino, sobre la isla entera, se extendía un silencio profundo.

Desembocaron, al cabo, en la playa. Del coche que vieron junto a la desembocadura del sendero no quedaba ni rastro; los individuos que veinte minutos antes corrían por la arena disparando

sus armas, habían desaparecido; la gasolinera, el bote, los fardos del alijo y los inmigrantes clandestinos parecían haber sido tragados por la tierra o el mar.

—¡Nadie! —exclamó, sorprendido, Aldous—. ¡Aquí no queda nadie ni nada! Pronto hubieron de comprobar, sin embargo, que algo había quedado como recuerdo de la reciente pelea; los cadáveres de Peter y Billy. El segundo tenía un balazo entre las dos cejas y había caído de bruces en el mismo sitio en que se agazapó esperando la orden de su jefe para lanzarse sobre los forajidos; el primero estaba tendido de espaldas, con seis o siete heridas en el cuerpo, muerto antes de llegar a los primeros manglares donde pretendía refugiarse.

—¿Y los demás? Porque yo estoy seguro de haber liquidado a dos de ellos. Les vi caer y no debía quedarles mucha vida.

Que no estaba equivocado lo demostraron unas manchas de sangre claramente visibles a la luz de las linternas. Las huellas que se advertían en la arena, indicadoras de que varios cuerpos habían sido arrastrados hasta la orilla, explicaba la desaparición de los cadáveres.

—No quisieron dejarles para que pudiéramos identificarles. Habrán preferido tirarles al mar con una buena piedra al cuello.

Era lo más probable. De todas formas, convenía recorrer detenidamente la playa y los linderos del bosque por si los forajidos habían dejado algo olvidado. Repartiéndose en tres grupos, distintos, iniciaron la búsqueda. Apenas habían transcurrido diez minutos, cuando Aldous llamó a gritos a Wright:

—¡Aquí, Jackson! Mira esto...

Wright fijó su atención en el punto señalado por su compañero. Tendido boca arriba entre unos matorrales aparecía el cadáver de un hombre. Una simple mirada le bastó para reconocerle: se trataba de Keith Douglas. Las gafas aparecían rotas en el suelo; y la pechera de la camisa teñida de sangre.

—¿Te convences ahora de que fue este tipo el que disparó para salvarnos?

—¿Por qué iba a hacerlo? Estaba de acuerdo con los contrabandistas y tenía el mayor interés en liquidarme.

—¡Hum! Si hubiera sido de los suyos, se lo habrían llevado como a los otros.

—Es posible. Pero también que no le viesen caer ni quisieran perder tiempo en buscarle. De cualquier forma, tengo la seguridad de que no fue la persona que nos salvó.

—¿Por qué?

En lugar de responder, Jackson cogió del brazo a Aldous y le obligó a acompañarle hasta el lugar de donde habían brotado los disparos que terminaron con la vida del forajido que les tenía encañonados.

Dirigiendo el cono luminoso de su linterna al suelo, alumbró unas huellas de pasos. Eran de unos pies muy pequeños, calzados con zapatos de tacón alto. No cabía duda posible acerca del sexo de quien los llevaba.

—¡Una mujer! —exclamó en el límite del asombro Aldous—. Jamás se me hubiese ocurrido pensarlo.

—Pues yo lo supe desde que oí su voz. Y tú debiste haberlo advertido, de no ser por la emoción del instante.

—¿Sospechas quién pueda ser?

—Tengo más que sospechas. Creo que conozco su nombre y que ese nombre es la clave del enigma. Pero no esperes que te lo diga ahora. Me tomarías por loco.



NINO:

Ahora estás a tiempo de coleccionar
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!
Cuadernos Infantiles
al precio de 1,25 pesetas.

VI

«LES ESTABA ESPERANDO»



UATRO agentes quedaron en la playa custodiando los cadáveres y esperando la llegada del juez encargado de instruir el correspondiente sumario. Los otros tres emprendieron el regreso hacia Key West, acompañando a Jackson, y Aldous.

—Pude reconocer, aun visto de lejos, y en medio de la oscuridad, a uno de los tipos de la playa. Era Alex, el lugarteniente de Magnano.

Aquello probaba sin la menor sombra de duda que Alcides y sus amigos habían intervenido en el alijo. Incluso era muy probable que su yate, el «Caribbean» fuese el encargado de traer desde las costas cubanas los inmigrantes clandestinos y los fardos destinados a pasar de contrabando.

—Podremos comprobarlo con una simple llamada telefónica al

Oversea. Sí resulta que mistar Magnano salió ayer tarde para realizar una de sus acostumbradas excursiones marítimas y que no ha regresado hasta la madrugada, la cosa estará bastante clara.

—¿Crees entonces, que eran ellos los que tenían interés en liquidarte, los mismos que mataron a Meddley, Huber y Lofthouse?

Jackson no se atrevía a una respuesta categórica. Aunque un poco confusamente empezaba a adivinar que había allí dos tramas distintas, que no convenía entremezclar. Suponía que a Magnano, que llevaba meses en Florida, que nunca había trabajado en Nueva York y que posiblemente ignorase que existió un peligroso forajido apellidado Froggat, le tendría totalmente sin cuidado los agentes federales que fueron capaces de poner un final justiciero a su vida de crímenes.

—Pero alguien pudo hacerle creer que había venido aquí a vigilarle, y eso explicaría lo ocurrido esta noche y lo sucedido anoche en Coconut Beach.

—¿Keith Douglas? —inquirió Aldous. Ante el gesto de asentimiento de Wright, añadió—. Entonces ya puedes vivir tranquilo. Ese tipo no volverá a molestarte.

Pero bastaba ver el gesto de ceñuda preocupación de Jackson para comprender que era ahora cuando se sentía menos tranquilo que nunca. ¿Motivos?

—Keith no era más que un instrumento, un simple brazo ejecutor. Quien me interesa verdaderamente es el cerebro. Y ese...

—¿Sospechas de alguien?

—Quizá. Pero aún es pronto para decirlo. Quizá dentro de unas horas, en el mismo Key West...

Eran muy cerca de las tres cuando llegaron a Key West. Jackson tenía interés en hablar con míster Boyle. Aldous encontró perfectamente lógica su pretensión. Nadie como él podría aconsejarle acerca del camino a seguir y las medidas a tomar. Le sorprendió, sin embargo, oírle pedir que fueran al Edén Club.

Será perder el tiempo, porque hará mucho rato que se volvió al hotel.

—Es posible que se haya ido, pero quizá no perdamos el tiempo.

El Edén Club no cerraba sus puertas hasta las cinco de la madrugada. Cuando llegaron, los amplios salones, el jardín y las terrazas rebosaban de un gentío alegre y alborozado. Pero entre los

concurrentes no se hallaban ni míster Boyle ni su sobrina. Respondiendo a las preguntas de Jackson, el camarero que les había servido afirmó:

—Se fueron hace mucho tiempo. ¿Hora? No sé; las doce, las doce y media... ¡Oh, sí, ya recuerdo! Fue poco después de marcharse usted...

Hubieron de encaminarse al Majestic. El portero nocturno pareció un poco sorprendido cuando Wright mostró considerable interés en saber la hora del regreso de míster Boyle y de su sobrina, así como si ambos habían llegado juntos.

—¡Naturalmente! Vinieron sobre las doce y cuarto, y subieron a sus habitaciones.

—«Okay». Avíseles que tengo necesidad de verles con urgencia.

El portero vacilaba. No era muy correcto despertar a dos huéspedes a las tres de la madrugada; podía tratarse de una broma de mal gusto, simplemente que quién pretextaba necesidad urgente de hablarle hubiera bebido más de la cuenta.

Tampoco Aldous daba su plena aprobación a la actitud de su compañero. Comprendía que quisiera que un hombre de la experiencia de míster Boyle le aconsejase, aunque lo mismo podría hablarle unas horas después cuando fuese de día, pero se le antojaba imperdonable molestar a una señorita que nada tenía que ver en lo sucedido sacándola de la cama a horas intempestivas.

Sin embargo, Jackson insistía con terca obstinación en su propósito. Con tanta, que el portero fue hasta el «comptoir» y el encargado nocturno, se aprestó a complacerle, dando las órdenes oportunas a uno de los camareros.

—Quisiera hablar primero con *miss* Merle —indicó Wright—. Despiérténla antes, si no hay inconveniente.

No lo había. La muchacha dormía en la planta baja y el cuarto de su tío estaba en el segundo piso. Mientras aguardaban, Jackson indicó a su compañero.

—Podías telefonar al Oversea y preguntar por míster Magnano. No debemos olvidar a ese distinguido caballero.

Aldous no necesitó que le repitiesen la indicación. Dos minutos fueron suficientes para hablar con el hotel del Conch Key y saber lo que le interesaba. Colgando el auricular volvió al lado de Jackson, diciendo:

—Lo que suponíamos. Salió en su yate al atardecer y no ha vuelto aún.

—Pues convendrá que cuando regrese haya en Oversea unos agentes para darle un recadito.

—Los habrá, pierde cuidado.

El camarero volvía en aquel instante con un gesto de perplejidad en el semblante. Había llamado repetidas veces a la puerta de *miss* Merle sin que le respondiera nadie. Por lo visto, la señorita tenía un sueño muy pesado. ¿Debía insistir con mayor fuerza?

—Sí, pero luego —repuso con una extraña sonrisa Wright, a quién no parecía sorprender en lo más mínimo—. Avise ahora a míster Boyle; después, con toda calma, vuelva a llamar a la señorita.

El camarero se dispuso a cumplir la orden. Aldous dio unas breves instrucciones a los agentes que habían venido acompañándoles desde Conch Key. Cuando los agentes se hubieron marchado, se volvió a preguntar a Jackson:

—¿Tú crees, entonces, que esa señorita es la que...?

—Espera que hable con ella primero. Antes, sería aventurada cualquier afirmación.

Paseando por el «*hall*» del hotel dejaron transcurrir unos minutos. Por un momento temieron que, como había ocurrido con su sobrina, también míster Boyle pudiera tener el sueño demasiado pesado. Los temores se desvanecieron al oír los pasos en la escalera. El camarero no bajaba solo; seguramente míster Boyle había tardado un poco en vestirse.

—Creo que la conversación puede ser muy interesante —murmuró Jackson.

Pero la conversación sufrió un aplazamiento, merced a una interrupción totalmente inesperada. Asomaba míster Boyle en lo alto de la escalera y Wright se disponía a avanzar a su encuentro, cuando un hombre gordo, de prominente abdomen y gesto solemne, al que acompañaban dos individuos uniformados, tras cambiar unas breves palabras con el portero nocturno del Majestic, se acercó resueltamente a Jackson, afirmando más que preguntando:

—Es usted Lawrence Simpson Brent, ¿verdad?

—Sí —repuso Wright, sorprendido de que nadie viniera a buscarle a aquellas horas y menos preguntando por el nombre adoptado para su estancia en Florida—. ¿Quién es usted y qué

desea?

—Soy Warren Dickinson, inspector de Homicidios de la Policía local, y vengo a detenerle acusado de asesinato.

—¿A mí? —preguntó, desconcertado, Jackson—. ¿Se atreve acaso a acusarme de asesinato por lo ocurrido en Moser Key?

—Ni se una palabra de lo sucedido en Moser Key, ni le acuso personalmente de nada. Me limito a cumplir órdenes, recibidas telegráficamente. Las autoridades de Chattanooga, Tennessee, interesan su detención como autor de la muerte de un individuo llamado Andy R. Harman.

Una bomba estallando repentinamente a sus pies no hubiese producido a Jackson mayor efecto que aquella inesperada acusación. ¿Cómo era posible que las autoridades de Chattanooga, donde apenas había pasado unos minutos, sin dar en ninguna parte su nombre, le hubiesen identificado como autor de aquel crimen, solicitando su detención de la Policía de Key West? Resultaba tan inconcebible, que no acertaba a comprenderlo.

Por espacio de medio minuto fue incapaz de responder una sola palabra. Aldous Clement lo hizo por él. Conocía personalmente al inspector de la Policía local y no tenía un concepto demasiado elevado de sus dotes intelectuales. Avanzando hasta un primer plano, le interpeló en forma nada amistosa:

—¡No sea estúpido, Dickinson! Esa acusación es la mayor tontería que puede caber en cerebro humano.

—¿Querría decirme por qué, amigo Clement? —inquirió el inspector, ceremonioso siempre, aunque arrugando perceptiblemente el ceño en gesto de acusado mal humor.

—Por la sencilla razón de que el verdadero nombre de este amigo mío, del que respondo en todos los terrenos, es el de Jackson L. Wright, agente especial del Federal Bureau of Investigation.

Una sonrisita burlona entreabrió los labios de Dickinson. Hacía unos años que sentía una profunda antipatía por los agentes federales, cuyas hazaña cantaba a diario la Prensa, y que siempre le habían mirado un poco por encima del hombro. Hasta entonces había tenido que callar siempre, porque jamás tuvo la ocasión de poner en tela de juicio ni el valor, ni la honradez, ni la integridad de sus miembros. Pero ahora...

—Conque del

F. B. I.,

¿eh? Bien, bien, amigo Clement. Sin embargo, eso no excluye que este caballero pudiera cometer un crimen. La Policía de Chattanooga por lo menos afirma...

—Lo que no tiene fundamento alguno, inspector. Conozco a Wright hace muchos años y respondo de él.

—¿Aunque haya cometido el asesinato de Andy R. Harman?

—¡Déjese de tonterías, Dickinson! Ni Jackson ha estado en Chattanooga ni tiene nada que ver con esa muerte.

—Es posible que usted lo crea así, pero me gustaría que el interesado dijese algo, si bien considero preciso advertirle que cuánto diga puede ser utilizado en contra suya.

—Pero ¿es que insisten en detenerle? —preguntó, alterado, Aldous.

—¡Naturalmente! La acusación contra él es categórica. Y aparte de todo lo que digan las autoridades de Tennessee, me bastaría ver su gesto para comprender que sabe del asunto más que usted y que yo. ¿No es cierto, muchacho?

Aldous clavó la mirada en su compañero. Por una vez en su vida hubo de dar la razón a Dickinson. Wright parecía desconcertado, con el abatimiento de quien acaba de recibir un mazazo.

—Responde de una vez, Jackson. Dile a este condenado testarudo que todo eso no pasa de ser una soberana testarudez.

Wright no respondió. Estaba absorto en sus propios pensamientos. No le preocupaba gran cosa la muerte de aquel individuo del tren, que ahora sabía que ostentaba el nombre de Andy R. Harman; estaba seguro de que bastarían unos días y unas breves investigaciones para que aclarada su personalidad y las circunstancias del hecho, los jueces hubiesen de admitir la legítima defensa. Lo que le desconcertaba era que aquel suceso apareciese de repente ante sus ojos en Key West y precisamente en aquel instante.

¿Quién podía haber dado su nombre a las autoridades de Chattanooga? ¿Quién señalar su verdadera personalidad y su actual paradero? Evidentemente solo pudo ser una persona: la misma que había seguido sus pasos, empeñada en hacerle correr la misma triste suerte de Meddley, Huber y Lofthouse. Pero ¿quién? El nombre de Keith Douglas cruzó por su cerebro; lo rechazó en el acto. Tenía que

ser alguien que estuviera por encima de él, alguien que siguiera vivo, aunque quizá empezara a considerarse en peligro.

—Perdóneme, inspector, pero yo también conozco a míster Wright, y me resisto a creer que tenga nada que ver con el individuo que busca. Ni siquiera creo que haya pasado jamás por Chattanooga.

Jackson levantó la cabeza ligeramente sorprendido. Era míster Boyle quién hablaba ahora. Despertado, sin duda, por el camarero, no se había tomado la molestia de vestirse por completo. Sobre el pijama se había puesto una bata de noche, calzándose unas zapatillas.

—Lamento no poder opinar igual, míster Boyle —repuso Dickinson, que, evidentemente, le conocía—; pero, según la denuncia recibida, un hombre de las mismas señas que este caballero, y que utilizaba idéntico nombre, asesinó a un compañero suyo de viaje hace cinco días, en el trayecto comprendido entre Lexington y Chattanooga.

—¿Hay algo de cierto en todo eso? —preguntó Aldous, dirigiéndose a Jackson.

—Sí —contestó Wright, decidiéndose a salir al cabo de su mutismo—. No que yo cometiera un asesinato, claro está; simplemente, que tuve que defenderme para evitar correr la misma suerte que Meddley, Huber y Lofthouse, porque...

—Nada me importan esos caballeros y la suerte que pudieran correr —le interrumpió Dickinson—. Vamos concretamente a lo que interesa: ¿reconoce que en la noche del seis de diciembre pasado mató a un hombre en el expreso de Cincinnatti a Atlanta?

Jackson respondió con la verdad, contando en breves palabras todo lo sucedido. Había tenido que salir de Nueva York luego de ver asesinados a sus compañeros y de sufrir a su vez diversos atentados. Si se hallaba en Florida, era precisamente tratando de escapar a las criminales asechanzas de sus enemigos. Si tuvo que matar al individuo del tren fue en uso de su legítimo derecho a defender la propia vida, igual que tuvo que defenderse a tiros en Coconut y Palm Beach para no verse acribillado a balazos.

—Todavía puede ver tendidos en Moser Key a dos de los agentes que nos acompañaban a Clement y a mí esta misma noche. ¿No cree que sería más útil y conveniente para la causa de la Justicia que se

preocupase de apresar a sus asesinos en lugar de venir a detenerme en este momento?

Dickinson defendió con energía, no exenta de habilidad, su firme propósito de llevarse detenido a Wright. No ponía en tela de juicio sus afirmaciones y expresaba su confianza en que tan pronto como se aclarasen las cosas quedaría en completa libertad. Pero había recibido una orden y no tenía más remedio que cumplirla.

—Precisamente ustedes, que son como yo defensores de la Ley, son los que mejor pueden comprender mi punto de vista.

No era posible negar que le asistía la razón. Jackson hubo de inclinarse ante ella. Tan sólo pidió tres cosas. A la primera — cambiarse de ropa, ya que no presentaba muy buen aspecto la que llevaba puesta—, accedió en el acto Dickinson, acompañándole a su cuarto. A la segunda —hablar por teléfono con Nueva York para informar de lo que ocurría a su jefe, el inspector Merrick, repuso:

—Es preferible que telefonee desde la Comisaría. Podrá hacerlo con mayor sosiego. Aquí perderíamos demasiado tiempo, y he de regresar a mi despacho.

La tercera —charlar con Merle— hubo de sufrir también un aplazamiento. Cuando, siempre acompañado por Dickinson, volvió al «*hall*» del Majestic, supo, entre sorprendido e inquieto, que la muchacha no había respondido a las llamadas del camarero. Sonriente, míster Boyle intervino de nuevo:

—No se extrañe, Wright. Mi sobrina tiene el sueño pesado. Es propio de la juventud; sobre todo cuando, como le ocurre a ella, no se ha dormido apenas la noche anterior.

—¿Podría decirme si volvió con usted al hotel y a qué hora? —preguntó Jackson.

La cuestión molestó, evidentemente, a míster Boyle, acaso por el aire de ligera impertinencia en que fue formulada. Vaciló un instante en responder, y cuando lo hizo su tono nada tenía de cordial.

—¡Naturalmente! No iba a dejarla sola en el Edén Club. ¿Hora? No lo sé de una manera exacta. Desde luego, antes de la una.

—¿Y no han vuelto a salir del hotel ni usted ni ella?

—¿Querría decirme de una vez a qué vienen esas preguntas?

—Acaso lo sepa mejor que yo. Sin embargo, creo conveniente advertirle que empiezo a temer por la vida de su sobrina.

Una sonrisa irónica entreabrió los labios de míster Boyle. Luego, con marcado aire despectivo, replicó:

—Preocúpese por usted, y no por ella, Wright. Me parece que los sustos recibidos han alterado un poco sus nervios y ve fantasmas por todas partes.

—Es posible que sean algo más que fantasmas —contestó malhumorado Jackson.

Dickinson tenía prisa por volver a la Comisaría una vez efectuada la detención. Doble prisa, al saber que el inculpado era nada menos que un agente especial del

F. B. I.

Preveía que el asunto iba a dar mucho ruido. Naturalmente, hablaría la Prensa, y no sólo la de Key West, sino la de Miami, y acaso la de Nueva York y Washington. Ya se figuraba incluso que en su despacho estarían aguardándole docenas de periodistas y fotógrafos, como había visto en tantas escenas de películas. Aunque con un poco de escepticismo, pensaba que el sensacionalismo buscado y explotado por los reporteros de Cayo Hueso tenía poco que ver con la brigada de homicidios.

—Vamos de una vez. Aquí no podemos solucionar nada.

Jackson salió del Majestic acompañado del inspector y de los dos agentes uniformados. Aldous decidió ir con ellos. No sólo por no abandonar a Wright, sino porque, encontrándose la Comisaría en el edificio del City Hall, allí funcionaba también la Court House y tenían sus despachos el juez y el

Distric's

Attorney. Aunque habían ido por delante sus subordinados para dar cuenta de lo ocurrido en Moser Key, no sería innecesaria su presencia.

Por una deferencia especial, debido al respeto que sentía por Aldous Clement, un hombre con el que no convenía ponerse a mal, por cuanto, dado el cargo que ocupaba, podía hacerse oír fácilmente por los propios secretarios de Truman, Dickinson no quiso que Jackson fuese encerrado en un calabozo, permitiendo que permaneciera en su despacho.

—Voy a pedir la conferencia que le interesa con Nueva York. Confío en que pueda hablar dentro de unos minutos con el inspector Merrick.

Mientras se ocupaba personalmente de conseguir la conferencia interesada —lo que no dejaba de ofrecer ciertas dificultades, dado lo intempestivo de la hora—. Wright pudo hablar reservadamente con Aldous. Para empezar, formuló una pregunta desconcertante:

—¿Sabes si míster Boyle dispone aquí, en Key West, de algún yate o lancha rápida?

Clement respondió en sentido afirmativo. No era que el yate —que tenía un nombre francés, «Oiseau Bleu»— fuera oficialmente suyo. Pertenecía a un tal Samuel J. Nausch; pero nadie ignoraba que Nausch no pasaba de ser un testaferro de Boyle en la dirección del «Lyceum Theatre». El yate solía estar anclado en el Puerto Viejo, a escasa distancia del Majestic. Era un barco de pequeñas dimensiones, pero de rápido andar.

—¿Sospechas, acaso, que tenga algo que ver con lo sucedido esta noche?

—No lo sé —reconoció con entera sinceridad Jackson—, pero me interesa averiguarlo. Sólo existe un medio de salir de dudas: procura dar con Merle y habla con ella. Exígela que diga la verdad. Pídeselo en mi nombre, y dila que de ello depende mi vida. Creo que será suficiente.

—Entonces, ¿fue ella la que nos salvó en Moser Key?

—Temo que lo fuese. Lo temo porque su heroísmo de hace unas horas puede costarle muy caro... si no se lo ha costado ya.

Aldous se apresuró a ir en busca de la muchacha. Desgraciadamente, antes de salir del edificio fue requerido por el jefe de la Policía local, que deseaba informes de lo sucedido en Palm Beach, y perdió media hora larga.

Más de media hora tardó Jackson, por su parte, en conseguir la ansiada conferencia con Merrick. Logró comunicación con su casa para saber que estaba en Centre Street. Fue necesaria una segunda comunicación, pero al cabo pudo hablar con el inspector.

—¿Qué ocurre, Wright? Supongo que no me llamaría por teléfono, y a estas horas, de no ser algo grave. ¿De qué se trata?

—Estoy metido en un lío serio, Merrick. Me encuentro detenido en Key West, acusado de haber matado a un hombre entre Lexington y Chattanooga. Y lo peor del caso es que le maté, efectivamente.

Contó en breves palabras lo ocurrido en el tren y la forma en

que tuvo que matar a Andy Harman para evitar ser asesinado. Al final hizo una pregunta: ¿Quién estaba enterado de que había de tomar aquel tren en su huida de Nueva York?

En un principio, Merrick aseguró que nadie. Luego, apremiado por Jackson, hubo de reconocer que necesitó informar a algunas personas. Pero todas ellas eran de absoluta confianza.

—¿Estaba entre esas personas míster Frank Charles Boyle?

Merrick vaciló al responder. Admitía, que consultó el caso con él, y que fue Boyle precisamente quien señaló la Florida como un lugar plenamente seguro. Pero no creía haberle dicho el camino que se proponía seguir el agente. De todas formas...

—A menos que esté rematadamente loco, no podrá pensar un solo instante que míster Boyle...

—Es posible que esté menos loco de lo que supone. Y ahora escucha algo interesante. El tipo que liquidó a los otros estaba enterado de que venía a Conch Key. Incluso mandó un individuo para que me sacudiera. ¡Y vive Dios que no perdió el tiempo en intentarlo!

Habló de las dos refriegas de Coconut Beach y Moser Key. En ambas anduvo mezclado el mismo individuo. Por fortuna, las cosas le salieron mal.

—No sé si seríamos nosotros o sus propios compañeros quienes le acertaron; pero ese Keith pagó esta noche todas sus culpas.

—¿Cómo dices que se llamaba ese individuo? —preguntó a voces, que denotaban una terrible excitación, Merrick—. ¿Keith Douglas?

—Seguro que sí. ¿Por qué le impresiona tanto?

—¡Imbécil! —vociferó, iracundo. Merrick—. Pero ¿no ha comprendido que Keith Douglas era uno de nuestros mejores agentes?

—¿Qué era agente del

F. B. I.?

—preguntó, estremeciéndose, Jackson.

—¡Naturalmente! Le mandé yo con encargo de que le protegiera. ¡Y es posible que le haya matado usted mismo! Voy a salir inmediatamente en avión para Key West. Y sí, como me temo, ha sido usted el que le asesinó en un ataque de pánico...

Cuando colgó el auricular, Wright sentía que la cabeza le daba

vueltas. Dejándose caer en un sillón, olvidó cuanto le rodeaba, esforzándose desesperadamente por empezar a poner orden en sus pensamientos. Comenzaba a ver un rayo de posible claridad en el momento en que regresó Aldous.

—Tiempo perdido, muchacho. No pude ver ni a la chica ni a su tío. Cuando llegué se habían largado.

—¿Qué se habían marchado míster Boyle y su sobrina?

—Apuesta que sí. Creo que la muchacha estaba un poco enferma a causa de las emociones, y que el viejo se la llevó a Miami.

Según el portero nocturno, míster Boyle y la joven habían salido diez minutos antes de la llegada de Aldous. La muchacha debía ir algo enferma, porque su tío y un caballero que le acompañaba tenían que llevarla casi en brazos. El portero les había visto subir al «Chrysler» de Merle.

—Un poco raro, ¿verdad? Pues todavía hay algo que lo es más. Se me ocurrió pasar, al regreso, por el Puerto Viejo para echar una ojeada al «Oiseau Bleu».

—¿Y no estaba?

—Sí; pero algún camarote tenía las luces encendidas, y hasta me pareció oír el ruido del motor.

Jackson lanzó un grito. Habló nervioso, apremiante, excitado. Ya creía tener todos los hilos de la trama. Míster Boyle se llevaba a la muchacha para que no pudiese hablar con ellos. Y no se la había llevado en coche a Miami, como afirmó en el hotel.

—La tiene en el yate y quiere conducirla a Cuba para que no la volvamos a ver.

Aldous arrugó el ceño al oírle. ¿En qué basaba sus afirmaciones? ¿Cómo podía sospechar que míster Boyle pretendiese obstruir la acción de la Justicia?

—¿Obstruirla? —rió, exaltado, Jackson—. ¿Cómo no va a obstruirla cuando, si la dejase paso libre, le conduciría de cabeza a la silla eléctrica?

El rostro de Clement reflejó un estupor sin límites. Dickinson, que se hallaba presente, intervino en tono airado. Conocía a míster Boyle y no podía tolerar en silencio que se lanzasen imputaciones tan injuriosas como gratuitas contra su honorabilidad.

—Nada de gratuitas —replicó Wright—. Escúchenme un momento y vean si no tengo razón.

Habló atropelladamente, pero con lógica aplastante. Por inverosímil que pudiera parecer, tenía la plena certidumbre de que Frank Charles Boyle era el asesino de sus compañeros, el hombre que había intentado por todos los medios terminar con él mismo. ¿Pruebas? Estaba enterado de su viaje a Florida, e incluso del camino que se proponía seguir y el nombre que había de adoptar.

—Era el único que sabía que iba a visitar anoche Coconut Beach; el único, por tanto, que pudo preparar la emboscada.

—¿Olvidas que te acompañaba su sobrina? Eso basta para descartarle.

—¡Ni hablar! No sé si Merle será realmente su sobrina; sí que era un peligro para Boyle, porque empezaba a sospechar sus turbios manejos. ¡Si me lo dijo ella misma con medias palabras...!

Contó su breve conversación con la joven en el Edén Club y del efecto que le produjeron unas palabras cuyo significado sólo ahora acertaba a comprender. Señaló también el empeño de Boyle en que sospechase de Keith, cuya verdadera personalidad debía conocer, interesado en que se enfrentasen a balazos.

—Voy creyendo que fue quien le liquidó esta noche donde sabía que no tardaría en acudir yo. Sí las cosas hubieran salido como pensaba, a estas horas todo el mundo estaría convencido de que Douglas y yo nos habíamos matado mutuamente por un lamentable error.

Estaba seguro de que fue Boyle quien preparó todo lo ocurrido en Moser Key, probablemente con la colaboración de Magnano, al que le habría hecho creer que era un agente del

F. B. I.

encargado de descubrir sus negocios de contrabando. Como lo estaba de que fue su sobrina quien acudió a salvarles.

—Pudo ir en un automóvil o una gasolinera. Como fuimos despacio, le sobró tiempo para adelantársenos. Y posiblemente su tío no supo, hasta que yo insistí en hablar con ella y se descubrió que no debía estar en su cuarto, que había sido Merle quién había destrozado todos sus planes.

—¿Y ahora?

—Creo que todo está claro. Quiere llevársela a Cuba, si es que no la liquida en alta mar, no sólo para castigarla por lo que hizo, sino para impedir que le hunda hablando.

Tenían que impedirlo fuera como fuera. El camino a seguir le parecía claro y diáfano. Ir sin demora al puerto y subir al yate para libertar a la joven y detener a su tío. Si el «Oiseau Bleu» había levado anclas, saldrían tras él en una lancha rápida.

—¡Vamos inmediatamente! —repuso Aldous, dirigiéndose hacia la puerta.

—Un momento, amigos —intervino Dickinson—. Antes de cometer una locura, convendría que lo pensaran bien.

—Dando tiempo a que se larguen, ¿verdad? —chilló Jackson.

—Procediendo en todo momento de conformidad con la Ley que estamos obligados a cumplir y hacer cumplir. Sin pruebas plenas y un mandamiento judicial en regla no podemos entrar en el yate, porque cometeríamos un grave delito. Yo no estoy dispuesto a prestar mi concurso a ese atropello.

—Entonces, iremos sin usted —contestó Aldous.

—Usted podrá hacerlo si quiere, aunque tendrá qué atenerse a las consecuencias. Pero Wright, no. Está detenido, colocado bajo mi custodia, y en modo alguno le dejaré marchar, y menos sabiendo lo que se propone.

—Pero ¿no comprende que tratamos de evitar un crimen y que queden impunes otros muchos cometidos con anterioridad?

—Todo eso no pasa de ser suposiciones y fantasías. Necesito algo más firme y concreto para olvidar el cumplimiento de mi deber. Wright está preso y...

Jackson dirigió una mirada de súplica a Clement. Aldous supo lo que deseaba, sin necesidad de palabras, y se dispuso a complacerle. Igual que su compañero, sabía que no podían perder un solo segundo. Y que si malgastaban horas enteras en convencer a aquel estúpido de Dickinson, cuando quisieran correr al puerto ya sería demasiado tarde.

—Mire, amiguito. Vamos en busca del «Oiseau Bleu» inmediatamente, y usted tendrá que venirse con nosotros.

—¿Yo? —exclamó, sorprendido, el inspector—. Me parece que no han entendido mis palabras. Sostengo que...

—¡O cierra de una vez el pico y echa a andar hacia la puerta, o tendrá el mayor disgusto de su vida!

Con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro y gesto que reflejaba un agudo temor, Dickinson advirtió que Aldous

empuñaba con mano firme una pistola que apoyaba con fuerza contra su costado. Secundando la acción de su compañero, Jackson avanzaba sobre la mesa para recoger su propia «German Lugger» que el inspector había guardado en uno de los cajones.

—¡Están locos! No se dan cuenta de la gravedad de su actitud. Amenazarme en mi propio despacho puede costarles...

—Mucho menos que a usted si no obedece sin rechistar todas nuestras órdenes. ¿Entendido?

—Pero ¿qué pretenden?

—Creí que lo habría comprendido, inspector. Necesitamos subir al «Oiseau Bleu» antes de que pueda largarse con los asesinos de nuestros compañeros.

—¿Y quién les dice que estén en el yate?

—Nuestro sentido común. Jackson, como ha visto, sumó dos y dos, y la conclusión categórica es que Frank Charles Boyle es el culpable de todo.

—Lo niego. Mientras no se demuestre con pruebas su culpabilidad, yo seguiré considerándole una persona decente.

—¡Allá usted! No vamos a discutir más. ¿Está dispuesto a venirse con nosotros por las buenas o tendré que emplear la violencia?

—Ya la está empleando, Clement. Esa amenaza de la pistola...

—Será más que una simple amenaza si continúa discutiendo.

No le quedó más remedio que obedecer, si bien haciendo constar que se sometía a la fuerza, y que tan pronto como recobrase su libertad de acción, exigiría estrechas cuentas a quienes perpetraban lo que calificaba de auténtico secuestro. Encogiéndose de hombros, Wright contestó:

—Haga después lo que se le antoje; pero ahora, en marcha.

El agente de servicio en la puerta del City Hall no receló nada viendo salir a Dickinson en compañía de Clement, al que conocía. Ni siquiera le extrañó que fuera con ellos aquel Jackson al que habían detenido una hora antes. ¿No resultaba también agente del F. B. I.?

Pues lo más probable era que fuesen a realizar alguna diligencia. Un poco rara resultaba la hora, pero nada más.

—¿Hasta dónde piensan obligarme a ir con ustedes?

—Hasta el final, inspector. Quiero que presencie nuestra charla

con míster Boyle, si conseguimos echarle mano.

Mientras caminaban hacia el puerto, Wright temía que el «Oiseau Bleu» hubiese levado anclas. Se tranquilizó cuando desde la altura que domina la pequeña cala donde se encuentra Old Harbour, Aldous dijo, extendiendo la mano para señalar a una, embarcación:

—Llegamos a tiempo. ¡Ahí está el yate!

Bajaron hasta los muelles con paso rápido. Ralph Dickinson no iba de la mejor gana, y para obligarle tenían que musitar de cuando en cuando una nueva amenaza en sus oídos. Al llegar al muelle, todavía intentó convencer a sus acompañantes:

—Piénsenlo bien, muchachos. Van a perpetrar un delito que puede costarles unos años de cárcel. Lo mejor sería que desistieran de su empeño. Si volvemos a la Comisaría, les prometo no decir una sola palabra de lo ocurrido.

—Es inútil, Dickinson. No vinimos hasta aquí para retroceder en el último instante.

Cuando llegaron a la altura del «Oiseau Bleu», Jackson se sintió acometido por las mayores dudas. Contra lo que Aldous había dicho, el yate parecía abandonado. No se oía ruido de los motores y no había encendidas otras luces que las que en proa y popa señalaban la posición del barco. Seguía amarrado al muelle y tendida la pasarela que daba acceso a cubierta.

—¿Se convencen de que todo es una fantasía?

—Cuando lo comprobemos, se lo diré.

En el puente, al lado mismo de la pasarela, sentado sobre una escotilla, dormitaba un marinero. Se sobresaltó un poco al abrir los ojos y verse bajo la amenaza de unas pistolas. Tembloroso, respondió en voz baja a las apremiantes preguntas de Jackson.

—Sí, míster Boyle vino hace una hora. ¿Solo? No; con míster Nausch. Estarán durmiendo tranquilamente. Tienen preparada una excursión de pesca, pero no piensan salir hasta las diez o las once de la mañana.

—¿Dónde duermen?

—En el camarote del capitán. Por ese pasillo, la segunda puerta a la derecha.

—Vete delante, señalándonos el camino.

En el yate reinaba un silencio absoluto. Sin recelar nada, se

metieron en el pasillo, que se encontraba a oscuras. No fueron muy lejos. Aunque tanto Jackson como Aldous iban alerta, dispuestos a rechazar cualquier agresión, el ataque fue tan repentino que nada pudieron hacer por defenderse.

Wright, que cerraba la marcha, sintió de pronto, un ruidito a su espalda. Quiso volverse con rapidez, pero antes recibió un golpe en la cabeza que le dejó medio atontado. Aún pretendió lanzarse sobre su agresor, manejando la pistola que todavía empuñaba, pero un nuevo golpe hizo que las fuerzas le abandonaran y rodase por el suelo.

Algo semejante le sucedió a Clement, si bien perdió el conocimiento al recibir un primer mazazo en la nuca, sin tiempo siquiera para darse cuenta de nada de lo que sucedía. Incluso Dickinson siguió el mismo camino. Quiso decir algo a oír el ruido de la caída de los dos agentes; un golpe violento le sumió en la inconsciencia.

Cuando Jackson abrió de nuevo los ojos, se encontró en un camarote amplio, que debía hacer las veces de comedor, a juzgar por la mesa que se veía en el centro. Estaba tendido sobre un diván; Aldous y Dickinson aparecían sentados cerca. El aspecto de ambos decía bien a las claras que acababan de recobrar el conocimiento. Clement miraba con gesto ceñudo en torno suyo; el inspector se tocaba la cabeza con expresión dolorida.

—¡Bienvenidos, amigos míos! Me han hecho esperar un buen rato, pero merecía la pena...

Era Frank Charles Boyle quién hablaba. Estaba en pie junto a la mesa, mirándoles fijamente, con una pistola en la mano y una sonrisa de triunfo en los labios. A su lado aparecía Alcides Magnano; un poco más lejos, guardando la puerta del pasillo, Alex y un tipo gordo, en el que Jackson reconoció sin gran dificultad al caballero del hongo de la estación de Cincinnatti.

—¿Sabía que íbamos a venir? —preguntó con un gruñido Aldous.

—¡Claro que lo sabía! Le vi hace un rato rondando en torno al yate. Di por seguro que no tardaría en volver en unión de su amigo Jackson. Lo único que me extraña es la venida de míster Dickinson. No le creía tan tonto como para meterse estúpidamente en la boca del lobo...



AVENTURAS DEL F. B. I.
JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIO de
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡LO MEJOR DE LO MEJOR

VII

LA VOZ DE LA SANGRE



L golpe recibido había dejado en tal estado a Dickinson, que no se daba cuenta exacta de la situación. No advirtió que su interlocutor tenía la pistola en la mano y que el aspecto de Alex y Magnano hacía imposible toda duda acerca de su verdadera personalidad. Al oír las últimas palabras protestó indignado:

—Está en un error, míster Boyle. Si vine aquí fue bien en contra de mi voluntad. Advertí a Clement y a Wright que cometían un delito asaltando el yate sin un mandamiento judicial en regla.

—¿Por qué vino, entonces?

—Me obligaron a la fuerza. Llegaron incluso a amenazarme con

las pistolas. Pero yo le aseguro que este atropello...

—¡Imbécil! —le interrumpió, airado, Jackson—. ¿Todavía no ha visto que me sobra razón? ¡Fíjese en las caras de quienes nos rodean! ¿Cree aún que hice mal sospechando de estos distinguidos caballeros?

Si Boyle arrugó el ceño al oírle, Alex y Magnano rieron ante el gesto de asombro y temor del pobre inspector. Dickinson miró sobresaltado en torno suyo. Se le cayó la venda de los ojos y empezó a comprender la verdad. Amedrentado, mintió, agarrándose a la mentira como a una posible tabla de salvación.

—Sigue equivocado, Wright. Repito lo que le dije antes: míster Boyle es una persona decente...

—¡Idiota! —chilló, colérico, Aldous—. Le habrán llenado la sesera de plomo antes de que acabe de ver que Boyle es un asesino miserable.

—¡Silencio, cerdo! —le amenazó, iracundo, Magnano—. Si vuelves a decir una sola palabra te «pico» aquí mismo.

Las frases del «gángster», el tono en que las pronunció y especialmente su gesto de sanguinaria ferocidad fueron una completa revelación para Dickinson. No era posible la menor duda respecto a la catadura de los acompañantes de míster Boyle. Se trataba de auténticos forajidos, quizá, de asesinos sin entrañas. No obstante el miedo que empezaba a dominarle, sacó fuerzas de flaqueza para protestar contra las amenazas de Magnano:

—Eso no está bien, caballero. Si Clement y Wright han cometido un delito al entrar aquí por la violencia, deben ser puestos a disposición de las autoridades. Nadie tiene derecho a tomarse la justicia por su mano, porque eso más que justicia, sería un crimen.

Mientras el inspector hablaba, Boyle sonreía irónico, contemplándole fijamente. Alex, en cambio, se sentía un poco molesto por una discusión que consideraba inútil. Sabía que los tres presos eran agentes de policía y esto bastaba para que experimentase vehementes deseos de hacerlos desaparecer cuanto antes. Avanzó, pues, hasta llegar al lado de Dickinson, y encañonándole con su pistola preguntó, impaciente:

—¿Le sacudo ya, jefe?

—No, Alex —respondió Magnano—. Deja que nos diga lo que interesa. Después...

—Pero ¿es que piensan matarme? —exclamó el inspector, dándose, al final, cuenta exacta del peligro que corría.

—Tranquilícese, amigo —intervino en tono pausado Boyle—. No le ocurrirá nada... si tiene un poco de sentido común y responde con la verdad a todas mis preguntas.

—No le crea, Dickinson —chilló Aldous—. Cuando le hayan hecho decir todo lo que...

—¡Toma, cerdo! —le interrumpió Magnano, al tiempo mismo de asestarle un culetazo que le obligó a caer medio atontado de nuevo sobre el sillón—. Así aprenderás a tener cerrado el altavoz.

La risotada con que Alex acogió la gracia de su jefe, fue para el inspector más elocuente que la misma agresión traicionera y cobarde del «gángster». Incorporándose de un salto, Jackson quiso lanzarse contra Magnano, para hacerle pagar el golpe asestado a su compañero. Hubo algo que se lo impidió. Fue el caballero gordo —el mismo que en la estación de Cincinnati llevaba un llamativo hongo— quién se cruzó en su camino. Poniéndole una pistola al pecho, advirtió:

—¡Cuidado, hermano! Un paso, un simple movimiento, y te doy «pasaporte». ¿Entendido?

Jackson comprendió que aquel individuo llevaría a la práctica su amenaza sin la menor vacilación. Optó por obedecer. Hacerse matar antes de tiempo no conducía a nada práctico.

—¡Bien hecho, Nausch! —aprobó, sonriente, Boyle—. Cuídate de que ese tipo no nos interrumpa —luego, volviéndose hacia Dickinson, añadió—: Bueno, inspector, dijo antes que consideraba que al venir aquí Clement y Wright cometían un delito. ¿Podría decirnos por qué?

—Por la sencilla razón de que carecían del correspondiente mandato judicial para efectuar un registro del yate como se proponían.

—¿Qué esperaban conseguir con su visita?

—Libertar a su sobrina, que según ellos tiene usted secuestrada, y detenerle como autor de varios asesinatos.

—¿Tenían alguna prueba en que apoyar sus afirmaciones?

—Ninguna. Eran simples suposiciones. Por eso me opuse terminantemente.

—Lo cual no fue obstáculo para que les acompañase, ¿verdad?

—inquirió, sonriente, Boyle.

Un poco alterado el inspector repitió la verdad: si había ido hasta el «Oiseau Bleu», fue bien en contra de su voluntad y obligado por las amenazas de los dos gentes del

F. B. I.

—Le creo, amigo mío, le creo. ¿Y hubo alguien, aparte de usted, que oyese las gratuitas acusaciones de esos dos individuos?

—¡Cuidado, Dickinson! —advirtió Jackson, aun a costa de recibir un puntapié de Nausch—. No caiga en la trampa...

Como el inspector vacilase, Boyle insistió en la pregunta. Dickinson acabó confesando que nadie había oído las imputaciones formuladas por Wright. Más aún: que estaba seguro de que nadie las creería.

—¿Ni siquiera el inspector Merrick? —preguntó intencionado Boyle; luego, viendo que su interlocutor vacilaba, le apremió—: Responda, Si se niega tendría que lavarme las manos dejando actuar al amigo Alex y no creo que fuera muy conveniente para usted.

Amedrentado por la forma en que Alex le clavó en los riñones el cañón del arma que empuñaba, Dickinson dijo la verdad. Jackson había hablado por teléfono con él, pero Merrick estaba irritado, colérico.

—Llegó incluso a amenazar con enviarle a presidio por la muerte de Keith Douglas.

—¡Magnifico! —exclamó satisfecho Boyle—. De modo que una vez desaparecidos estos individuos no habrá nadie que sospeche de mí, ¿verdad?

—¿Qué entiende por su desaparición? —preguntó sobresaltado Dickinson, aunque por anticipado sabía cuál había de ser la respuesta.

—Pues que podrían sufrir un accidente desgraciado. Disparárseles las pistolas o caerse al mar, por ejemplo. En cualquier caso no quedarían en condiciones de acusarme, ¿no le parece?

—¿Es que... quiere asesinarles?

—¿Por qué emplear palabras malsonantes, inspector? Déjese de gestos melodramáticos. Estos caballeros quisieron perjudicarme. ¿No es lógico que yo les pague en la misma moneda cuando de ello depende mi tranquilidad?

Hizo una breve pausa como si quisiera medir el efecto de sus

palabras en el inspector. Luego prosiguió:

—Claro está, que podría entregarles al Juez. Pero correría el riesgo de que hablasen y alguien fuera lo suficiente tonto para creerles. Prefiero silenciarles por mi propia cuenta. Así nadie, absolutamente nadie, se atreverá a acusarme. ¿Qué opina de mi idea, inspector?

Dickinson no tenía temple de héroe ni madera de mártir; casado y con cinco hijos, sentía un apego extraordinario por la propia piel. Sin embargo, era un hombre fundamentalmente honrado, con un concepto estricto del cumplimiento del deber. Antes de que nadie pudiera suponer que estaba de acuerdo con un grupo de forajidos, estaba dispuesto a todo. Con mucho miedo, sí, pero con una decisión que por eso mismo resultaba mucho más admirable.

—Se equivoca, míster Boyle —repuso—. Si a Clement y Wright les ocurriese... un accidente, lo pasaría mal. Tendría que responder ante la justicia y eso le costaría muy caro.

—¿Y quién podría acusarme de nada —preguntó su interlocutor—, una vez muertos los interesados?

—Yo.

Frank Charles Boyle se le quedó mirando, sorprendido, como si le costase dar crédito a sus oídos. Contempló de hito en hito al gordo inspector, cuyas piernas no estaban firmes. Después soltó la carcajada.

Al oírle reír, Jackson se estremeció de pies a cabeza. Aquella risa burlona y siniestra a un tiempo era la misma que escuchó en Oak Lane a los pocos segundos de la muerte de Lofthouse y que oyó por teléfono precediendo al anuncio que le quedaban pocos días de vida. Si hasta entonces había sido posible hacer a aquel individuo el beneficio de la duda, ésta quedaba totalmente disipada.

—¡Asombroso! —exclamó Boyle sin dejar de reírse—. Sería lo más increíble que vieran los siglos: un muerto declarando en contra de su matador...

Dickinson no fue capaz de responder una sola palabra. En tono sarcástico, Frank Charles continuó:

—¿O es que ha llegado a pensar que iba a dejarle con vida? ¡Qué iluso! Me interesa más muerto. Así será usted quien les haya matado a ellos; y ellos a usted, naturalmente.

—Se engaña. Boyle —vociferó Aldous, recobrado de su ligero

atontamiento, que había oído las últimas palabras del abogado—. Ni el inspector hará fuego contra nosotros, ni nosotros contra él. Es posible que pueda matarnos, pero todo el mundo sabrá que el asesino es usted.

—¡Otro iluso! —comentó, sonriente y despectivo, Frank—. ¿Cómo podrá adivinar nadie que les maté yo, si el dictamen de la autopsia dice, por ejemplo, que murieron a las siete de la mañana, y yo salí a las seis y media de Key West?

Calló por espacio de un minuto, como si esperase una respuesta. Viendo que nadie le contestaba, siguió hablando:

—Y eso será lo que ocurra. Encontrarán sus cadáveres, en las afueras de Key West, empuñando unas pistolas de las que salieron los proyectiles que pusieron fin a sus vidas. Todo el mundo pensará en una riña sangrienta entre ustedes. ¿Motivo? La fuga de Wright. Yo me enteraré a mediodía, cuando vuelva de mi excursión. Lo lamentaré mucho, créanme; y acaso sea el primero en expresar mi condolencia a Merrick cuando aparezca por aquí. ¿Qué les parece mi plan?

—¡Canalla!

—Ahórrense insultos; no me afectan en lo más mínimo. En cierto sentido me halagan. Son una confesión de impotencia, un reconocimiento de que soy mucho más listo que ustedes juntos, porque...

Se interrumpió bruscamente, aguzando el oído. Todos, instintivamente, prestaron atención. En el pasillo se escucharon pasos precipitados primero, luego un alboroto como si varias personas luchasen encarnizadamente. Todo aquello no duró arriba de medio minuto. Terminó al abrirse la puerta del camarote y penetrar dos personas. Una era el marinero que vieran en cubierta al penetrar en el yate; la otra, Merle Boyle.

—Quería largarse, jefe. Sacudió un buen golpe a John, cogiéndole desprevenido. Gracias que me di cuenta a tiempo. Si no...

Jackson contemplaba impresionado a la muchacha. Presentaba un aspecto lamentable, con la ropa manchada de barro y en completo desorden, los ojos enrojecidos por las lágrimas y huellas claras de golpes en el rostro.

—Se revolvió contra mí como una fiera —prosiguió el marinero

—, y tuve que acariciarle la cara.

—¡Canalla! —saltó, sin poderse contener, Jackson—. ¡Pegar a una mujer!

—¡Silencio! —ordenó Nausch, amenazándole con la pistola—. Si tratas de alborotar...

La muchacha había visto y oído a Wright. Sintió alegría y pena a un tiempo. Trató de correr a su lado, pero el marinero se lo impidió, sujetándola.

—¡Jackson Wright!

—Sí, Jackson Wright —replicó, sonriendo, Boyle—. Celebro que le hayas visto. Ahora comprenderás que nada puedes esperar. Creías que acudiría a salvarte, como tú le salvaste a él en Moser Key. Pero ya ves que ni siquiera tiene fuerzas para salvarse a sí mismo.

—¡Cobarde! —Escupió despectiva la joven—. No podrás triunfar. Por muchos que mates, siempre dejarás vivo al que haya de acabar contigo.

—Bonita frase, Merle —aprobó irónico su tío—. ¡Qué pena que no sea de ninguna utilidad ni para ti ni para esos!

—Pero ¿es que se propone asesinar también a su sobrina? —preguntó Jackson, resistiéndose a creer que la sed de sangre de Boyle pudiese alcanzar tales extremos.

—Asesinar no es la palabra exacta —corrigió cínicamente Frank; quiero, simplemente, ponerla a buen recaudo, convencerla de que soy el más fuerte y que tiene que doblegarse ante mi voluntad. Es posible que si persiste en su postura actual no tenga más remedio que eliminarla, con harto dolor de mi corazón; pero confío en que acabará estando a mi lado y colaborando en mi obra de justicia.

—¡Justicia! —estalló indignado Aldous—. ¡No manche esa palabra al pasar por sus labios! ¿Se atreve a llamar justicia a los crímenes que costaron la vida a Meddley, Huber, Lofthouse, Keith, Peter y Billy?

—Desde mi punto de vista, lo fue. Los tres últimos significaban un grave peligro para mí, como lo representáis vosotros. Tenía que elegir entre ellos y yo. La elección no era dudosa.

—¿Y los otros tres? —preguntó excitado Jackson—. ¿Le amenazaban también? ¿Qué le había hecho el pobre *Loft*, que le consideraba un amigo igual que yo, para que le matase como un perro?

—Lo peor que podía hacerme —repuso con repentina seriedad Boyle—: asesinar a mi hermano.

—¡Está usted loco! *Loft* no asesinó a nadie en todos los días de su vida. Y en cuanto a su hermano...

—Se llamaba Froggat —le interrumpió Frank, hablando con lentitud, con una rabia sorda vibrando en sus palabras—. Lewis Mathews Froggat. ¿No le dice nada ese nombre?

Sí; para Wright aquel nombre significaba mucho; tanto, que constituía la explicación del enigma. Casi desde el primer instante, desde que la cornisa de un edificio estuvo a punto de caerle sobre la cabeza, tuvo la seguridad de que los «accidentes» que habían costado la vida a varios de sus compañeros eran la venganza de un enemigo desconocido por la desaparición de aquel jefe de «gángsters».

—¡Imposible! —murmuró, más que porque realmente lo creyera, por deseo de hacer hablar a Boyle—. Usted llevaba muchos años en contacto con la Policía; Froggat, otros tantos al margen de la Ley. Jamás se les vio juntos ni se supo que tuvieran la menor relación. Además, tenían apellidos distintos.

—¡Y eso qué importa! A los dos nos interesaba por igual que nadie conociera ni sospechara siquiera nuestro parentesco. En realidad, sólo éramos hermanos de madre, y Lewis estuvo mucho tiempo en el Middle West. Cuando volvió, decidimos trabajar de perfecto acuerdo.

Se habían repartido los papeles. Mientras Froggat era, quien daba la cara y asestaba los golpes, Boyle dirigía y amparaba desde las sombras. Ni siquiera los miembros, del «gang» del primero conocían la intervención del segundo. Durante seis o siete años todo había ido bien y los dos hermanos acumularon una gran fortuna.

—Por desgracia, un mal día chocó con el

F. B. I.

Sin que yo lo supiera con tiempo para poderle avisar, le tendieron una emboscada. Peleó como un valiente, pero varios de sus seguidores le abandonaron cobardemente, y acabó cosido a balazos.

Cuando Boyle se enteró, ya Froggat estaba muerto. Sólo le quedaba la posibilidad de vengarse. Consagró a la tarea lo mejor de sus energías; transformó la venganza en el «*leitmotiv*» de su vida. Averiguó los nombres de cuántos habían intervenido en la refriega

en que cayó su hermano, y fue eliminándoles uno tras otro.

Los dos primeros no le ofrecieron graves dificultades. Provocó los accidentes y nadie pareció sospechar que fueran otra cosa que consecuencias de un desgraciado azar. Pero cuando fracasaron los «accidentes» que preparó contra Lofthouse y Wright, se le planteó una grave disyuntiva: o renunciar a sus proyectos de venganza o matarlos de cara, con el riesgo de que pudieran sospechar de él.

—No vacilé, porque el castigo de los asesinos de mi hermano estaba por encima de todo, incluso de mi propia vida. Dice un proverbio inglés que «la sangre es más espesa que el agua». Yo lo sé mejor que nadie, porque por encima de una vida tranquila, del disfrute de unos millones, he puesto el afán de vengar a Froggat.

—Pero ha ido demasiado lejos, Boyle. Descubrió por entero su juego y tendrá que seguirlo hasta el final. Y el final sólo puede ser uno: la silla eléctrica.

—No sueñe, Wright. Mi venganza termina con su muerte. Dentro de unas horas, cuando hallen su cadáver, podré abandonar la partida y volver a ser, a los ojos de todos, un caballero intachable, digno de todas las confianzas.

—¿A los de su sobrina también?

—Ella verá lo que le conviene. Pasará una temporada en Cuba; pondré ante su mirada el infierno que la espera de intentar enfrentarse conmigo; contemplará el estado en que se hallan otras chicas que fueron tan jóvenes y bonitas como ella; sabrá que no le quedará otro remedio que aguantar humillaciones y vejámenes de negros y mulatos que comprarán sus caricias, y...

Con cinismo estremecedor habló del triste destino de las muchachas entregadas a traficantes sin entrañas. Conocía a fondo aquel comercio infame, indudablemente porque le había proporcionado los más saneados beneficios. Y se mostraba dispuesto a que su propia sobrina fuera una de sus víctimas.

—La pagarían bien, porque es joven y bonita. Y no habría cuidado de que volviese. La que cae en esa sima insondable tiene que perder toda esperanza.

Esperaba, sin embargo, que Merle reaccionase. Pasada su pasajera ofuscación, aquellos escrúpulos tontos de que había dado sobradas pruebas en los últimos días, la romántica impresión causada en su ánimo por la gallardía de Wright, acabaría

escuchando la voz de la sangre, igual que la había escuchado Boyle.

—Pero —inquirió abrumado Jackson— ¿acaso Merle es hija de Froggat?

—¡Naturalmente! ¿Todavía no lo ha comprendido? Tiene tantos motivos como yo para vengarle; más aún. Por eso no le perdono dudas ni traiciones. Y menos cuando al principio participó activamente en mis planes.

—¡Mentira! —chilló iracunda Merle—. Yo no intervine en nada.

—¿Ni siquiera citando a Lofthouse? —inquirió con una sonrisa su tío.

Jackson se estremeció. ¿Sería aquélla la muchacha de que *Loft* le había hablado y en cuyo seguimiento fue hasta Oak Lane? Miró a Merle. La chica se retorció las manos en gesto desesperado. Con lágrimas en los ojos protestaba:

—Lo llamé por teléfono por mandato tuyo para hablar con él. No sabía lo que preparabas; no lo sospechaba siquiera. De haberlo sabido...

Se detuvo, clavando una mirada de odio en el rostro sonriente de Boyle. Después, mordiendo las palabras, añadió:

—Le hubiese avisado para salvarle, aunque te hundiera a ti.

—No habrías conseguido nada. Avisaste a Wright, y ya ves de qué le ha servido. Debes convencerte de que soy el más fuerte y...

Mientras su tío hablaba, en el cerebro de Merle había una idea fija: poner un final a sus crímenes fuera como fuese, y sobre todas las cosas, salvar al hombre a quién empezaba a querer, a aquel Jackson que se había metido en una encerrona por salvarla a ella.

De pronto, vio la oportunidad soñada. En el bolsillo derecho de la americana del supuesto marinero que la custodiaba de descubrir la culata de una pistola. Procedió entonces sin vacilaciones, favorecida porque su aspecto de total hundimiento hizo confiarse con exceso a su guardián.

—¡Quietos todos! Si no levantan los brazos, empiezo a tiros...

Tenía una pistola en la mano y amenazaba con ella al marinero, a Boyle y a Magnano. Colérico, ordenó su tío:

—¡Suelta ese arma y no hagas tonterías, Merle!

—¡Manos arriba! —Tornó a ordenar la muchacha—. Si tardan medio minuto en obedecer...

—¿Qué te propones con esa estupidez?

—Salvar a estos hombres, dejándoles salir libremente e impidiendo tus crímenes.

—Pero ¿no comprendes las consecuencias? ¿Crees que te perdonarán lo que hiciste antes? ¿Qué no pagarás en la silla eléctrica, igual que yo, la muerte de Lofthouse?

—No lo creo; pero aun siendo verdad, lo preferiría a ser tu cómplice en nuevos crímenes.

—No seas tonta, Merle. Baja esa pistola y hablemos con calma. Te aseguro que...

Pretendía ganar tiempo, indudablemente. Colocándose en un primer término, procuraba que la joven concentrase en él su atención, dejando en libertad de acción a sus secuaces. Jackson adivinó la maniobra, y quiso advertir a la muchacha:

¡Cuidado, Merle! No se fíe de ninguno si no quiere que...

Su aviso llegó demasiado tarde. Alex, que se había echado a un lado, desenfilándose de la puntería de la joven, tiró sobre ella. Disparaba sin vacilaciones, con impresionante rapidez, con terrible puntería. Sus balazos fueron a clavarse en el cuerpo de la muchacha, que lanzó un doloroso gemido, mientras la blusa se le teñía de rojo.

—¡Asesino! ¡Cobarde!

Impertérrito, Alex siguió disparando. Herida, Merle vaciló sobre sus pies y cayó de rodillas, llevándose la mano izquierda, al pecho en un vano intento por contener la sangre que se le escapaba a borbotones por los agujeros abiertos por el plomo. Boyle, creyendo terminado satisfactoriamente el incidente, aplaudió al forajido:

—¡Bravo, Alex! Así se hace...

La sonrisa que entreabría los labios del «gángster» se trocó de pronto en un rictus de profundo dolor. Aun caída en el suelo y medio desangrada, Merle tuvo las energías precisas para apretar el gatillo de su pistola. Fue un solo disparo, pero tan certero, que Alex estaba muerto antes de rodar por la alfombra.

Su caída produjo un terrible alboroto. Fuera de sí, Nausch y Magnano quisieron tirar sobre la muchacha, que se debatía en el suelo en convulsiones espasmódicas. Si no lo consiguieron, la culpa no fue suya, sino de Jackson y Aldous, que, reaccionando con violencia en aquel crítico instante, decisivo para sus vidas, se lanzaron con decisión a la pelea.

Wright cogió a Nausch del brazo derecho, se lo retorció con furia salvaje y, aplicándole una llave de «jiu», le lanzó por encima de su cabeza contra Boyle, que pretendía acudir en su socorro. Clement, mientras, asestaba un terrible puntapié en el bajo vientre de Alcides, y cuando éste se dobló hacia adelante a impulsos del dolor, le descargó un doble puñetazo en la nuca que le hizo rodar por el suelo como res apuntillada.

En movimiento rápido, Jackson se agachó para recoger el arma perdida por Nausch. Pero antes de que consiguiera incorporarse, el marinero se le echó encima en un salto de cuatro metros. Fue tal la violencia del choque, que Wright rodó por el suelo. Un segundo después se hallaba tendido de espaldas, sintiendo sobre sí el peso de su enemigo y en el cuello la presión de unas manos de hierro que pretendían estrangularle.

Por espacio de tres segundos se debatió en una lucha angustiada. Todo parecía inútil; el marinero seguía apretando, el aire comenzaba a faltar en sus pulmones y tuvo la impresión de que iba a estallarle la cabeza. De pronto, se dio cuenta de que su mano derecha empuñaba la pistola perdida por Nausch. Haciendo acopio de sus últimas energías, la apoyó contra el costado su adversario y apretó el gatillo.

Un alarido agónico llenó el camarote. El marinero apartó las manos de su garganta y Jackson aspiró con terrible avidez una bocanada de aire. Sintió el ruido de la caída de su enemigo, que quedaba tendido a su lado; oyó también disparos y gritos en torno suyo, pero se encontraba terriblemente débil para incorporarse y continuar participando en la pelea.

Desconcertado, confuso, Dickinson presenciaba con ojos de espanto la terrible contienda librada en torno suyo. En los primeros instantes no acertó a reaccionar adecuadamente. Pero al cabo de unos segundos, cuando vio que Boyle y Nausch se incorporaban, dispuestos a terminar con sus adversarios, entró en acción, impulsado por el sentimiento del deber, que le hacía sobreponerse al miedo que pudiera sentir. Y por un extraño capricho de la suerte, su intervención tuvo caracteres decisivos.

Boyle tenía la pistola en la mano y tiraba contra Clement antes de que éste se hallase en condiciones de responder adecuadamente una vez dueño de la pistola arrebatada a Magnano. Su primer

disparo rozó la cabeza de Aldous, atontándole durante unas décimas de segundo. Viendo su estado, Frank gritó triunfal:

—Al fin y al cabo, os liquidaré a todos.

Fue entonces cuando la voluminosa humanidad de Ralph Dickinson se le vino encima, y los siguientes balazos le salieron un tanto desviados. Se repuso con rapidez. De un violento empujón apartó de sí al inspector; luego apretó el gatillo, gruñendo:

—¡Toma, imbécil!

Herido en el vientre, Dickinson se derrumbó, lanzando quejumbrosos alaridos. Su sacrificio no había sido inútil, sin embargo. Aunque Boyle no perdió tiempo en mirarle, tornando con rapidez a fijar su atención en Clement, habían transcurrido unos segundos preciosos. Pasado su momentáneo atontamiento, Aldous hacía fuego ya.

Frank Charles Boyle llegó repentinamente al final de su vida. Sintió un dolor agudo en el pecho y un golpe de sangre le subió a la boca. Quiso hablar y las palabras murieron en su garganta; intentó apretar de nuevo el gatillo y la pistola se le escapó de entre los dedos. Se llevó las dos manos, al pecho, giró sobre sus talones y cayó de bruces, golpeándose la frente contra el borde de la mesa.

Jackson, que se incorporaba en aquel instante, le vio caer. Pero no pudo mirarle con tranquilidad. Aún quedaba en pie Nausch, que había encontrado un arma con que sustituir a la que le arrebató Wright. La empleó tirando precisamente contra él. El agente experimentó un dolor agudo en el hombro izquierdo; el dramático chasquido del hueso le indicó que el plomo le había roto la clavícula. Sobreponiéndose al dolor, hizo fuego a su vez. Con el brazo derecho troncado a la altura del codo, Nausch perdió la pistola y suplicó a gritos:

—¡No dispare, por Dios! ¡No me mate!

—¡De cara a la pared y con los brazos en alto! El menor retraso...

Nausch obedeció precipitado y tembloroso; el miedo a morir le hizo sobreponerse al sufrimiento del brazo troncado. Sin soltar la pistola, Clement fue hasta uno de los ventanillos del camarote. Sacando el brazo por él, hizo unos disparos al aire. Esperó con ansiedad. Pronto vio a los dos individuos que vigilaban en un extremo del puerto correr alarmados hacia el yate. Satisfecho,

murmuró:

—Pronto tendremos quien nos ayude...

Jackson no le escuchaba. Angustiado, se inclinaba sobre Merle. Con el brazo derecho levantaba la cabeza de la muchacha, que estrechaba con fuerza sobre sí, clamando:

—¡Tienes que vivir, Merle; tienes que vivir! Todavía podemos ser felices...

—No —replicaba la muchacha, entreabiertos los labios en una triste sonrisa—. No podríamos serlo... con mi familia. Creo que voy a morir. Y acaso... acaso sea mejor así.

Doce horas después Jackson Wright hablaba de Merle con el inspector Merrick. Ya para entonces sabían que, aun teniendo cinco balazos en el cuerpo, existían algunas remotas esperanzas de que consiguiera vivir.

—Si se muriese, yo no podría seguir viviendo. Y no es, sólo por la gratitud de que me salvase en dos ocasiones, sino por amor. Créame, inspector: sólo con ella sería feliz.

—¿Aun cuando tuviese la culpa de la muerte de Lofthouse?

—Incluso así. Pero estoy convencido de que dijo la verdad cuando rechazó, indignada, las acusaciones de su tío. Si algo hizo fue ignorante de lo que Boyle tramaba e impulsada por él.

—Es posible —concedió Merrick—. Pero siempre quedaría que es hija de Froggat.

—¿Y qué? Los pecados de los padres no tienen por qué recaer sobre los hijos.

—Desde luego. Me parece, sin embargo, que olvidas algo importante: que tú interviniste en la muerte de Froggat. En cumplimiento de tu deber, indudablemente; pero ¿no abrirá su muerte un abismo infranqueable entre la muchacha y su matador?

Jackson se esforzaba en pensar que no. Pasando por encima de su posible odio, la joven se había jugado la vida por él, dejándose incluso acribillar por los balazos de Alex. Sólo quedaba en pie una duda: ¿Sabría entonces que era uno de los integrantes del grupo de agentes que terminó con la carrera de crímenes del famoso «gángster»? ¿Cómo reaccionaría cuando lo supiese?

Los días siguientes fueron de dolorosa angustia para Wright. Exteriormente todas las cosas marchaban bien. Aunque herido de gravedad, Dickinson estaba fuera de peligro; su propia herida del

hombro caminaba a pasos agigantados hacia su curación; la muerte de Andy R. Harman había dejado de constituir una amenaza para su libertad, por cuanto Nausch, en sus declaraciones, confesó que le había dado encargo de asesinar en el tren al agente especial. Incluso Merle mejoraba y cada hora que transcurría era una nueva esperanza de salvación.

—Mañana o pasado podremos considerar desaparecido todo riesgo para su vida.

Jackson, que procuraba permanecer el mayor tiempo posible al lado de la joven, estaba decidido a casarse con ella tan pronto como estuviese curada. La quería como no había querido a nadie, y estaba seguro, por lo que la muchacha decía en sus momentos de delirio, de ser correspondido. Pero ¿no sería Froggat un fantasma interpuesto entre ambos, capaz por sí solo de ensombrear su dicha?

—¡Enhorabuena, Wright! Le traigo las mejores noticias.

Era el inspector Merrick quién hablaba en el aeropuerto de Key West, al descender del avión en que regresaba de Nueva York. Había estado unos días haciendo determinadas investigaciones relacionadas con la vida y andanzas de Frank Charles Boyle. Examinó los documentos que guardaba en una caja fuerte del National Bank, interrogó durante horas interminables a unos cómplices suyos, cuyos nombres le proporcionase Nausch y podía sentirse plenamente satisfecho.

—Merle no tuvo intervención directa en la muerte de Lofthouse. Hacía poco que había salido del colegio e ignoraba los turbios manejos de su tío. En contra de su voluntad, sirvió de cebo para que el pobre muchacho cayese en una emboscada.

Sospechó algo cuando horas más tarde se enteró por la Prensa del asesinato del agente especial. Tuvo una discusión violenta con su tío, que, al parecer, consiguió engañarla y la obligó salir para la Florida.

—Es posible que ya entonces pensara en desembarazarse de ella. Y es probable que cuando mandó a Magnano y a sus amigos a Coconut Beach —donde la intervención del desgraciado Keith Douglas puso en fuga a vuestros desconcertados agresores—, lo hiciera pensando en liquidar a su sobrina y a usted al mismo tiempo.

Al fracasar aquel golpe, preparó el de Moser Key, aprovechando un alijo que tenía ultimado de acuerdo con los «gángsters» hospedados en el Oversea. Por desgracia para él, Merle debió enterarse, y desdeñando los posibles riesgos, intervino para salvar a Jackson.

—Pero todavía hay algo más asombroso: que no es hija de Froggat.

—¿Está usted seguro? —preguntó ilusionado Wright.

—Completamente. He visto su partida de nacimiento. Es hija de un hermano de Boyle, pero no Froggat, sino otro, llamado Benjamín. Murió hace doce años, dejando una pequeña fortuna y nombrando tutor al miserable que ha estado a punto de...

Se interrumpió sin terminar la frase. Jackson corría hacia el automóvil en que había venido hasta el aeropuerto y daba precipitadas órdenes al chófer. Merrick sonrió comprensivo.

Sabía dónde podría encontrarle, y fue allá una hora después. Al penetrar en la habitación donde se hallaba Merle, pudo ver a Wright sentado en el borde de la cama, con un gesto de felicidad en el semblante y hablando en tono apasionado con la muchacha. Tan abstraídos estaban, que ninguno reparó en la presencia del inspector. Merrick oyó que la joven decía:

—Al fin y al cabo, soy de la familia. ¿No temes que la voz de la sangre pueda sobreponerse a todos los demás sentimientos y no sepa hacerte feliz?

—En absoluto. En momentos críticos demostraste que hay una voz más fuerte que la de la sangre: la del amor. Lo demás...

El inspector no quiso interrumpirles. Volvió a salir, cerrando con cuidado la puerta. En el pasillo quedó un instante pensativo. Luego echó a andar, murmurando:

—¡Quién podía esperar que esta sangrienta cacería de hombres habría de terminar en una boda de amor...!



Resultado del CONCURSO DE 1951

Retrasado el escrutinio de este Concurso por causas totalmente ajenas a EDITORIAL ROLLAN, al fin hemos recibido el ACTA NOTARIAL del resultado, que transcribimos extractada a continuación:

(Rogamos a los lectores observen las fechas del documento, y así comprueben que EDITORIAL ROLLAN no ha sido causante de tal demora.)

EN MADRID, A QUINCE DE OCTUBRE DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y UNO.

Yo, DON FLORENCIO PORPETA CLERIGO, Notario de esta capital, HAGO CONSTAR:

Que a requerimiento de la Empresa EDITORIAL ROLLAN, y siendo las doce horas del día de hoy, me he constituido en sus locales de la calle de San Bernardo, número sesenta y ocho, con objeto de proceder a la apertura de los sobres presentados para optar a los cuatro premios de dos mil, mil quinientas, mil y quinientas pesetas en metálico, correspondientes al concurso convocado por dicha Empresa bajo la denominación "VACACIONES 1951", según anuncio fecha quince de junio último inserto en las publicaciones de la Casa.

Una vez abiertos en habitación accesible al público, según estaba anunciado, todos los sobres recibidos para este concurso, yo el Notario selecciono los boletos en que aparece escrita sobre líneas de puntos y sin alteración alguna la frase exigida, los cuales son en número de ochenta y cuatro.

Acto seguido introduzco en una caja ochenta y cuatro papeletas, cada una con un número del uno al ochenta y cuatro, todas ellas perfectamente dobladas

y sin señal alguna que permita distinguirlas por su exterior, y extrayendo al azar una de ellas, resultó correspondér al número quince.

Por segunda, tercera y cuarta vez, eliminando en cada una la papeleta sacada en la anterior, repitió esta misma operación, con el siguiente resultado: Papeleta sacada la segunda vez, número setenta y nueve; la tercera vez, número cuarenta y nueve, y la cuarta vez, número cincuenta y uno.

Resultan, por tanto, premiados:

Con DOS MIL PESETAS, don Avelino Torres Fuentes, con domicilio en El Ferrol (Coruña), calle del General Franco, ciento sesenta y tres.

Con MIL QUINIENTAS PESETAS, don Cándido López Martínez, con domicilio en Valladolid, Escuelas de Cristo Rey.

Con MIL PESETAS, don José Hernández Corredor, con domicilio en Madrid, calle de Rodas, número dos.

Y con QUINIENTAS PESETAS, doña Concepción Tebar, con domicilio también en Madrid, calle de Jordán, número dieciocho.

ES COPIA LITERAL de su matriz existente, bajo el número que encabeza, en mi protocolo corriente de instrumentos públicos. Y la expido para la Editorial Rollan en un pliego de séptima clase, serie A, número cinco millones treinta y cinco mil quinientos cincuenta y nueve y en tres de la octava, serie D, números cuatro millones quinientos noventa y tres mil cuatrocientos veinte, cuatro millones ciento cincuenta y tres mil ciento cuarenta y el siguiente en orden. Y la signo, firmo y rubrico en Madrid a VEINTIDOS DE FEBRERO DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y DOS.—DOY FE.—Florencio Porpeta. (Rubricado.)

En consecuencia, y deseosa EDITORIAL ROLLAN de entregar cuanto antes los MAGNIFICOS PREMIOS EN METALICO, se ruega a los afortunados ganadores que escriban indicándonos la forma de cobro que eligen (por Giro Postal o en propia mano) y acompañando una fotografía para su publicación.

Una vez más, EDITORIAL ROLLAN demuestra su reconocida seriedad y anima a los numerosos concursantes que no han tenido la suerte de ser premiados, anunciándoles, para muy pronto, la apertura de un nuevo Concurso con valiosos premios.

EDITORIAL ROLLAN

1.^{er} CENTENARIO TRIUNFAL del

F. B. I.

EDITORIAL ROLLAN celebrará cumplidamente
la publicación del número 100 de su magnífica
e inigualable

Colección F. B. I.

y hará partícipe del éxito a sus lectores asiduos,
brindándoles la mejor novela que nunca se ha
editado, con las siguientes características:

TÍTULO: **YO, DIRECTOR del F. B. I.**

AUTOR: **ALF MANZ**

Presentación: **DIBUJO EN CUBIERTA COMPLE-
TA Y A TODO COLOR.**

Páginas: **DOSCIENTAS VEINTICUATRO.**

Precio: **OCHO PESETAS.**

Tema: **LA VIDA INTIMA DEL ASTUTO Y
AUDAZ DIRECTOR DEL F. B. I.,
JOHN EDGAR HOOVER, DESCRIBIENDO
FIEL Y EMOTIVAMENTE EL FUNCIONAMIENTO INTER-
NO DEL F. B. I.**

ENCARGUE ANTICIPADAMENTE A SU LIBRERO EL GRAN
EXTRAORDINARIO DEL F. B. I.

YO, DIRECTOR del F. B. I.

por

ALF MANZ

EL INVOLVIDABLE AUTOR DE ¡CULPABLE!

¡Centenario de la Colección F. B. I.!

A petición de numerosos lectores, EDITORIAL ROLLAN ha editado un extraordinario monumental para celebrar el fulgurante y constante éxito de la Colección F. B. I., en su número 100

Yo, Director del F. B. I.

se titula el admirable extraordinario, con asombroso número de páginas y cubiertas a todo color.

ALF MANZ

el autor que tanta fama posee entre los buenos aficionados al género, por su maestría inigualable en el arte de emocionar con sus descripciones de tipos y sus dramáticas escenas, ha sido el creador de este

Yo, Director del F. B. I.

Se ha reunido en esta magnífica obra toda la labor del famoso e invencible FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION, y se ha descrito con entera fidelidad la vida de su director, el audaz e inteligente JOHN EDGAR HOOVER, el hombre que ha sacrificado su amor y su vida en aras de su patria, los Estados Unidos de América.

NUMERO 100 de Colección F. B. I.:

Yo, Director del F. B. I.

por

ALF MANZ

el genial artífice de ¡CULPABLE!, LA HORA GRIS, TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, SHANGHAI y ENTRE REJAS.

NOTAS

[1] *Chi*, abreviatura vulgar de Chicago. < <